Sophie Saint Rose



La joya del Yukón

La joya del Yukón

Sophie Saint Rose

Capítulo 1

Samantha suspiró de alivio en cuanto la avioneta aterrizó y cogió su cazadora rosa antes de sujetar su enorme mochila por la correa— Gracias, Bill. Me has salvado la vida.

—No te preocupes, Sam. Dale recuerdos a Big de mi parte.

Ella sonrió al piloto de correos, que todavía estaba algo asombrado de lo que había cambiado en seis años— Se los daré de tu parte— dijo abriendo la puerta para salir de un salto.

Corrió por la pista de aterrizaje de Dawson hacia el edificio y se detuvo en la salida para mirar a su alrededor apartando un rizo rubio de la cara.

— ¡Sam!

Se volvió y corrió hasta George que la esperaba con una enorme sonrisa y los brazos abiertos— ¡Has venido!— dijo su viejo amigo abrazándola cuando llegó a él.

— ¿Cómo está papá?— la preocupación de su voz era palpable y George la apartó para mirarla bien.

—Se ha roto la pierna por tres sitios— dijo su amigo perdiendo su sonrisa.

Ella le acarició su mejilla llena de arrugas por los años y el duro trabajo que realizaba— ¿Pero está bien?

—Le verás tú misma y así te quitarás esa preocupación— dijo abrazándola otra vez— Que bueno es tenerte en casa, pequeña.

Ella se echó a reír— ¿En casa?

—Bueno, en nuestra casa móvil de verano— dijo riéndose pues era cierto. —Déjame que te lleve esto.

—Puedo yo. —miró a su alrededor— ¿Dónde está la camioneta?

—Es la roja— dijo cogiéndola por el hombro. — Dime ¿cómo van las cosas por el estrecho de Bering?

—He aprendido mucho— dijo guiñándole un ojo.

La miró orgulloso— Toda una ingeniera de minas. Tu padre parece un pavo real. No hace más que hinchar el pecho, hablando de su Sam. De cómo has recibido una beca para trabajar en una explotación minera de primer nivel y cómo los vas a dejar a todos con la boca abierta cuando te vean.

— ¿Todavía piensan que soy un chico?— preguntó divertida tirando la mochila en la parte de atrás de la camioneta.

—Para todos eres su Sam. No se ha molestado en aclarar tu sexo — dijo a punto de partirse de risa.

—Increíble. Llevo pasando los veranos en esta zona desde los doce años y tengo veintiséis. Y sólo sabéis que soy una chica, vosotros y el médico.

—Sabes porqué lo hizo tu padre. No quería que nadie se metiera con el tema de una niña viviendo en una explotación minera y después no dijo nada porque no te molestaran los chicos nuevos o los del pueblo.

Ella lo entendía. El mundo de la minería era machista y una mujer en una mina todavía se veía como algo raro. Había visto como trataban a algunas chicas con comentarios insultantes y su padre intentó protegerla todo lo posible. Sólo sabían que era una chica, George, Melvin y su padre.

Todos la habían llamado Sam desde siempre. Su pelo corto a lo chico y que sólo pasaba allí los veranos, vestida de vaqueros amplios y camisetas holgadas, aparte de la imprescindible gorra, hacían que nadie se hubiera imaginado nunca que fuera una chica.

Ahora ya era distinto. Ahora era Sam, pero en forma de chica porque ya no se podía disimular y ya había aprendido a cortar a un tío cuando se pasaba de la raya. Su padre se había ahorrado problemas y a ella le había dado igual. Excepto por Allan Rutherford. Suspiró porque suponía que lo vería por Dawson.

Miró a su alrededor para ver lo que había cambiado la ciudad en los seis años que no había ido por allí por estar estudiando y trabajando en otros sitios. No había cambiado mucho.

No es que fuera muy grande, pero a ella le encantaba. Sería por todos los veranos que había estado allí, que habían sido los más felices de su vida. No es que bajara mucho al pueblo, pues se pasaba casi todo el tiempo en la mina, pero de vez en cuando su padre la llevaba con él. Sobre todo cuando tenía que pesar el oro para dar el diez por ciento a Rutherford. Primero al padre y ahora al hijo. — ¿A dónde vamos?

—Al nuevo hospital— dijo George sonriendo de oreja a oreja mostrando sus rechonchas mejillas— Cómo me alegro de que estés aquí.

— ¿Quién se encarga de la explotación? —su amigo apretó los labios y Sam se puso alerta— ¿Qué pasa?

—Estamos parados.

— ¡Pero si acabáis de empezar!

—Rutherford, nos ha parado. Sin Big, dice que no seremos capaces de ser rentables y que lo hace por nuestro bien. La verdad es que la concesión este año es una mierda.

— ¿No os dio la del año pasado?

—Sí. Estamos sacando unos seis gramos de oro por metro cuadrado de tierra.

— ¡Eso no da para los gastos!— exclamó furiosa— ¿Por qué no le reclamó mi padre otra concesión? ¡Los beneficios se van en gasolina!

Una explotación minera conllevaba tener maquinaria pesada. Desde volquetes, hasta camiones y excavadoras, que con sus enormes palas alargadas, movían la tierra de un lado a otro. Eso conllevaba mucha gasolina a la semana. Con seis gramos de oro por metro de tierra lavada, no sobrevivirían.

—Rutherford le echó en cara la poca extracción del año pasado y es su concesión al fin y al cabo. Dice que el diez por ciento de nada, sigue siendo nada y que Big debería estar contento de tener un sitio

donde trabajar porque nadie le daría otra tierra con lo poco que tiene para ofrecer.

Sam se mordió el labio inferior porque podía entender a Allan. Tenía concesiones por todo el Klondike. Esas tierras cerca de la frontera con Alaska, tenían más de cien minas que se explotaban todos los veranos cuando el tiempo lo permitía. En invierno era imposible debido a las bajas temperaturas y las nevadas, así que en cuanto empezaba la temporada los mineros del oro se trasladaban a la zona cuanto antes, para aprovechar el verano hasta finales de septiembre. El que tenía suerte y gran maquinaria que ofrecer, pues así trabajaría más rápido, recibía las mejores concesiones a cambio de un diez por ciento del oro. Su padre sólo tenía cuatro trabajadores y la maquinaria imprescindible, lo que era un círculo vicioso. A veces se tenía suerte y se empezaba a excavar en una zona que se había explotado poco y tenía oro, pero otras veces pasaba eso. Se recogía realmente poco. Muchos mineros se habían arruinado al insistir en la temporada en una zona pobre, pues les habían apremiado los gastos sin recibir ninguna recompensa. Se podían llegar a gastar cuarenta mil dólares en gasolina a la semana, lo que significaba una auténtica ruina sino se sacaba bastante oro.

—Así que os ha parado –dijo molesta.

—Sí— dijo apretando el volante. —No quiere que cuando Big salga del hospital se encuentre en la ruina—dijo aparcando ante el nuevo hospital.

—Veo que lo han terminado. —miró el edificio con una sonrisa.

—Hace dos años— dijo saliendo de la camioneta. —Me contaron que fue todo un acontecimiento.

—Después de todo el tiempo que esperaron por él, no me extraña— dijo divertida.

—Vamos a ver a Big. Está que se lo llevan los demonios, así que te advierto.

Ella sonrió radiante— Se va a enfadar más cuando me vea.

—Las enfermeras tienen unas ganas terribles de que le den el alta. —dijo abriendo la puerta.

Cuando llegaron a la zona de las habitaciones, George le indicó con la cabeza una puerta. Sonriendo la abrió muy despacio y vio a su padre con la pierna escayolada. Hizo una mueca al ver que la tenía sujeta por un cable al techo. Su padre tenía el mando de la televisión en la mano y refunfuñaba por algo.

— ¿Acaso ya eres demasiado viejo para subir a una excavadora?

Su padre la miró con sorpresa y después frunció el ceño – ¿Qué rayos haces aquí?

Ella se echó a reír y entró corriendo para tirarse sobre la cama para darle multitud de besos por toda la cara. Su padre la abrazó con fuerza— ¿Cómo está mi niña?

— ¿Cómo estás tú? Yo no estoy en el hospital— dijo mirando sus ojos azules iguales a los de ella.

Su padre la miró cogiendo uno se sus rizos rubios— Igualita que tu madre.

—Pero si soy como tú— dijo riéndose abrazándole otra vez— Te he echado de menos.

—Y deberías seguir echándome de menos. ¿Qué rayos haces aquí? Deberías estar aprendiendo con esos ricachones.

—Venir a verte. –se apartó para verle la cara— Tienes problemas.

— ¡Va! ¡Tonterías!— pero al desviar su mirada, Sam se dio cuenta que estaba muy preocupado.

—Muy bien. –dijo levantándose de la cama— Cuéntamelo todo. Y te advierto que no me mientas porque ya lo sé.

— ¿Entonces para qué quieres que te lo cuente?— refunfuñó tirando el mando de la tele sobre la cama.

Se echó a reír divertida –Háblame de las tierras. Es el segundo año que estáis allí ¿verdad?

— ¿Para qué quieres saberlo?

— ¡Papá, no saldrás de aquí en un tiempo y no podrás trabajar cuando lo hagas!— dijo poniéndose seria— Perderás la temporada.

— ¿Y qué quieres que haga?

—Te sustituiré. Dirigiré tu concesión.

Reginal Wilcox se la quedó mirando muy serio— No dudo que estás más que preparada –ella se cruzó de brazos— pero Rutherford no lo aceptará.

— ¿Tú crees?—preguntó preocupada.

—Hija, sólo tengo cien mil dólares en el banco…

—No tocaré un centavo de ese dinero. Encontraré oro.

—Mi concesión ya ha sido muy explotada. No conseguirás oro. Seis gramos por metro te dan para subsistir.

—Encontraré un sitio de treinta gramos por metro— dijo decidida. — Y si tengo suerte…

—No sueñes. Llevas toda la vida en esto y sabes cómo es. Tienes que tener los pies en la tierra, Sam. Si consigues el dinero suficiente para pasar el invierno puedes darte con un canto en los dientes. –Por cierto, he estado pensando en mudarme aquí. Ya no usas la casa de California y…

— ¿Vas a vender nuestra casa?— no pudo evitar su asombro.

Durante el invierno vivían en California. Su padre aprovechaba para trabajar en una concesión que le cedían allí para aprovechar algo el invierno, mientras ella había ido a la escuela y a la Universidad.

— Por lo que tenemos allí, no conseguimos nada en invierno. Antes era una obligación para que tu tuvieras una vida más o menos normal pero ahora…

—Pero aquí los inviernos son horribles, papá. Temperaturas bajo cero y aislamiento. –dijo asustada porque se hacía mayor. Se acercó a la cama y le acarició su pelo cano que antes había sido rubio— Dejaremos esa conversación para más adelante ¿vale? Ahora solucionaré esto.

—Si tienes que recurrir a los ahorros…

Ella sonrió— No cogeré nada. — le besó en la mejilla sonriendo –Y si tuviera que hacerlo, antes lo hablaría contigo.

—Ten cuidado. Prométemelo. Es un trabajo peligroso.

— ¡Eh! ¡Sé cuidarme sola!

Big sonrió acariciando su mejilla con su enorme mano— Lo sé. Te he criado bien.

—George y Melvin habrán tenido algo que ver.

—Va, casi nada.

Se echó a reír a carcajadas y en ese momento llegó la enfermera a darle la cena. Al enterarse de que era su hija se alegro mucho de verla. –Bueno papá, tengo que ir a ver al jefe.

—Estará en el bar. A estas horas siempre va a tomar una cerveza por si alguien quiera hablar con él.

Se puso su cazadora rosa— Pues vamos allá.

Su padre sonrió y ella le miró bien. La verdad es que la cama no era demasiado grande para su corpachón, pero había dormido en sitios peores. – ¿Cómo está la caravana?

— ¿A qué te refieres?

—Vale, puedo imaginármelo. — respondió divertida.— Tendré que limpiar una semana.

—La asistenta no ha venido.

—Ja, ja. Muy gracioso.

Le lanzó un beso desde la puerta antes de salir y allí estaba George sonriendo a la enfermera. Sorprendida vio como le guiñaba el ojo a la chica, que debía ser sólo un poco mayor que ella— Vámonos, viejo verde.

— ¡Oye! Que todavía estoy de buen ver.

Ella le miró de arriba abajo. Desde sus vaqueros sucios, hasta su camisa de cuadros, con su camiseta de un color indescifrable debajo de ella. Los sesenta años que acababa de cumplir y su enorme barriga no le daban precisamente atractivo. — Claro George, todavía estás de buen ver.

Su amigo sonrió de oreja a oreja. –Melvin dice que los sesenta son los nuevos cincuenta.

—Ah, entonces tengo dieciséis.

Su amigo gruñó y ella se partió de la risa.

Fueron al Peter´s, donde se reunían la mayoría de los mineros de la zona cuando querían comer decentemente o cuando simplemente

querían cogerse una buena borrachera. Pocas mujeres iban allí o las que iban, era simplemente para ligar a un minero, así que ella no había entrado nunca. Divertida entró en aquel sitio mirando intrigada a su alrededor y se quitó la cazadora que llevaba, mostrando la camiseta ajustada azul que marcaba unos buenos pechos, que ahora eran imposibles de disimular.

—No sé si esto es buena idea— dijo George nervioso al ver como dos tíos la miraban.

La verdad es que su melena de rizos rubios y sus ojos azules, por no hablar de su preciosa figura, llamaban la atención en un sitio así. –Tranquilo, George. He aprendido a relacionarme con ellos.

— ¡No me cuentes esas cosas!

Ella sonrió divertida, como si pensara que hablaba de sexo o algo así. —Ven, allí hay una mesa y estoy muerta de hambre.

Eso pareció gustarle porque siempre estaba hambriento. Cuando se sentaron, siendo Sam el centro de atención, miró a su alrededor para localizar a Rutherford pero no le vio por ningún sitio— Dime, George. ¿Allan se ha casado?

— ¡Que va! Va de flor en flor, pero nada serio. Ese chico no sentará la cabeza en la vida. Es lo que tiene tener tanto dinero y una cantidad indecente de concesiones.

—Algún día compraré una concesión— dijo ilusionada –Y trabajaré para mí.

—Dios te oiga, niña. Y que yo lo vea.

— ¿Te das cuenta que puedo ser tu jefa?

La risa de George se escuchó en todo el local y la camarera se acercó – ¿Qué pongo?

—Dos buenos filetes con patatas fritas y dos cervezas –respondió ella.

La camarera, que debía tener su edad, la miró fijamente— Tú no has venido nunca. ¿Eres nueva?

—No. Soy la hija de Big.

La chica se la quedó mirando— ¿De Big el minero?

—De ese mismo.

—Pero si sólo tiene un chico. Sam se llama. No para de hablar de él.

—Samantha.

La camarera la miró con la boca abierta— ¿Tú eres Sam?

—Gilli, tengo hambre— protestó George. – ¿No podéis hablar después?

— ¡Calla pesado, que esto es lo mejor desde que la mujer de Phil le puso los cuernos!

— ¿Y con quién se los puso?— preguntó Sam con los ojos como platos. — ¿Phil, el palizas?

— ¡Ese!— se sentó a su lado y dijo en confidencia— Pues se los puso con Mahoney, el de la tienda de cebos.

—No fastidies— dijo con cara de asco— Si le faltan dientes.

—Oh, eso era antes. Se fue a un dentista buenísimo que hay en Alaska y…

—Chicas, tengo hambre.

Gilli le miró hastiada— ¿Te das cuenta de lo que tengo que soportar?

—Una lata. — miró a la chica que era muy mona con su pelo negro recogido en una coleta alta y tenía unos bonitos ojos castaños — ¿Has visto a Rutherford?

—Estará al llegar. ¿Es por lo de la mina de tu padre?

—Sí, tengo que hablar con él.

—Entonces os pondré la cena rápido para que no la interrumpas.

—Gracias Gilli.

— ¡Dos cervezas!—gritó Gilli a los cuatro vientos— ¡Para la hija de Big!

Todos los mineros la miraron como si le hubieran salido dos cabezas y ella sonrió divertida. –Estupendo. Ahora sí que no cenaré — dijo al ver como se acercaba Ray Lamar.

—Big no tiene hijas. — dijo mirándola fijamente. —Su hijo se llama Sam.

Bien, mejor hacerlo bien a la primera para no tener que repetir. Se levantó de la silla y sonrió –Me llamo Samantha Wilcox y soy hija

de Reginal Wilcox. —sonrió mirando alrededor— Vosotros lo llamáis Big y otras cosas peores— Los hombres se echaron a reír.

— ¿Tú eres Sam? Yo he visto a Sam y era un chico— dijo uno al fondo del bar.

— ¿Desde cuando ves bien, Marc? Siempre llevas un par de cervezas encima. —Las carcajadas recorrieron el local.

— ¿No vendrás por la concesión de tu padre?— preguntó Garrison acercándose con la jarra de cerveza en la mano.

—Oh, pues claro que vengo por ella.

—Allan no te la dará. –dijo un minero que no conocía. Tenía sobre treinta y cinco años y no parecía demasiado amistoso. Se podía haber duchado, pensó ella antes de contestar.

—No sé quién eres, pero eso lo hablaré con Rutherford y no creo que te importe.

—Me importa, porque si tu padre no vuelve, me la ha prometido a mí.

Esas palabras a espaldas de su padre la ofendieron. — Eso ya lo veremos.

—Dejar eso para después— dijo Gilli colocando ante ellos dos jarras de cervezas— Sam acaba de llegar y tiene hambre. ¿Cómo está tu padre?

Hizo una mueca cogiendo la gran jarra— Va a estar ingresado un tiempo. Y después no podrá trabajar en un mes.

—Se perderá la temporada. — apostilló George.

—Menuda mierda— dijo Gilli antes de volverse— Enseguida estará la comida, chicos.

Algunos seguían mirándola con los ojos como platos— Vamos chicos, me habéis visto mil veces, pero si queréis os puedo regalar una foto.

Varios se echaron a reír y ella miró a George. Su amigo estaba preocupado. –Lo arreglaré, confía en mí.

—Confío en ti, pero algunos siguen teniendo ideas muy raras sobre las mujeres en el Klondike. Algunos hasta piensan que dan mala suerte en las explotaciones, ya lo sabes.

—Allan no es tan retrogrado. Es un mujeriego y eso es lo que voy a explotar.

— ¿Qué vas a hacer?

— ¿Y estropearte la sorpresa?—se apartó los rizos rubios del hombro sonriendo pícaramente.

George gimió—Ten cuidado, con él no se juega. El año que viene tiene que darnos otra concesión.

—Y te aseguro que será la mina de las tierras altas. Las tierras más productivas de la región del Yukón.

— ¿Estás loca, chica? Esa la explota él. Y no hay nadie en Canadá al que le tenga tanta confianza como para explotarlas.

Soltó una risita— Pues le haré cambiar de opinión.

—Es tan imposible como que el sol salga por el oeste.

—Ya veremos. Primero empecemos con lo que tenemos entre manos.

Bebió un trago de su cerveza y miró a su alrededor. Abrió los ojos como platos al ver un hombre en la barra que la miraba. Tenía su edad y había jugado con ella cuando tenía doce años en muchas ocasiones— Dios mío, ¿Albert eres tú?

El chico sonrió— Veo que te acuerdas de mí— dijo divertido.

—Claro que sí. Me enseñaste a llevar la excavadora. — se echó a reír— Mi padre por poco te mata.

—Ahora entiendo porqué— dijo algo molesto.

—Va, que tontería. ¿Qué más dará que sea una chica? ¿Nos divertimos juntos de niños o no?

Albert se sonrojó preguntando— ¿Por qué ocultó que eras una chica?

Ella levantó una ceja y todos se echaron a reír.

–Ahora ya no puede ocultarlo— dijo uno al fondo.

—Chicos, calmaos. Os comportáis como si no tuvierais una mujer en casa.

—Yo no me he casado— dijo Albert con segundas antes de que el grupo se echara a reír.

—Es demasiado para ti, chaval. Además Big te pegaría un tiro. —dijo George riendo, pero la advertencia había quedado ahí.

Sonriendo a Gilli que se acercaba con dos enormes platos le preguntó— ¿Se portan bien los chicos?

—Tienen sus días— dijo mirando a Albert como si quisiera pegarle un tiro.

— ¿No me digas que Albert tontea contigo?—las risas del local subieron de tono— Eso no es formal, Albert— dijo regañándolo— Ninguna chica te tomará en serio.

—De todas maneras no le toman en serio. —dijo otro.

— ¿Tú qué sabrás? –Albert se giró mirando a su compañero y Gilli le guiñó un ojo.

—Que aproveche.

—Gracias— miró su enorme filete y se puso a ello pues no había comido nada desde el desayuno. A George no hacía falta que le animaran.

Capítulo 2

Estaban comiendo a dos carrillos cuando se abrió la puerta del local y entró Allan hablando con un hombre que llevaba un mono negro de piloto. Sam masticó mientras le veía acercarse a la barra. Todo el local se había quedado en silencio esperando a ver que pasaba, mientras ella se lo comía con los ojos. Estaba incluso más guapo que la última vez que lo había visto seis veranos antes, desde que había empezado a hacer prácticas en los veranos y ya no se podía acercar al Yukón. Ya tenía treinta y cuatro años. Parecía más hombre. Su cuerpo era perfecto por el duro trabajo que realizaba y sólo llevaba unos vaqueros con una camiseta negra. Acostumbrado al tiempo de esa zona de Canadá, para él era verano y tragó saliva viendo los músculos marcados por la camiseta. Su pelo negro y sus ojos verdes la hicieron suspirar. Lo que no recordaba de él era su altura. Debía sacarle la cabeza. Aunque tampoco es que lo hubiera mirado mucho a la cara cuando había estado cerca en el pasado. En aquella época era tímida y como él pensaba que era un chico, nunca le hablaba. Apostaría a que si hubiera sabido que era una mujer hasta le habría pedido salir. Lo hacía con todas.

—Come— dijo George sacándola de su ensoñación. –Se te va a enfriar.

Ella sonrió y corto otro pedazo de filete mientras le escuchaba pedir dos cervezas a Gilli.

— ¿No vas a decirle nada?

—Estoy cenando. — sonrió a su amigo que puso los ojos en blanco. —Además me presentarán enseguida— susurró antes de

escuchar.

—Rutherford ¿a que no sabes quién ha llegado?

Allan se volvió sonriendo para mirar a Marc, que seguramente se había levantado para tener una visión general. — ¿Quién?— aunque su mirada recorrió el bar y enseguida recayó en Sam.

—Sam Wilcox— dijo a mala idea.

— ¿El chaval de Big?— preguntó sin dejar de mirar a Sam que masticaba mirando a Marc.

—Sí, ha venido a encargarse de la explotación.

—Eso ya lo veremos. Un universitario sin experiencia es lo que menos necesitan esas tierras. — Allan se acercaba a su mesa y miró a George— Hola George ¿cómo va eso?

Su amigo gruñó en respuesta mientras seguía masticando. Miró a Samantha que lo observaba todo divertida. – ¿Y tú qué? ¿Eres la novia de Sam?

Ella miró a su alrededor mientras el grupo se reía. Varios se partían apretándose el estómago. Dejó el tenedor sobre el plato y miró hacia arriba. –Hola Allan, ¿no te acuerdas de mí?

La miró confundido— ¿Nos conocemos?

—Una vez me dijiste que comiera más, a ver si conseguía algo de músculo.

Los del bar se reían a carcajadas y Allan frunció el ceño mirando a su alrededor. No estaba acostumbrado a ser el centro de las bromas porque era el rey del contorno. –Dime Allan ¿no te acuerdas?

—No te había visto en mi vida— dijo mirándola fijamente.

—Soy Sam.

Allan frunció todavía más el ceño— ¡Joder! Eres…— la miraba espantado.

—Soy mujer, Allan.

— ¡No, eres un hombre! ¡Te he visto mil veces y… mierda, eres un hombre!

—Es una mujer, Allan. Siempre a sido una mujer— George empezaba a encontrar aquello divertido pero a ella no le gustaba un

pelo. Si se corría por el Yukón que era transexual, no se quitaría el rumor de encima en la vida. Y era lo que menos necesitaba. — Te lo digo yo que le cambiaba los pañales.

La cara de Allan era para sacar una fotografía y algún flash de móvil se iluminó en el local. La fulminó con la mirada— Así que eres una tía.

—Sí, eso me han dicho toda la vida— dijo volviendo a cortar su filete— ¿Te importa que coma? No he probado bocado desde el desayuno.

— ¿Por qué fingías ser un hombre?

—Porque podéis ser muy pesados con eso de las mujeres en la mina— dijo como si le aburriera el tema. — ¿Ahora hablamos de negocios?

La miró como si estuviera loca— Ni hablar.

—Pensaba que eras una persona seria, Allan. Y que tu palabra la dabas hasta el final.

— ¿Qué estás insinuando?— se cruzó de brazos mirándola fijamente y ella se metió un trozo de filete en la boca haciéndolo esperar.

Cuando tragó dijo— Siéntate, Allan.

—No tengo ganas.

Ella cogió una patata con la mano y se la comió lentamente sin quitarle ojo. Allan no se caracterizaba por su paciencia. Cuando terminó la patata, bebió de su jarra de cerveza y George empezó a ponerse nervioso. –Verás. La concesión está cedida a mi padre durante la temporada.

—A tu padre.

—Ya, pero da la casualidad que ya tengo allí todo el material y si tengo que trasladarlo, eso será un montón de pasta. No querrás aprovecharte de un pobre inválido, ¿verdad?

Allan se enderezó—Eso no es problema mío. Tengo una explotación y quiero rendimiento. Tus problemas no son cosa mía.

—Cierto, pero ¿qué te importa si me quedo dos semanas? Si no rindo, la perdida será exclusivamente mía.

—Habré perdido la temporada en ese terreno.

—Yo estoy listo para trasladarme mañana mismo. —dijo el tipo de antes que la hizo enfadarse.

— ¡Cierra el pico! ¡Esta es una conversación privada!—dijo fulminándolo con la mirada.

Tuvo el descaro de reírse y ella sonrió irónica antes de mirar a Allan. –Conseguiré oro y tendrás tu sustancioso diez por ciento. Dos semanas. Todavía te quedará la mitad de la temporada.

Allan apretó los labios. –Una semana y tienes que conseguir dos kilos.

Ella abrió los ojos como platos— ¡Es un terreno de seis gramos metro!

—Dos kilos en una semana. Si lo consigues podrás quedarte.

— ¿Y si consigo cinco el año que viene me concederás la tierras altas?— preguntó maliciosa.

George abrió los ojos como platos.

Allan se echó a reír y todos los demás también. Como decía George era tan imposible que pasara, pues sería casi un milagro.

– ¿Quieres apostar?— ella asintió sintiendo mariposas en el estómago por su mirada recorriéndola de arriba abajo— ¿Cinco en una semana? Si lo consigues te concederé las tierras altas, pero sino lo haces…

Ella entrecerró los ojos— ¿Qué?

La miró a los ojos— Te acostarás conmigo.

Los hombres se pusieron como locos mientras ellos se miraban fijamente. A Samantha la recorrió un calor de arriba abajo que no había sentido nunca.

— ¡Samantha!— dijo George rojo como un tomate.

Ella se levantó lentamente y alargó la mano. Allan se la apretó antes de que George pudiera hacer algo.

—No lo conseguirás, lo sabes ¿no?—dijo Allan mientras Marc partiéndose de la risa le golpeaba en la espalda felicitándolo.

—De momento me quedo una semana más— sonrió radiante antes de sentarse y seguir cenando ignorándolo.

Los hombres se echaron a reír a carcajadas— Menuda pieza te llevas, Allan. Eso si Big no te pega un tiro.

Allan no respondió mirándola – ¿Estás segura de lo que haces?

—Lo descubrirás en una semana— dijo sacando varios dólares del bolsillo de vaquero y levantándose –Vamos, George. —su amigo se levantó de inmediato algo nervioso

— Yo invito. —dijo Allan cuando iba a dejar el dinero sobre la mesa.

—No, gracias— Sam sonrió dejando los billetes sobre la mesa— Vete preparando mi contrato, Allan. En una semana firmaré los papeles.

—Lo que iré preparando será la cama. Compraré sábanas nuevas y todo.

Los hombres se partían de la risa y sabía que no la tomaban en serio. Pero demostraría que era una auténtica minera, aunque no pudiera dormir en una semana.

Sam se acercó a Allan hasta pegarse a él y le miró a los ojos— Seguro que la cama lo agradecerá por todas las mujeres que han pasado por ella, pero yo no voy a ser una de ellas, cielo. Así que no te hagas ilusiones. –con descaro le besó en la barbilla antes de apartarse –Que duermas bien.

Salió despidiéndose de Gilli con un guiño de ojo, mientras ella la animaba a gritos como todos los demás. Cuando salieron George le gritó— ¿Estás loca, niña? ¡Big te va a matar!

—No se va a enterar porque no nadie va a irle con el cuento conociendo su carácter— dijo entrando en el coche— Y después se reirá cuando haya ganado la apuesta.

— ¿Cómo piensas ganar la apuesta si estamos ganando tan poco?— frustrado puso su coche en marcha para dirigirse a la explotación, que por lo que le había dicho su padre estaba a cuarenta minutos de Dawson City.

—Cambiando la ubicación.

George la miró como si estuviera loca. – ¡Cambiar la planta de lavado nos llevará un día! ¡No puedes hablar en serio!

Ella sonrió como si guardara un secreto – ¿Qué me ocultas?

—Este invierno papá se llevó los estudios geológicos a casa y los estudié en Navidad. Tengo una zona en mente que no se ha explotado nunca.

— ¡Dios mío! Estás hablando del diente del diablo ¿verdad? Decidido, estás loca.

— ¡Es una montaña sin explotar!

— ¿Y sabes por qué no se ha hecho nunca?— le gritó furioso. – ¡Porque debajo pasaba un río subterráneo que ahora está congelado! ¿Sabes lo que es el hielo glaciar? ¡Esa montaña no se puede excavar!

—Sí que se puede— dijo convencida. — Papá me dijo lo mismo y yo le di mi opinión sin que me hiciera caso. Ahora voy a comprobar si tengo razón.

—Te digo que está congelada. Tu padre lo comprobó hace un año.

Intentaba que entrara en razón, pero si quería sacar cinco kilos esa semana, tenía que arriesgarse a empezar en un sitio nuevo porque donde estaban no lo conseguiría.

—Lo comprobó al principio de la temporada. A mediados de Abril. Después del invierno más frío de los últimos cincuenta años. Todavía estaba casi todo congelado.

—El hielo aparece en los mapas. No fue sólo ese año.

—Los mapas son de hace treinta años— dijo divertida. — ¿Sabes lo que es el calentamiento global?

George la miró sorprendido— ¿Qué estás diciendo? ¿Que ahí hay oro?

— ¿Sabes dónde está ubicado el diente del diablo? ¡Es la loma más alta de los alrededores en la explotación!

—Lo sé.

—En el lecho de un antiguo río.

— ¡Ya lo sé!

—Pero lo que no sabes es que he investigado un poco el terreno que hay al otro lado. A cinco kilómetros esta la explotación de Marc

y sus tres últimos años han sido malos.

—Esa zona nunca ha sido buena. Todo el mundo lo sabe, pero él sigue porque le da para subsistir en invierno.

—Exacto. La zona es pobre. Al contrario de la nuestra que en un pasado fue muy buena. Ahora no, claro. Se ha explotado mucho y ya casi no queda nada.

George le echó un vistazo sin comprender— ¿Quieres saber por qué nuestra zona siempre fue mejor?

—No estás hablando en serio.

—El río subterráneo arrastraba los sedimentos de oro a nuestra zona por la inclinación de la tierra y muy poco a la zona de Marc. Porque su curso natural era nuestra zona. Para Marc sólo iba un pequeño afluente.

George detuvo la camioneta en el arcén solitario— Coño, niña ¿me estás diciendo que el oro está en el diente del diablo?

Ella sonrió abiertamente— Te estoy diciendo que estamos casi en junio, que el hielo del invierno se ha evaporado y que en el diente del diablo está la veta principal.

Su amigo se quedó con la boca abierta— ¿Y cómo nadie lo ha descubierto nunca?

—Es una zona empinada de difícil acceso. Y tú sabes que la mayoría de los mineros eligen su sitio al principio de la temporada para no mover la planta de lavado. Es poco probable que alguien se mueva a no ser que tenga perdidas.

—Como hizo tu padre. Comprobó la zona y al ver que había hielo lo descartó.

—Al ver que hay hielo todo el mundo sale corriendo porque es imposible de limpiar para llegar a la grava de debajo, sin volver a comprobar a mitad de temporada si el hielo seguía ahí.

— ¿Estás segura de eso?

—No puedo estar segura al cien por cien— respondió riéndose. —Pero lo comprobaré en cuanto amanezca.

—Será peligroso. Y si hay agua todavía más.

—Tranquilo. Puedo manejar la excavadora mejor que nadie que conozcas, lo has dicho mil veces.

—Mañana iré contigo.

—No. Mañana a primera hora quiero que vayas a buscar un trailer para trasladar la planta hasta la nueva ubicación. Cuando vuelvas ya lo habré comprobado y sabré a qué atenernos.

—Y para qué quiero el trailer si luego no hay oro.

—Porque tengo una segunda ubicación en mente. –dijo misteriosa. –Y si esto no funciona nos iremos allí. No podemos quedarnos donde estamos ahora.

—Espero que sepas lo que haces. El alquiler del trailer será un pico.

—Tranquilo. Del dinero me ocupo yo.

Le habían pagado muy bien en las empresas donde había trabajado. Al obtener tan buenos resultados por sus estudios de zona, le habían dado primas sustanciosas aparte del dinero de las becas que le había dado el estado. Tenía la cuenta bancaria bastante abultada y ella no tenía gastos. Como hija de minero había aprendido a vivir con lo imprescindible. Tres pares de pantalones, un par de vestidos y camisetas para trabajar. Unos zapatos de tacón y botas de trabajo. Era lo que necesitaba. Si ni siquiera se maquillaba.

Se pasaron unos minutos en silencio pensando en ello. –Espero que tengas razón, Sam. Porque si no es así, tu padre nos pega cuatro tiros.

—La escopeta está en la caravana— dijo haciéndolo reír.

Cuando llegaron era de noche cerrada y sonrió al ver a Melvin sentado en la silla plegable ante su caravana, esperándola mientras se fumaba un cigarro. El hombrecito parecía poca cosa, pero era el hombre más tenaz que había conocido es su vida y todavía seguía en forma con sus cincuenta años. Se levantó tirando la colilla y abrió los brazos— ¿Cómo está mi niña?

Ella corrió hasta él y riendo le abrazó. —Encantada de verte.

—No se puede estar más guapa. ¿Ya te ha ligado Rutherford?

Se echó a reír mientras George gruñía— No precisamente. Ya te contaré.

—Eso me suena a lío, como cuando hacías travesuras.

—Algo parecido— le miró bien bajo la lámpara exterior de la caravana. —Tienes buen aspecto. —miró a su alrededor y frunció el ceño— ¿Donde están los chicos?

—Mis hijos han ido a tomar una cerveza. –dijo molesto. –Son un par de idiotas.

—No me conocen ¿habrá problemas?— preguntó sentándose en los escalones de la caravana.

—Seguramente tendré que pegarles cuatro gritos. Pero tranquila, cumplirán con el trabajo.

Ella asintió mirando hacia atrás y gimió porque no se imaginaba como estaría la caravana de su padre.

George se echó a reír. — ¿Por qué no descansas? Mañana tenemos mucho trabajo.

— ¿Ah si?— preguntó Melvin mirándolo asombrado.

—Ya te contaré— le dio una palmada en el hombro y los dos se volvieron— Hasta mañana, pequeña.

—Que durmáis bien.

Se levantó y fue hasta la camioneta para recoger su mochila. Cuando llegó a la caravana de su padre, tomó aire antes de entrar. Como se imaginaba, estaba hecha un desastre. Dejó la mochila en la puerta dejándola abierta para ventilar y miró a su alrededor. Los mineros no eran muy cuidadosos en esas cosas. Había ropa sucia por todas partes y las sábanas tenían un color indefinido, que ella tiraría al instante. Incluso había tierra en el suelo de linóleo de entrar con las botas de trabajo. La cocina estaba llena de cacharros sucios y chaqueó la lengua sin horrorizarse porque ya lo había visto más veces. De hecho todos los años desde que tenía doce años y su madre había muerto.

Fue cuando se fue a vivir con su padre y cambió totalmente de vida. De vivir en California en una casita con jardín, pasó a vivir en una caravana en Canadá, sin prácticamente conocer a su padre

excepto por breves visitas, pues sus padres se habían divorciado incluso antes de que ella hubiera nacido.

La primera vez que vio la caravana sí que se horrorizó e incluso se echó a llorar, pero su padre le dijo que si no le gustaba, hiciera algo al respecto. Cuando volvió esa noche, la había limpiado de arriba abajo y había lavado la ropa. Su padre la miró con sus ojos azules y le dijo— Nos llevaremos bien. ¿Has hecho la cena?

— ¡No!— había gritado ella.

—Bueno, mañana harás espaguetis.

Y así empezó su vida juntos y había sido maravillosa. Ella se enamoró de la minería y su pasión iba en aumento. Tenía la fiebre del oro, lo sabía de sobra, pero se caracterizaba por correr un mínimo riesgo económico, lo que le había dado fama entre sus compañeros de trabajo. Le habían ofrecido muy buenos contactos pero ella siempre había sabido que volvería al Klondike, junto a su padre. Su sueño era tener una concesión propia y la tendría, porque las tierras altas le proporcionarían los dos millones y medio que necesitaba para comprar la concesión.

Suspiró poniéndose a recoger toda la ropa que había tirada por ahí, dejándola en un montón y cuando quitó las sábanas de la cama de su padre hizo lo mismo. Después despejó la mesa de cacharros antes de limpiarla bien y bajarla colocando los cojines encima para hacer su cama con sus sábanas, como todas las noches que pasaba allí. Podía utilizar la cama de su padre, pero esa era la suya y siempre había dormido muy cómoda allí. Después de desnudarse, buscó su camisón en la mochila y se acostó .Se tapó bien con la manta y suspiró dándose cuenta que era la primera noche que pasaba allí sin los ronquidos de su padre. Sonriendo se quedó dormida.

Capítulo 3

Se despertó a las cuatro y media de la mañana. Si perder el tiempo porque amanecería pronto, comió unos cereales después de deshacer su cama y levantar la mesa. Cogió un enorme cubo que había fuera y lo llenó de agua. Metió la ropa dentro para que cuando volviera sólo hubiera que lavarla un poco. Hizo lo mismo con los cacharros y pasó la escoba por la caravana. No estaba impecable, pero no tenía nada que ver con lo del día anterior. Si sacaba el suficiente dinero compraría su propia caravana para la temporada siguiente. Ya era hora de que se independizara.

En vaqueros y con la camiseta más vieja que tenía con el logo de la universidad, cogió la camioneta de su padre para ir hacia la planta. La concesión era grande, de unos veinte kilómetros de largo y seis de ancho lo que implicaba que la planta de lavado debía estar cerca de la explotación para evitar gastar la menor gasolina posible.

Cuando llegó a la planta de lavado estaba amaneciendo. No la había visto en seis años y gimió porque no recordaba que fuera tan vieja. –Estupendo –dijo bajándose de la camioneta y dando un portazo. –Suerte tendré si eso lava algo la tierra y saca un gramo de oro.

Cogió uno de los cascos y se lo ajustó a la cabeza después de hacerse una cola baja. –Vamos a ver como andas, pequeña.

La planta tenía un recipiente donde la pala iba echando la tierra. Después de un proceso de lavado y de desechar las piedras grandes en una cinta transportadora que las expulsaba al exterior de la planta, la tierra pasaba por unas excusas con un gran chorro de agua. Parecían dos enormes toboganes acuáticos.

El oro, más pesado que la tierra, se quedaba en las exclusas en enormes almohadillas que lo retenían, mientras que la tierra se iba con el agua. Un mal lavado implicaba perder oro entre los deshechos, por eso era imprescindible que la presión del agua fuera buena y las exclusas tuvieran la inclinación adecuada después de su colocación.

Como la planta se transportaría, sólo revisó el motor, que parecía estar en buenas condiciones. Para comprobarlo la puso en marcha y se encendió a la primera. El sonido era bueno.

—Bien, pequeña. Tienes que ser buena y recoger mucho oro para mí.

—Había olvidado que hacías eso.

Se volvió sorprendida para ver a Melvin bajándose de su camioneta. — Buenos días.

—Está perfecta, niña. ¿Crees que no sé hacer mi trabajo?

—Eres un mecánico de primera. ¿Te ha explicado George lo que quiero hacer?

Melvin le dio el chaleco reflectante y ella se lo puso mientras su amigo hacía lo mismo. — Sí.

— ¿Y qué te parece?

—La ingeniera eres tú, niña. No te voy a decir cómo hacer tu trabajo.

Ella se echó a reír –Muy bien. Entonces vamos a ello.

—Voy desmontando las exclusas para el transporte.

—No hagas nada hasta que no venga George. No te quiero trabajando solo ¿me oyes?— le advirtió yendo hacia la excavadora.

—Sí, jefa.

Ella rió y se subió a la cinta rodante de la excavadora para abrir la puerta. Se subió y puso las manos en los mandos antes de encenderla. Grito de alegría al levantar la pala y Melvin se echó a reír. Cogió la radio que había en la excavadora y dijo –Va de miedo, Mel.

—Pásalo bien, niña.

—Eso pienso hacer.

Recorrió los tres kilómetros que la separaban del diente del diablo y cuando llegó ya había amanecido del todo. A su derecha la montaña se encontraba a la ribera del río. No era demasiado alta pero su diámetro era considerable. Unos dos kilómetros. Si allí había oro lo habría en abundancia. Eligió la zona menos probable para empezar y para ello la inclinación de la excavadora era bastante pronunciada. Pero tenía agarre, el problema sería si había agua por el río subterráneo y el deshielo. Entonces la excavadora resbalaría como si fuera un patín ladera abajo y que Dios la ayudara, porque eran como treinta metros de descenso con toneladas de hierro encima. Sólo le quedaría saltar de la cabina para salvar la vida.

—Vamos allá, pequeña— dijo emocionada— Haremos tres agujeros y comprobaremos si hay oro.

Comenzó a cavar con la enorme pala y dejó la tierra a un lado del agujero porque sólo era un trabajo de comprobación. Sonrió porque allí no había hielo y siguió excavando algo más, todo lo que le dejaba la pala llegar al fondo. — ¡Perfecto chica! ¡Lo haces perfecto!— gritó emocionada. Cuando el brazo de la pala no llegaba más abajo, se bajó de ella para mirar el interior del agujero. Aparentemente no había oro pero había empezado muy arriba y el oro estaría mucho más abajo. Pero allí no había hielo y era una noticia estupenda.

Se subió a la excavadora y bajó varios metros marcha atrás. Hizo otro agujero de comprobación y pasó lo mismo. Y cuando hizo el tercero igual. Su grito de alegría debió oírse en todo el Yukón.

Cuando llegó abajo e hizo un último agujero a ras de suelo rezó porque allí no hubiera hielo. Era la zona más caliente según su opinión y necesitaba que allí no hubiera hielo ártico o tendría que olvidarse de la zona. Estaba haciendo un enorme agujero totalmente concentrada por si había hielo en el corte ante ella o hacia abajo cuando se abrió la puerta de su excavadora sorprendiéndola. — ¿Qué coño haces?— el grito de Allan la asustó y le miró como si estuviera chiflado allí colgado al asa que estaba pegada a la puerta.

— ¿Tú qué crees?— dijo sacando la pala del agujero para tirarla a un lado.

— ¿Esta es tu manera de ganar una apuesta? ¿Con sueños imposibles?

—Ahí hay oro.

—Me equivoqué al darte esta semana, evidentemente. ¡Vas a llevar a tu padre a la ruina!

Ella detuvo el motor y sacó las piernas dispuesta a salir. Allan saltó de la excavadora y ella le siguió.

— ¡No vuelvas a decirme lo que debo o no debo hacer! Tengo una semana para hacer lo que me dé la gana.

— ¡Estas son mis tierras! No pienso dejar que os arruinéis y de paso no ganar un centavo. ¿Sabes lo que me han costado estas tierras?

Ella señaló el hoyo – ¡Ahí hay oro! Tendrás tu maldito dinero.

— ¡Estás loca!

—Compruébalo tú mismo— dijo fríamente poniendo las manos en jarras.

Le vio ir hacia su camioneta que para su sorpresa era roja. La verdad es que era muy bonita. Una pena no haberla incluido en el trato. Cogió algo de la parte trasera y ella pudo ver que era un plato de batea. –Maldita chiflada. Sólo voy a perder el tiempo contigo.

—Al menos te llevarás un polvo— dijo burlona.

Se detuvo y la miró como si quisiera pegarle una paliza— ¿Siempre tienes la lengua tan larga?

—Si ganas, ya lo comprobarás.

Allan entrecerró los ojos antes de ir hasta el agujero y para su sorpresa se metió dentro. Ella chasqueó la lengua esperando a que saliera— ¡Podías haber cogido la tierra de fuera! No eres muy listo ¿verdad?

Al ver que no salía, se acercó al agujero y se quedó de piedra al ver el brillo. Los mineros cuando buscaban oro preguntaban si habían visto color y allí había color por todas partes. Allan miraba una enorme pepita que había enterrada y se agachó para separarla

de la tierra mientras ella veía el mayor yacimiento que había visto nunca. –Nena, vete por la radio de mi coche.

— ¿Por qué?

—Porque vamos a necesitar mucha gente.

Ella se echó a reír histérica mientras daba saltos de un lado a otro. ¡Soy rica! ¡Soy rica! —De repente se detuvo y vio que la miraba divertido— Y te has quedado sin polvo.

Allan se echó a reír y salió del agujero de un salto— ¡Cuidado! Te llevas mi oro en tus botas.

—Podías ser generosa— dijo volviendo una bota y ver que se había incrustado una pequeña pepita en ella.

—Sí claro, tanto como tú. —extendió la mano y él se la puso encima.—La otra— repitió el movimiento pero en esa no tenía nada. — Vale, puedes irte.— dijo mirando su primera pepita de oro. Esa no la vendería, esa la conservaría para siempre.

—Sam, creo que necesitarás ayuda. — dijo quitándose el casco y pasando la mano por su pelo negro mirando el agujero.

— ¿Cuanto crees que habrá?

—No sé— miro el diente del diablo –Habrá que procesar todo lo de arriba pero si lo de abajo está igual de bien… calculo unos treinta millones.

Sam chilló de alegría y se tiró a él dándole un rápido beso en los labios. Se separó a toda prisa y corrió hasta la excavadora para coger la radio— ¡Chicos!

—Dime pequeña— contestó Melvin al otro lado.

— ¡La tengo!— gritó con alegría mientras Allan se reía.

— ¿Qué tienes?

— ¡La veta principal! ¡Somos ricos!

—Niña ¿has bebido?

Allan no paraba de reír y miró hacia el agujero sin poder creérselo. –Tengo aquí a Rutherford, que te lo diga él.

Le pasó la radio mientras seguía dando saltitos de la alegría y Allan la cogió del brazo— Te vas a caer.

— ¡Da igual, soy rica!

Su jefe puso los ojos en blanco antes de hablar con Melvin diciéndole que fuera hasta allí. Y que llevara el camión.

Le miró con los ojos entrecerrados y le arrebató la radio—Este es mi equipo y mi explotación. No puedes darles órdenes.

— ¡Hay que procesar todo eso antes del invierno! ¡Así que necesitarás ayuda! ¿O piensas hacerlo con tu planta de lavado? Por mí perfecto, no terminarás antes del invierno y ya lo terminaré yo el año que viene. Así me quedaré con la mitad del beneficio.

En eso tenía razón. No terminaría a tiempo con su equipo – ¿Qué propones?

—Traeré una planta de lavado tres veces más grande y dos excavadoras más. A cambio me quedo con el treinta por ciento.

—Veinte.

— ¡Estás de broma! Te ofrezco el trato porque no me fío de que algo tan grande no lo exploten furtivos en invierno si se corre la voz.

Sí, a veces pasaba eso. Se encontraba un buen yacimiento y al no haber vigilancia en las montañas aprovechaban cuando se habían ido para explotar. Encima lo hacían con su maquinaria. — Yo también puedo contratar una planta de lavado. De hecho necesitaré una para el año que viene en las tierras altas. Así como excavadoras y camiones.

—Tardarán dos semanas como mínimo en llegar hasta aquí y no recogerás ni un cuarto de la explotación— dijo sonriendo— y conmigo estaría aquí esta tarde.

Gruñó frustrada porque tenía razón. Perdería dos semanas de trabajo. Y eso era mucho, mucho dinero. –La maquinaria, una caravana último modelo con bañera y tu camioneta.

Allan se echó a reír y la cogió de la cintura sorprendiéndola antes de besarla apasionadamente. Se quedó medio atontada cuando acarició su lengua, haciéndola gemir antes de apretar su trasero con fuerza contra su excitación. Ella se apartó sorprendida y miró hacia abajo— Todo esto me ha puesto a tono. ¿Estás segura que no quieres ese polvo?— preguntó él subiendo las manos por su espalda por debajo de la camiseta— Joder nena, no llevas sujetador. Pasó la

mano por debajo de su axila y acarició su pecho apretando su endurecido pezón entre sus dedos. Ella nunca había sentido nada igual y cerró los ojos antes de que él viendo su expresión capturara su boca otra vez. El sonido de un motor hizo que se separara a regañadientes, pero ella seguía tan atontada que no se tuvo en pie y tuvo que cogerla antes de que cayera al suelo— ¿Estás bien?— preguntó divertido.

—Eh— se pasó una mano por el pelo atontada y se dio cuenta que no tenía el casco. Volviendo en sí carraspeó y se agachó a recogerlo muy sonrojada— Sí, claro. Es que me ha tomado por sorpresa.

Allan entrecerró los ojos, pero Melvin bajó del camión a toda prisa como si tuviera quince años. Nunca le había visto sonreír tanto y ella chilló corriendo hacia él. Se abrazaron con fuerza— Lo conseguí.

—Eres única, niña— dijo acercándose agarrándola por la cintura. Melvin miró a Allan y le dijo—Como vuelvas a tocarla te pego un tiro.

Se puso como un tomate y Allan se sorprendió – ¿Cómo lo has sabido?

— ¡Sólo tengo que verle la cara, idiota!

— ¡Melvin!

—Se lo diré a tu padre. —No sabía dónde meterse de la vergüenza— ¡Si quieres algo con nuestra niña, te tienes que casar! ¡Y como Dios manda!

— ¡Melvin!— gritó escandalizada.

—Calla niña, esto es entre hombres— dijo el hombrecito amenazando al Allan que arqueó una ceja. — ¡Si no te vas a casar, respeta! No es como las chicas a las que estás acostumbrado. Nuestra niña es formal y muy lista, así que te quiero a diez metros de ella.

Sam puso los ojos en blanco levantando los brazos al cielo rindiéndose. No pararía hasta que lo soltara todo. —Si no hablaré con Big. Él te partirá un par de huesos para que entres en razón. — fue hasta el agujero mascullando— Con razón no decíamos que era

una chica. Hubiéramos tenido a todos los pesados de la zona detrás de ella. Malditos mineros.

Allan la miró divertido –Traeré la planta esta tarde. Como todo lo demás.

—Bien— susurró avergonzaba mientras Melvin se daba la vuelta sonriendo de oreja a oreja— ¿Qué te parece?

—Me parece que este será mi último trabajo.

Ella se echó a reír y le abrazó— Me alegro mucho por ti.

—Me retiraré, que me lo he ganado desde lo catorce años.

—No lo harás porque te aburrirías— dijo Allan yendo hacia su camioneta.

— ¿Qué haces?— preguntó ella mirándolo muy seria.

—Ir hasta mi planta.

— ¡En mi camioneta, no!

— ¿Y cómo voy a volver?— preguntó asombrado.

Ella se encogió de hombros— Hay un bonito paseo.

— ¿Estás loca? ¡Son cuarenta kilómetros!

Melvin se echó a reír viendo que ella no daba el brazo a torcer.

—Vamos, nena— dijo sonriendo confundido— ¡Llegaré mañana!

— ¡Está bien! Pero sólo porque tengo prisa por la planta. –dijo molesta subiéndose a la excavadora para empezar a sacar la tierra.

— ¡Qué generosa!

— ¡No la ralles!

—Mel, llama a George a ver si puede devolver el trailer— dijo ella guiñándole el ojo.

Melvin corrió hacia su camioneta para coger el teléfono vía satélite.

Ella encendió la excavadora y dijo –Vamos allá, cielo. A sacar todo el oro que has encontrado.

Cuando llegaron los hijos de Melvin eran casi las once de la mañana y ella tenía un montón de tierra fuera. Al verles llegar saltó de la excavadora furiosa y se puso más aún cuando se dieron

codazos riendo como idiotas. —Mira, ahí viene. —dijo el más alto a su hermano.

— ¡Vosotros! ¿Sabéis qué hora es?—el tono de su voz indicaba que no estaba para bromas, pero como eran idiotas no se dieron ni cuenta. Melvin los miraba con los brazos en jarras pues se había bajado del camión.

— ¿Las once?— preguntó uno antes de reírse. —Es que no sabíamos que estabais aquí. —Trastrabilló hacían un lado y ella lo miró asombrada.

— ¿Estás borracho?

— ¡No!

Miró a Melvin que en ese momento dijo— Nunca me he sentido más avergonzado de vosotros. Los chicos perdieron la risa mirando a su padre— No sólo me habéis dejado en evidencia al hacer esto en un trabajo que os he buscado yo, sino que tenéis el descaro de aparecer así. Recoger vuestras cosas. Volvéis a casa.

— ¿Pero qué dices? ¿Ahora que hay oro?

— ¿Cómo sabes tú que hay oro?—preguntó ella poniéndose alerta.

—Todo el mundo sabe que Rutherford está preparando su planta más grande para traerla aquí. Es evidente ¿no?— preguntó como si fuera estúpida.

—Mira, chaval —dijo ella entre dientes dando un paso hacia él— Es mi oro el que está ahí, no el tuyo, así que deja de tocarme lo huevos y hacerme perder el tiempo. ¡Recoger vuestras cosas y largaos de mi explotación!

— ¡Nos toca una parte!—le gritó amenazante.

— ¿Qué pasa aquí?—George apareció tras ella.

—Estos dos que se creen que pueden aparecer a las once y borrachos— dijo ella molesta.

En ese momento empezaron a llegar los camiones y las excavadoras para allanar el terreno y colocar la planta.

—No os lo repito más, largaos de mi explotación.

— ¿Oh sino qué?

Ella miró a Melvin que puso los ojos en blanco— Al parecer sois más idiotas de lo que pensaba. –dijo volviéndose y yendo hasta la camioneta de George por una barra de hierro.

Al verla volver amenazante con la barra de hierro y una cara de cabreo que no podía con ella, los chicos levantaron las manos— Eh, ¿es que estás loca?— le mayor puso a su hermano ante ella y George se echó a reír.

—Largaos de una vez antes de que os parta la cabeza, aunque no lo notaríais mucho porque no tenéis nada dentro.

—Ya te pillaremos— dijo el mayor y ella levantó la barra haciéndolos correr hacia su camioneta.

Mel se llevó una mano a la frente— ¿Cómo pueden ser hijos míos?

—Va, no te preocupes. –dijo pasando el brazo por encima de sus hombros— No ha pasado nada.

—Con Big no se portaban así. Lo siento mucho.

—Ya me lo imaginaba. Papá les hubiera roto las piernas y hubieran tenido de ir arrastrándose hasta la mina.

Los chicos se echaron a reír y cuando vieron a Allan en el primer camión, supo que venían problemas. Tenía una mirada que podía partir barras de acero. Se bajó del enorme camión y se acercó a toda prisa mientras miraba la camioneta de los chicos alejarse— ¿Qué ha pasado?

—Nada. – colocó la mano en la cadera mirando la maquinaria. – Vaya, son magníficas.

Allan miró a Melvin – ¿Qué ha pasado con tus hijos?

—Han llegado borrachos y a las once. Les he dicho que se fueran pero se pusieron chulos con Sam.

—Tenías que haberla visto amenazándolos con una barra de hierro. —dijo George orgulloso de ella.

Allan la miró fijamente y la cogió del brazo apartándola de ellos— ¿Qué haces?—preguntó intentando soltarse.

—Escúchame bien. Si tienes algún problema me lo dices a mí y yo lo soluciono. Nunca te enfrentes a un hombre y menos borracho.

¿Me has entendido?

—Esta es mi explotación— dijo enfadada tirando de su brazo. –¡Yo la dirijo y yo digo cómo se hacen las cosas!

— ¡Duermes en una caravana en medio de una explotación! –dijo furioso.

—Sé cuidarme sola—se apartó de él muy enfadada y les dijo a los chicos que la miraban— Preparar el terreno para la planta de lavado allí— dijo señalando un terreno no demasiado alejado que tenía buen acceso al agua.

—Sería mejor ponerla más cerca— dijo Allan.

— ¿Acaso vas a discutir todo lo que decida?— gritó furiosa— ¡Con lo bien que había empezado el día y me lo tienes que amargar!

—Más cerca significa ir más rápido.

— ¡Los residuos no nos dejarían trabajar, eso por no hablar del exceso de maquinaria yendo y viniendo!

— ¡Ah!— Allan miró la cantidad de material que tenían que mover— Tienes razón.

— ¡Sí la tengo, ahora sino te importa déjame trabajar! ¡Creo que para ser el primer día no lo estoy haciendo demasiado mal!

Él no pudo evitar sonreír. –Nena, lo has hecho tan bien que les has dejado a todos con la boca abierta.

— ¡Bien! – se volvió y le guiñó un ojo a George antes de gritar— ¿Es que estáis sordos?

—No, jefa. Ahora vamos.

Al volverse para subir a la excavadora Allan la cogió de la muñeca— Ya has acumulado mucha tierra. Y la planta tardará unas horas en llegar.

—Prefiero adelantar trabajo.

—Mis chicos lo harán.

Ella frunció el ceño. – ¿Qué quieres decir? ¿Que tengo que sentarme a mirar cómo limpian la zona?

—Tienes hombres suficientes. Supervisa mientras los demás hacen el trabajo.

Eso sí que la cabreó— ¿No te has enterado? ¡En mi explotación decido yo!

Allan apretó los labios antes de soltar su muñeca y se subió muy enfadada. Le miró a través de la puerta abierta – ¡Lárgate de mi mina!

—Sí, jefa. — dijo levantando el casco con burla.

Apretó los labios viéndole alejarse y cuando le vio subir a un quad que llevaba uno de sus hombres le gritó por encima del ruido de los camiones que pasaban— ¿Dónde está mi camioneta?

Allan se echó a reír— Llevando tu caravana nueva a tu campamento.

Eso sí que la dejó de piedra y sin querer sonrió. – ¿Cómo la has conseguido tan rápido?

—Uno que se arruinó me la vendió por un precio de risa.

Tenía suerte hasta para eso y miró hacia su explotación sin contestar antes de empezar a trabajar de nuevo.

Capítulo 4

El sonido de las máquinas la hizo sumirse en sus pensamientos mientras continuaba sacando tierra. Cuando vio como se acercaba otra excavadora por detrás y vio un camión dando marcha atrás, cogió la radio y gritó— ¿Qué estáis haciendo?

—Ir cargando los camiones para ganar tiempo. —dijo una voz que no conocía.

—No, cargarlos con la tierra de la izquierda para allanar la zona. Si cargáis los camiones después habrá que descargarlos para hacer lo que digo.

—Sí, jefa.

Después de media hora se dio cuenta que en la explotación los camiones iban y venían sin sentido llevando más tierra de la necesaria y se bajó de la excavadora con la radio— George ¿qué está pasando?

—El encargado de Rutherford está dando unas órdenes absurdas. A mí no me hacen caso.

Furiosa se puso en medio del camino por donde pasaban los camiones y uno que venía para cargar se detuvo. El chofer sacó la cabeza por la ventanilla. — ¡Eh! ¡Tienes que quitarte del medio!

— ¿Qué canal de radio usáis?

—El seis.

Ella le señaló con la radio— No te muevas. —cambió el canal de radio y dijo—Todos los trabajadores de Rutherford. ¡Os quiero en el lugar de extracción en tres minutos!

— ¿Quién es?— preguntó la voz de un hombre.

— ¡Soy la que te va a echar de aquí como no vengas ahora mismo!

Otro camión llegó enseguida y el de la pala también. En una camioneta llegó otro hombre y supo que era el encargado— ¿Qué ocurre aquí?

—Ocurre que aquí quien dan las órdenes soy yo o George. Eso ocurre— dijo muy seria con los brazos en jarras. –Esta es mi explotación y George es mi encargado cuando no estoy. — le señaló con la radio— Si das una orden es porque George la ha dado primero ¿me has entendido?

El hombre se quitó el casco sorprendido— ¡Pero esta es una concesión de Rutherford y yo trabajo para él! Me dijo que hiciera la base y es lo que estoy haciendo. Yo soy el encargado.

— ¡Es mi explotación este año!— gritó exasperada. – ¡Rutherford sólo colabora conmigo para sacar el mayor oro posible, pero ese oro es mío!— los miró a todos uno por uno. — Así que quien se quede, seguirá las órdenes de George, ¿lo habéis entendido?

—Sí –dijeron los dos del camión, pero el encargado de Allan sólo apretó los labios. Podía entenderlo, era como degradarlo allí, pero sino que se fuera y que trajeran a otro.

—Si tienes tanto problema vuelve con Allan y que envíen otro obrero.

—Eso haré. —dijo orgulloso antes de volverse y subirse a la camioneta.

Chasqueó la lengua antes de decir a gritos— ¡Que envíen a tres! ¡Los voy a necesitar! –el hombre arrancó y la miró a través de la luna delantera como si fuera idiota.

Se encogió de hombros para volverse a los chicos— Bueno, cada vez quedamos menos. —los chicos se echaron a reír. Se notaba que eran trabajadores y no querían problemas— George os dará las instrucciones. — dijo señalando con la cabeza a su hombre que lo observaba todo con los brazos cruzados.

—Ya hay suficiente tierra. Subiros a los volquetes para allanarla— dijo George.

—Bien, jefe.

Ella miró los camiones ahora vacíos. Tenía tres— Espero que la planta sea lo bastante grande. Eso es mucha tierra que lavar.

—Tranquila. ¿Quieres ir llenando esos camiones para ahorrar tiempo?

Se acercaron a la zona excavada y sonrió al ver el color. –Dios mío, nunca había visto nada igual— dijo su amigo. –Cuando se lo cuentes a tu padre…

—Iré a verle en cuanto la planta esté lista y funcionando.

— ¿Trabajarás de noche?

Ella miró toda la tierra que había que lavar— Tengo bastante personal y maquinaria para hacerlo.

—Nosotros podemos hacer el turno de día y otros el de noche.

—Lo hablaré con Allan. Tampoco quiero desconocidos trabajando solos de noche. Ya veremos lo que podemos hacer.

—Mel no puede trabajar de noche. —su amigo la miró preocupado.

—Ni tú— dijo muy seria. — Ni se te ocurra pensarlo. En todo caso lo haría yo.

—Ni hablar, niña. No te voy a dejar sola de noche en medio de una explotación.

—Ya veremos ¿vale? Si las cosas van bien, no hará falta. — miró hacia arriba donde iría la planta— ¿Los generadores?

—Todo está listo.

—Bien, que Melvin se ponga en la otra excavadora a seguir con esta zona. Yo empezaré con el otro lado para ver qué hay allí.

—El día que os encontréis será fantástico.

Ella se echó a reír yendo hacia la máquina.

Rodeó el diente del diablo y empezó a excavar. Después de hacer un buen agujero en la base se bajó para mirar al interior y tragó saliva al ver algo que pensó que era imposible. Cogió la radio que tenía en la cinturilla de los vaqueros y apretó el botón. –George, Melvin, venir aquí.

— ¿Qué pasa, niña?

—No vais a creer esto. Yo lo estoy viendo y no me lo creo.

—Ahora vamos.

George llegó corriendo con la radio en la mano y Melvin en la excavadora. Se bajó de ella mirando a Sam que seguía observando el agujero. Al levantar la vista Melvin entrecerró los ojos— ¿Problemas?

—Sí. — susurró volviendo a mirar el agujero para deleitarse con la pequita de oro más grande que había visto nunca. Era tan grande como un balón de fútbol y todavía estaba medio enterrada en la tierra. Su color amarillo intenso reflejaba la luz del sol y era el color más bonito del mundo. George se puso a su izquierda— ¡La hostia!

Melvin a su derecha se quitó el casco en señal de respeto— Santa madre de Dios. ¿Es de verdad?

— ¿Cuanto puede pesar eso?— preguntó George.

— ¿Diez kilos?— preguntó ella nerviosa.

—Eso si termina ahí. Si sigue hacia abajo puede ser mucho más.

— ¿Y dónde fundiremos esa monstruosidad?

Los hombres la miraron como si hubiera dicho una locura y se echaron a reír. Se abrazaron los tres con fuerza mientras reían como locos. Ella se apartó los rizos de la cara para volver a mirar el agujero y emocionada dijo— Voy a llamar a Allan.

Los hombres se miraron discretamente mientras sonreían al verla acercarse a la camioneta de Melvin. Cogió el teléfono vía satélite y se dio cuenta que no sabía el número— ¡Está en la memoria!— le gritó Melvin.

Ella lo buscó y en cuanto vio Rutherford pulso el botón verde. Después de tres tonos escuchó – ¿Diga?

— ¿Allan?

— ¿Quién es? Lara ¿eres tú?

Eso la fastidió bastante— ¿Lara? No, no soy Lara. Soy Sam. — dijo entre dientes— La que te va a hacer más rico.

—Ya vamos para allá.

—Pues cuando llegues vas a ver algo que no te creerás.

— ¿Qué pasa?

—Tengo la pepita de oro más grande que se ha visto desde hace cien años.

—Vamos nena, no me vaciles.

—Y todavía está enterrada— dijo riéndose. —Así que no sé todavía hasta donde llega.

—Estoy ahí en cinco minutos. —dijo antes de colgar.

¿Por qué le daba la sensación de que no estaba muy contento?

Ella se acercó al agujero y se metió dentro con ayuda de George que le estaba sacando fotos con el móvil a la pepita. —Vamos a ver hasta dónde llega— dijo sacando unos guantes del bolsillo trasero del pantalón. La cogió por ambos lados y tiró de ella pero no salía, lo que implicaba que estaba más enterrada de lo que suponían. –Madre mía. –dijo Melvin.—¿Será parte de algo más grande?

Eso sí que la puso nerviosa porque entonces aquello tendría unas consecuencias incalculables. –Ayúdame a salir— susurró estirando el brazo.

En ese momento llegó una camioneta blanca con el logo Rutherford a toda prisa y derrapó al lado de ellos. Allan bajó de la camioneta y se acercó a toda prisa. Estaba muy serio— ¿Qué tenéis?

—Míralo tú mismo— dijo muy nerviosa. —No sale.

Allan sonrió –No será para tanto. —se acercó al hoyo y exclamó con los ojos como platos— ¡Joder!

—Lo sé. –dijo poniéndose cada vez más nerviosa.—Sácala Allan.

—Tranquila, Sam— dijo Melvin muy serio. — Seguro que sólo es eso.

— ¿Sólo?— Allan la miraba alucinado. — ¡Debe pesar veinte kilos!

—Yo calculaba diez— dijo George mirando la pepita.

—No quiero que la vea nadie. –dijo mirando hacia la entrada de la mina— ¡Sácala, Allan! Debe costar más de un millón de pavos.

Allan asintió y se metió en el agujero. La cogió con ambas manos y tiró de ella pero no salía. — Usa la excavadora.

—El brazo no da más. — dijo mirando el montón de tierra.

— ¿Y si es un brazo de un filón?— dijo Melvin pasándose el antebrazo por la frente.

—Está bien. Entonces cúbrela y ya veremos qué hacemos— dijo saliendo de allí con ayuda de George. Allan la miró a los ojos— No pasa nada.

— ¿Qué no pasa? ¡Yo solo quería ganar la maldita apuesta no encontrar el Dorado!

—Pues yo me alegro mucho— dijo aunque sus ojos verdes no indicaban eso. Estaba preocupado.

—Serás mentiroso— dijo yendo hacia la excavadora.

—Antes de cubrirlo saca la tierra de al lado. Quiero ver lo que hay. –dijo él apartándose un poco.

Apretando los labios de los nervios movió la pala cogiendo tierra con la cuchara justo al lado. Después de sacar tierra tres veces llegó justo al lado de la pepita donde recogió tierra, pero lo dientes chocaron con algo duro haciendo ruido y ella miró a Allan por la ventanilla mordiéndose el labio inferior— Sácala, nena. Despacio.

Ella lo hizo sacando muy poca tierra. Apartó el brazo y se bajó de la excavadora de un salto para mirar. Gimió al ver que la pepita continuaba hacia la izquierda. —Vaya.

—Vale, cubre esa monstruosidad –dijo Allan quitándose el casco para pasar una mano por su pelo antes de mirar hacia la entrada de la mina donde la enorme planta estaba entrando. —Date prisa, nena. Viene un montón de gente.

Ella se subió a la excavadora y echó varias palas de tierra sobre el agujero. Cuando lo hizo le dijo desde la cabina. – ¿Qué hacemos ahora? ¿Cómo vamos a procesar esto?

Allan se acercó y la cogió por la cintura para bajarla— Tranquila ¿vale? No pasa nada. Sólo es oro compacto.

—Pero es mucho.

—También es mucho el otro. Sólo que este es más fácil de sacar. — le guiñó el ojo –No tenemos que lavarlo— miró los tres trailers que llegaban con la planta de lavado desmontada en tres secciones — Tengo que montar la planta.

—Sí pero…

—Hablaremos luego. –dijo apretándole la cintura— No comentéis nada a nadie. –miró a George y Melvin.— ¿Chicos?

—Somos tumbas— dijeron muy serios los dos a la vez— He visto peleas por cuatro pavos, así que no quiero imaginar lo que alguien haría por algo que está ahí y que puede coger cualquiera.— dijo Melvin.

—Haremos turnos de noche en los que sólo trabajaremos nosotros— dijo Allan muy serio— Y procesaremos esa parte.

—Pero ellos son mayores— dijo preocupada— ¿y quién supervisará de día?

—Que lo haga George. — dijo Melvin.

—No ves bien de noche.

—Lo hablaremos luego —dijo al ver que los enormes trailers se acercaban a la zona donde los chicos habían allanado el terreno y les indicó señalando con la radio. — Iremos al pueblo y hablaremos con tu padre en cuanto se empiece a lavar tierra.

Ella asintió y Allan sonrió antes de darle un beso rápido— ¡Eh!— dijo empujándolo por el pecho— ¡Dáselo a Lara! ¡Esto son negocios!

Allan se echó a reír mientras George soltaba una risita pero Melvin se cruzó de brazos— Igual deberías decirle a su padre que la besas cuando te da la gana.

— ¿Y que me rompa un brazo?— dijo antes de subirse a su camioneta y salir pitando hacia la planta de lavado. Una grúa de diez metros de altura se acercaba para colocar cada pieza en su sitio. Si todo iba bien a última hora de la tarde estaría preparada y lista para lavar.

—Sam…— Melvin se acercó y la cogió por el brazo acercándola hasta la excavadora— Haz agujeros de comprobación.

— ¿Tú crees?—miró a George que asintió. –No los hagas siempre en el mismo sitio para despistar pero hazlos para ver a que nos atenemos.

—Muy bien.

—Yo sacaré tierra de allí que es la tierra que procesarán los chicos. — dijo Melvin.

—Yo traeré los tres camiones para tenerlos cargados y entretenidos cuando haya que empezar.

—Bien.

Se pasó toda la tarde haciendo agujeros aleatoriamente alrededor del diente del diablo que después cubría y también los hacía en la base de la loma. Lo que descubrió le puso los pelos de punta porque la veta continuaba casi hasta la mitad de la montaña. Tendrían que romper el bloque porque seguramente no se podría sacar entero. Después de hacer más de veinte hoyos y de cubrirlos de nuevo, decidió dejarlo y ayudar a Melvin. Se puso a su lado y empezó a sacar tierra desde la base provocando que al ir entrando la cuchara, fuera cayendo la tierra de arriba. Lo hacia con cuidado para que no le cayera encima. –Nena, deja eso y ven aquí— dijo Allan desde la radio.

Ella miró hacia arriba y se dio cuenta que necesitaban la excavadora para llenar el deposito de tierra de la planta, así que le gritó a George— ¡Sube el primer camión!

George asintió llevando el camión cargado de tierra con oro hacia la planta y ella le siguió con la excavadora. Cuando llegaron arriba vio que salía agua de las exclusas lo que significaba que estaba lista para empezar a lavar. Era enorme y sonrió encantada. El año siguiente ella tendría una así y sería suya. George volcó la tierra levantando el enorme contenedor del camión como le estaba indicando Allan por la radio y ella se acercó con la excavadora. –¿Lista para inaugurarla, nena?

— ¡Sí!— dijo a la radio— Estoy emocionada.

—Ya has demostrado lo que vales. Vamos a ver como funciona la mejor planta de la región de Yukón.

Ella sonriendo mientras iban a por el siguiente camión, estiró la pala para recoger la tierra y la tiró sobre el recipiente iniciando el lavado— ¡Sí!— gritó riéndose. Sin perder el tiempo siguió alimentando a la máquina y enseguida se quedó sin tierra pero ya llegaban dos camiones más – ¡Necesitamos otra excavadora para sacar tierra del diente, Allan!

—Ya viene de camino.

Allan le dijo algo a uno de los chicos, que bajó de la planta acercándose a la excavadora— ¡Cambio!

Sam sonrió bajándose y la sustituyó— Buen trabajo, nena— dijo Allá cogiéndola de la cintura y alejándola hasta las exclusas donde veían bajar el agua a toda prisa. –Dentro de unas horas comprobaré como vamos.

— ¿Crees que tendremos que limpiar las exclusas todos los días?

—Se recogerán las esponjas y se sustituirán por otras mientras sacamos el oro de ellas. Se hará a diario.

— Has pensado en todo, ¿no?

—No había pensado en como extraer una enorme veta sólida. — dijo divertido.

—No tiene gracia— dijo apartándose.

—Vamos, Samantha. No has comido nada. —dijo cogiéndola de la muñeca y llevándola hacia la camioneta. — Además tenemos que hablar con tu padre.

Ella cogió la radio— George. Quedas al mando.

—Dale un beso a Big en los morros. No se lo va a creer. —dijo su amigo riéndose.

—Que Melvin vaya a por algo de comer para los que lleváis ahí todo el día— dijo recordando que ellos tampoco habían comido.

—Tranquila, ya se está ocupando. Por un día no pasa nada. ¡Es un día único en la vida!

La verdad es que sí. Miró a Allan de reojo que arrancaba en ese momento. La verdad es que cuando llegó a Dawson no pensaba que trabajaría con él codo con codo y mucho menos que la besaría. Y cómo besaba. Aunque podía ser que fuera por la emoción. Tenían la adrenalina a tope y seguramente era eso. Mierda, esperaba que no fuera eso, porque a ella le gustaba. Le gustaba mucho. Siempre le había gustado, desde que era una niña y le veía ir con su padre a todas las recogidas.

Allan no había tenido su infancia. Desde que había nacido, sabía que al ser hijo único el negocio pasaría a sus manos cuando

estuviera preparado. Y su padre le había enseñado bien. Tenía olfato para los negocios y aunque había dejado de estudiar en cuanto terminó el instituto, le había ido muy bien. Mejor que bien. Invertía con mucha agudeza y varios de los negocios de Dawson eran suyos, entre ellos el nuevo hotel, pues en verano habían bastantes turistas por la fama del oro.

Recordaba como un día su padre y Big se habían tomado una cerveza después de pesar el oro. Había sido una recogida decente y se quedaron comentándolo. Ella estaba sentada en la cama de su padre observándolo todo, tenía doce años y Allan estaba al lado de la puerta mirando al exterior mientras tomaba otra cerveza. Tenía veinte años y aunque ella era una niña le miraba disimuladamente porque para ella era como un actor de cine. Guapísimo y con una sonrisa que le hacía temblar las piernas. Odiaba que pensara que era un chico, pero no le había dicho nada porque la verdad es que a él le daría igual. Sólo la veía como un niño y encima enclenque. Él se volvió desde la puerta y la miró desde allí— Sam ¿te gusta esto?

—Mucho— sonrió levantándose de la cama entusiasmada porque se dirigiera a ella.

—Será muy distinto de California ¿no?

—Sí pero algún día viviré aquí. Me gusta más.

—Los inviernos son horribles. ¿Podrás soportarlo?—dijo divertido.

— ¿Cómo de horribles?

—Temperaturas bajo cero— dijo intentando asustarla— Y casi no se puede salir de casa.

—Menudo aburrimiento.

Él se echó a reír asintiendo y ella se enamoró de él. Era tan inevitable como que al día siguiente saliera el sol. De hecho todos los hombres con los que había salido tenían algo en común con Allan. O eran morenos muy altos o tenían los ojos verdes con una sonrisa encantadora. Aunque ninguno le llegaba a la suela de las botas. Tragó saliva mirando sus antebrazos y Allan dijo— Nena, ahora no tenemos tiempo para eso.

Sorprendida le miró a la cara— ¿Tiempo para qué?

—Pues para hacer el amor.

Se puso como un tomate. — ¿Y por qué has imaginado eso?

—Porque lo estabas pensando.

— ¡Mentira! ¿Estás mal de la cabeza?

Allan se echó a reír. — Es normal que te atraiga. Soy realmente guapo.

—Eres idiota— se cruzó de brazos mirando al frente.

—Y ahora te cubres los pechos porque estás excitada. —dijo partiéndose de la risa. —No llevas sujetador y se nota.

Le miró con la boca abierta y Allan le echó un vistazo— Bueno, si te empeñas. –Detuvo la camioneta en el arcén del solitario camino y apagó el motor. Sam estaba atónita mientras él se acercaba lentamente con intención de besarla.

Sam le cogió de la oreja cuando estaba a punto de besarla y tiró de ella con fuerza. — Te crees que todas las mujeres van a caer rendidas a tus pies ¿verdad?— preguntó tirando con saña.

— ¡Nena, suéltame!—dijo con la cabeza ladeada.

—Entérate bien. ¡Esto son negocios! ¿Crees que voy a bajarme los pantalones por tu encantadora sonrisa? ¡Ya puedes esperar sentado!

— ¡Mierda Sam, vas a arrancarme la oreja!

Ella le soltó empujándolo hacia atrás y le señaló con el dedo mientras él se la frotaba mirándola con el ceño fruncido— Pórtate bien Allan o te arrancaré las pelotas.

La tomó por sorpresa cogiéndola por la cintura y pegándola a él. Intentó revolverse y la sujetó de las muñecas poniéndoselas a la espalda. — ¡Suéltame!

—Vamos, nena. ¿Y qué te parece sólo un besito?

Puso los ojos en blanco y Allan sonrió al pegarla a su pecho. — Pues sí que estás excitada. Siento tus pezones a través de al camiseta.

Esas palabras la dejaron sin aliento. En su vida le habían dicho algo tan excitante y sintió que el fuego la recorría de arriba abajo. —

Vaya— susurró él mirándola a los ojos— Cuando te excitas tus ojos se oscurecen.

— ¿Si?

—Sí. Me muero por ver de qué color son cuando te corres, nena.

—Siguen siendo azules— dijo casi sin voz.

—Tengo que comprobarlo. —sus labios tocaron los suyos suavemente antes de devorarla y Samantha pensó que aquel era el mejor día de su vida, sin lugar a dudas, mientras se abrazaba a su cuello ante de clavar sus uñas en él con saña. – ¡Eh!— se apartó de ella de golpe y Sam sonrió mientras se tocaba el cuello comprobando si tenía sangre. — ¡Serás bruta!

—Tengo que serlo para trabajar entre vosotros— dijo sonriendo de oreja a oreja— ¿Ahora me llevas a ver a papá o tengo que ir caminando?

Él refunfuño algo entre dientes antes de arrancar la camioneta— Caerás ¿sabes?

—Seguramente. Pero hoy no. Primero tengo que pedirle permiso a mi padre.

—Muy graciosa.

—Hablo en serio— le dijo mirándolo muy seria.

Allan la miró de reojo atónito— ¿Le pides permiso a tu padre para acostarte con un hombre?

—Le pido su opinión. Tiene buen ojo para los tíos. Siempre me dice que no me merecen, pero que si quiero acostarme con él no hay problema. Pero de todas maneras voy a preguntarle por ti. Podría crear conflicto de intereses.

Él forzó una sonrisa— No hace falta que le digas nada. No hay ningún problema con el trabajo, ni lo habrá.

—De todas maneras se lo preguntaré. Me dirá tus innumerables defectos que hasta yo desconozco. Si eres un pervertido o algo así.

— ¡No soy un pervertido!

—Bueno, nunca se sabe. Entre los hombres habláis de cosas que no comentáis delante de una chica. Eso lo aprendí con doce años. — Él gruñó al recordarle su fase masculina— Seguramente me dirá que

te has acostado con todas las solteras del Yukón y media Canadá. Y seguro que algunas de Alaska. Eso ya lo supongo.

—Acuérdate de las turistas de los Estados Unidos.

—Oh, claro. Me dirá seguramente que te hagas unos análisis, por si acaso.

—Siempre uso protección— dijo entre dientes apretando el volante.

— ¿Y llevas preservativos ahora?

Tuvo la decencia de sonrojarse y ella se echó a reír— Te pillé.

—Siempre uso. Pero es que nunca me he acostado con nadie en el trabajo.

—Vaya, te he pillado desprevenido. Menos mal que no me he dejado llevar— dijo con ironía. —Podías haberme hecho un bombo. —Se puso más rojo todavía— Eso también se lo diré a papá. Es significativo que no me cuidaras en un momento así.

— ¿Por qué le cuentas esas cosas a tu padre?

—Tenemos una relación muy abierta. La primera vez que salí con un chico, tenía dieciséis. No ligaba mucho porque el corte de pelo era la leche, pero me pidió salir Frank Stevenson y en ese momento para mí fue el mejor. –suspiró exageradamente— Mi padre me dijo que tuviera cuidado con él, pero que si quería sexo lo pasara lo mejor posible. Era un buen chico y para mi primera vez no estaba mal. –Allan la miró horrorizado— Un mes después lo dejé y salí con Bob, era del equipo de fútbol del instituto. Papá me dijo que era un cara y que seguramente Frank le había dicho que se había acostado conmigo y quería únicamente sexo. Yo le dije que si practicaba cada vez lo haría mejor y papá lo entendió. —Allan no salía de su asombro. — Y así me tiré a medio instituto. Sólo a los guapos, claro.

—Claro— dijo apretando los dientes mientras estrangulaba el volante.

—Papá sólo tenía una regla, cuando llegáramos a Dawson tenía que ser buena y seguir aparentando que era un hombre. Imagínate la que se organizaría si hubiera seguido practicando con los de aquí.

—Nena, ¿para que querías seguir practicando si ya habías practicado bastante?—Ella le miró como si fuera idiota—Déjalo.

—Mira quién fue a hablar. Papá también me advirtió que no se lo dijera a los hombres porque sois idiotas con ese tema. Vosotros lo hacéis pero nosotras no podemos.

—Y dime ¿seguiste practicando en esa universidad?— estaba cabreado y ella le miró divertida.

—Claro. Cuando pasaba el verano y se iniciaban las clases estaba muy caliente. ¿Cómo crees que sacaba esas notas tan buenas?

Allan se quedó con la boca abierta y ya no pudo resistirlo más, se echó a reír a carcajadas. Tanto, que se tuvo que apretar la barriga mientras sus ojos lloraban. — Muy graciosa. Sí, muy graciosa. Tanto que me dan ganas de matarte.

—Vamos, tenías que ver la cara que has puesto cuando te he dicho que me tiré a medio equipo de fútbol. ¡Has bufado!

—Me cago en…— refunfuñó mientras llegaban a Dawson— Te has pasado.

—Serás antiguo.

— ¿Entonces no es cierto?

— ¿Qué parte?— preguntó haciéndose la boba.

— ¡Coño, Samantha! ¡Todo!

—Puede— se encogió de hombros y vio como llegaban al hospital.

—Samantha…

—Vamos a ver a papá. No discutamos. Hoy es un día feliz. — Allan gruñó aparcando en una de las muchas plazas libres. –Papá se alegrará de verte.

Capítulo 5

Volvió a gruñir mientras bajaba del coche. Empezaba a hacer frío, pero cuando se bajó del coche se quitó el chaleco reflectante tirándolo dentro del coche. Se miró y estaba muy sucia— Tenía que haberme cambiado primero— dijo antes de mirarle a él que estaba más o menos igual. Ni siquiera se habían lavado las manos.

—Tranquila. Aquí están acostumbrados a vernos así. —dijo cogiéndola de la mano.

—Eso no es excusa.

—Cambiando de tema… ¿Al final cuantos han sido?

Samantha se echó a reír dejándose llevar. Era muy íntimo que la cogiera de la mano y se sentía tan bien. –Puede que te lo cuente algún día.

—Así que era todo mentira ¿no?— dijo empujando la puerta del hospital.

—Una parte era verdad.

— ¿Cual? ¿La del primero? ¿La del segundo?

—Puede que algún día te enteres si estoy de humor— caminó por el pasillo con él a su lado que sonrió a una enfermera que pasaba y Sam lo miró con los ojos entrecerrados.

— ¿Qué?

— ¡Nada! –entró en la habitación de su padre interrumpiendo esa conversación y sonrió radiante— ¿Cómo está el hombre de mi vida?

Se acercó para abrazar a su padre que miraba a Allan con los ojos entrecerrados— Así que lo conseguiste— le dijo a su hija.

—Oh, papá tengo tanto que contarte que no sé por dónde empezar—dijo sentándose en la cama a su lado.

— ¿Por qué no empiezas con esa apuesta sobre que te vas a acostar con él?— dijo señalando a Allan que carraspeó incómodo.

—Oh, eso ya está ganado papá. –le guiñó un ojo – Le he dado una auténtica paliza.

Su padre la miró sin comprender. –He cambiado la ubicación.

— ¿Que has hecho qué?— gritó su padre.

—Big, déjala terminar. —Allan se cruzó de brazos a los pies de la cama sonriendo.

Su padre la miró como si quisiera matarla— Ya sé a dónde has ido y el diente del diablo…

— ¡He encontrado la veta principal!— le interrumpió excitada apretándole la mano.

— ¿Qué?

—Tu hija ha encontrado la veta de las vetas, Big. No tengo ni idea cómo lo voy a recoger antes del final de la temporada.

Su padre se quedó sin aliento— ¿No me estáis gastando una broma, no?

—Papá, he encontrado una pepita que Allan dice que debe pesar veinte kilos.

—Eso por no hablar de todo el oro en polvo y pepitas que hay a su alrededor. La superficie es de tal tamaño que estoy pensando en trabajar de noche. Pero ese no es el problema.

— ¿Cual es el problema? ¿Y por qué lo ibas a recoger tú?— preguntó atónito— ¿Qué está pasando aquí?

—Pues verás, papá. Al ver la cantidad de trabajo y evitando que se quedara ahí para el invierno, él pone la maquinaria y me ayuda con algunos hombres a cambio del treinta.

Su padre la miró orgulloso— Sabía que valías para esto. Eso vale más que todo el oro del mundo. Tienes olfato.

—Pues su olfato nos ha metido en un lío. —Allan sonriendo se sentó en la silla alargando la piernas para cruzar los tobillos— Tendrías que verlo, Big. Nunca he visto algo igual.

—Cuanto por metro.

— ¿Doscientos gramos?

Su padre abrió los ojos como platos— Pero eso es…

—Por eso te digo lo de la pepita— miró molesta a Allan—le ha impresionado más el polvo y lleva más trabajo.

—La pepita como ella la llama es una veta enorme que no sé cómo voy a sacar de allí. No quiero que se corra la voz y que pase algo por culpa de ese oro. –dijo mirando a su padre.

—Trabajar de noche vosotros dos. George y Melvin y los chicos de día con los demás.

—He echado a los chicos— dijo haciendo un gesto con la mano sin darle importancia.

—Me lo imaginaba. Son idiotas.

—Pues les amenazó con una barra de hierro –dijo Allan molesto.

—No se enteraban de que les estaba echando. Sobre la veta….

—Si son piezas sólidas utilizar un martillo neumático y romperlo.

—Voy a gastar un montón de puntas— dijo divertido.

—Dios mío, ¿tanto es? ¡Sam, pide el alta! ¡Quiero verlo!

—Te sacaré fotos.

—No es lo mismo. —protestó como un niño.

— ¡Papá, estás enganchado al techo!— dijo mirando su arnés.

—Maldita pierna— refunfuñó haciendo reír a Allan.

—Tengo un martillo neumático para poner en la excavadora que sería mucho más rápido que el manual –le dijo a ella –Lo que pasa es que cuando lo lleve los chicos se darán cuenta de que pasa algo.

—Se darán cuenta cuando no trabajes de día. —dijo Big preocupado. Miró a su hija—Quiero que vayas armada.

—Papá, sabes que no me gusta.

— ¡Me da igual, este es un caso excepcional!

Miró a Allan y por su cara se dio cuenta que no le parecía mala idea—Está bien.

— ¿Alguna sorpresa más? Y eso que sólo llegaste ayer.

—Su hija es una caja de sorpresas— dijo Allan entre dientes.

Ella se echó a reír –Ah papá ¿quería preguntarte algo?

— ¡Samantha!— exclamó Allan poniéndose de pie.

Big entrecerró los ojos pero ella se hizo la loca— Papá ¿qué opinas sobre tener sexo con Allan?

Allan la miró con los ojos como platos y después a su padre que lo observaba como si quisiera matarlo. Carraspeó y dijo – Bueno, creo que voy a esperar fuera.

Padre e hija se echaron a reír a carcajadas— ¿Le has visto la cara?

—Mucho mejor que con aquel del instituto. –se rieron tanto se echaron a llorar. Big se limpió las lágrimas mientras miraba a Allan que no sabía qué pensar y se volvió a reír.

—Se ha quedado pálido— dijo ella muerta de la risa levantándose de la cama—Te quiero, papá.

—Cuídate. Si puedes pásate por aquí para enterarme como van las cosas

Le besó en la mejilla todavía riéndose y miró a Allan que ahora estaba sonrojado— Vamos Rutherford, que tengo hambre.

—Alimenta a mi niña— dijo él mirándolo otra vez enfadado.

—Sí, claro— Allan fue hasta la puerta a toda prisa y Big se echó a reír otra vez.

—Te quiero, papá.

—Hija— dijo sonriendo cuando Allan salió de la habitación. —¿Este es el bueno?

—Supongo— se encogió de hombros divertida.

—Es un hombre de palabra y para mí eso es lo único que importa — la miró a los ojos con cariño.

— ¡Papá!—dijo sonrojada.

—Bueno, bueno. No quiero agobiarte, pero quiero que sepas que me gusta. —y susurró— Hazte la difícil. Siempre lo tiene muy fácil.

Puso los ojos en blanco antes de darle un beso en la mejilla para salir de la habitación. Cuando cerró la puerta vio a Allan apoyado en la pared mirando al suelo antes de volver la mirada hacia ella como si quisiera matarla. –Entonces es cierto ¿no?

—Es una broma entre nosotros. No te la tomes a pecho.

—Le haces esto a todos lo tíos ¿verdad?

—Puede.

Cuando salieron al aparcamiento él la cogió por el brazo volviéndola – ¿Como que puede?—preguntó enfadado. – ¿Sabes? Desde que llegaste ayer me da la sensación de que me estás vacilando. ¡Primero ayer en el bar y ahora con tu padre!

—Puede. –dijo antes de volverse y caminar hasta la camioneta.

— ¡Samantha, no estoy para bromas!— gritó enfadado entrando en la camioneta dando un portazo. Se volvió para mirarla— ¿Qué parte es cierta y qué parte es broma?

Chasqueó la lengua antes de mirarle— No tienes ningún sentido del humor. ¿Qué me estás preguntando? ¿Con cuantos me he acostado?

— ¡Sí!

—Déjame ver— se mordió el labio inferior pensando en ello.

— ¿No te acuerdas?— se pasó la mano por el pelo nervioso y ella se echó a reír.

—Pareces impaciente. —él la cogió por los brazos antes de besarla como si quisiera comérsela y cuando la soltó ella susurró contra sus labios— Ninguno.

— ¿Ningún qué?— dijo con voz ronca acariciando sus rizos rubios.

—No me he acostado con ninguno.

La mano de Allan se detuvo y pese a que era de noche vio su incredulidad. — ¿Es otra broma?—Ella hizo una mueca apartándose y él la cogió por la barbilla para mirarla a los ojos – ¿Por qué?

—Lo del corte de pelo era cierto y después no sabía como comportarme con los que no eran mineros porque les gustaban cosas que yo aborrecía, videojuegos y las discotecas... así que esas citas no funcionaron. Y con los mineros tampoco podía porque ya sabes lo que pasaría.

—No te tomarían en serio y tú eras la jefa.

—Exacto, así que al final…— se encogió de hombros. —Así que ya ves, han ido pasando los años…

—Pero ¿y ese del instituto?

—Me pidió una cita porque no tenía con quien ir al baile y como yo lo sabía, le hice pasar por eso para darle una lección. –se echó a reír—Creo que contribuyó a que nadie me pidiera una cita en dos años.

Allan sonrió y de repente se puso serio— Esto no quiere decir que yo vaya a…

—No, ya lo sé— se sonrojó ligeramente porque había cambiado de idea al enterarse. —Además no sería buena idea.

—Pero si quieres puedo…

—No, claro que no. –se alejó de él porque lo decía como si le hiciera un favor y Allan frunció el ceño— ¿Vamos a cenar? Me muero de hambre.

—Sí, vamos— dijo mirándola de reojo antes de dar al contacto.

Fueron al Peter´s sin hablar. Bueno, estaba claro que ahora no perdería la virginidad en la vida. Le había dejado seco de la impresión. Y no le extrañaba nada. ¿Qué hacía una virgen de veintiséis años rodeada de hombres todo el día? Era el colmo de una virgen.

El aparcamiento estaba lleno y gimió interiormente pensando que todos esperaban respuestas a lo que había pasado en su mina. Seguro que era el cotilleo principal. — Mierda…— dijo Allan apretando los labios antes de mirarla— Iremos a otro sitio.

—Eso es retrasar el problema. Debemos aparentar normalidad y decir que parece que hemos encontrado algo bueno—dijo como si tal cosa. –Nos reiremos un poco porque parece que he ganado la apuesta y se quedarán tranquilos. Además tus chicos vendrán por aquí y dirán lo que ven en las exclusas. Sólo tenemos que ocultar lo otro y no habrá problemas. Compórtate como si tal cosa. — se bajó del coche y fue hasta la entrada sin esperarle. No podía evitar estar algo molesta con él. Al principio tanto interés y se le había bajado la libido a los talones.

Entró en el bar en la que apenas se oía la música por las conversaciones de los mineros. – ¡Eh, Sam está aquí!—gritó Marc

levantándose de su silla para acercarse con su jarra de cerveza en la mano. — ¿Qué ha pasado, Sam? ¿Has encontrado algo bueno?

Ella sonrió y miró a los demás que ocupaban las mesas mirándola — Seréis cotillas— se echó a reír pasando ante Marc que la observaba intrigado— ¡Gilli, dos cervezas!

—Enseguida, Sam— dijo la camarera que estaba hablando con Albert.

—Y prepáranos algo de cena ¿quieres? No hemos comido— se apoyó en la barra y miró a los chicos – ¿Qué queréis saber? ¿Si he encontrado algo?

En ese momento entró Allan con cara de mala leche y ella hizo una mueca antes de decir— Al parecer en el diente del diablo hay unas escamas muy interesantes.

— ¡Lo sabía!— gritó furioso el tipo que quería su concesión. Sí claro, ahora que ella lo había encontrado ese tipo sabía que allí había oro. — Así que Allan me ha dejado su planta de lavado para procesar la zona. La mía era algo pequeña.

Los chicos miraron a Allan que cogió su jarra de cerveza bebiendo media jarra— Eso será mucho trabajo—dijo un minero que no conocía— ¿Necesitáis gente?

Ella negó con la cabeza porque no quería nuevos en la mina— De momento no, pero déjale el número a Gilli por si acaso.

— ¡Rutherford! ¡Ese oro es mío!

Todos miraron al pesado y Allan entrecerró los ojos dando un paso al frente. — Turner, te dije claramente que sólo te dejaría la concesión sino lo arreglaba con Big. La mina es mía y de Sam mientras dure la temporada.

—Me la prometiste si Big no volvía y no ha vuelto.

— ¡Está en el hospital, no se ha muerto! ¡Y yo decidió lo que se hace con mis tierras!— dijo dando otro paso hacia él provocando que los chicos se levantaran de sus mesas— ¿Acaso tienes algo que decir a eso?

Él tipo les miró furioso y al ver que nadie se ponía de su lado, miró a Sam como si fuera la culpable de todo. –Así que la zorrita ha

encontrado oro. ¡Pues lo va a necesitar para pagar las facturas del hospital!

Los chicos de alrededor a él se levantaron apartándose porque la cara de cabreo de Allan les hizo salir corriendo. Lo cogió por la camisa y siseó— Como te acerques a ella o a la mina no quedará en ti un hueso sano. ¿Me has entendido?

— ¿Crees que te tengo miedo? ¡Pensaba que eras un hombre de palabra! Pero llega una tía y se te olvida todo lo que habíamos hablado.

— ¿Estás diciendo que no tengo palabra?— uno de los chicos quitó una de las mesas del medio antes de que Allan pegara un puñetazo al tipo tirándolo al suelo— Entérate bien, Tarner. En mis tierras yo decido lo que se hace y mi palabra siempre ha sido de ley. Como te acerques otra vez a mí o a lo mío, te partiré esa enorme boca que tienes.

Sam con la jarra en la mano ni se inmutó pues estaba acostumbrada a ese tipo de comportamientos. — ¡La cena!— gritó Gilli saliendo con dos enormes platos y colocándolos en una de las mesas que habían quedado libres.

Sam se acercó sonriendo con la jarra en la mano y se sentó en la silla al lado de Tarner que todavía estaba en el suelo. Todo el mundo vio que al sentarse le daba la espalda como si no le diera importancia a que la hubiera amenazado. Se levantó lentamente mientras ella sonreía a todo el mundo cogiendo sus cubiertos— Tiene muy buena pinta, Gilli. –la camarera miraba con el ceño fruncido a Tarner y los chicos dieron un paso hacia ella como si temieran que le hiciera algo. Se puso a comer con ganas y miró sobre su hombro a Allan que seguía en guardia con los puños apretados. — Rutherford, se te enfría la cena.

Allan se acercó sentándose a su lado cuando escucharon decir— La muy puta me ha jodido bien…

Sam se levantó a toda prisa cogiendo la silla y estampándosela en la cara. El tipo cayó hacia atrás con la nariz sangrando y una brecha en la frente –Escúchame bien, gilipollas— dijo ella

acercándose a él y pisándole la mano con su bota de trabajo— ¡Como vuelvas a hablar de mí, te voy a patear el culo tanto que no podrás trabajar en un año!— Tarner gimió de dolor— ¡Esto son negocios! Tienes que ser un hombre para vivir entre nosotros o te va a ir muy mal por aquí.

Ella se alejó y cogió otra silla sentándose a cenar mientras Allan la miraba con la boca abierta. Sam le sonrió –Está bueno ¿eh? Gilli eres una cocinera de primera— dijo mientras dos mineros sacaban a Tarner de allí.

—Gracias, Sam.

Los mineros se echaron a reír y Marc se sentó en su mesa dejando la jarra de cerveza –Así que es bueno.

Allan puso los ojos en blanco haciéndolos reír— Esperemos que sí. Tiene buena pinta.

—Así que te ganará la apuesta— dijo Albert. —Tendrás que concederle las tierras altas.

—Si lo hace tan bien como hoy, se las concederé encantado.

Ella le miró sorprendida— ¿De verdad?

—Claro.

Sonrió radiante— ¿Habéis visto, chicos? Ayer no quería ni verme y hoy me da las tierras encantado. Que volubles sois los hombres.

Las carcajadas les rodearon. – ¿Es cierto que le has dado una caravana nueva? ¿Y tu camioneta? –preguntó Albert mirándola comer.

—Es parte del trato. –le guiñó un ojo –Ayer no tenía ni una cosa, ni la otra. ¿Qué os parece, chicos?

—Eres fantástica, Sam— dijo Marc mirándola como si fuera una diosa— ¿Quieres casarte conmigo?

Allan la miró apretando el tenedor— Ponte a la cola, Marc— dijo Albert sonriéndole embobado. Gilli le dio una colleja en la cabeza que la hizo reír.

—Oye, Sam ¿quieres salir conmigo este sábado? Te invitaré a cenar y todo. — dijo uno de los chicos haciendo reír a los demás— Y no tendremos sexo sino quieres.

Ella se sonrojó ligeramente pero disimuló sonriendo— Me lo pensaré, Mike.

— ¡Dejarla en paz de una vez!— gritó Allan enfadado dejándolos a todos con la boca abierta incluida a Samantha que sabía que todo era broma.

—Estamos bromeando, Allan— dijo Marc incómodo mirando a Sam— Lo sabes ¿verdad?

—Claro chicos, es que el jefe se ha estresado al no poder arrearle al bocazas— dijo intentando relajar el ambiente.

En ese momento se abrió la puerta del local y varias risas femeninas llegaron al bar.

Todos se volvieron y Sam vio a tres chicas con unas minifaldas muy cortas que estaba claro que iban buscando ligues. Una de ellas miró a Allan como si quisiera comérselo pero él no le hizo mucho caso. –Sam, termina que nos largamos.

Ella entrecerró los ojos por la orden, pero decidió no decir nada. La de la minifalda se acercaba a la mesa moviendo descaradamente las caderas de un lado a otro mientras las otras dos se acercaban a otra mesa. — Pero si está aquí Allan.

Samantha levantó la vista de su plato y la miró de arriba abajo abriendo los ojos como platos al ver sus tacones de aguja negros. Al volver a mirarla a la cara vio a una morena de larga melena, que tenía unos pechos bastante prominentes. –Cariño, no me has llamado. Eres un niño malo.

Sam levantó una ceja porque ella no le llamaría niño en la vida y miró a Allan que se sonrojó ligeramente antes de sonreír— Lara, no he tenido tiempo.

Así que esa era la famosa Lara. Entrecerró los ojos y volvió a mirarla de arriba abajo. Estaba claro que no había sido buena idea ir a cenar allí. Tomando aire dejó el tenedor sobre el plato dispuesta a disfrutar de la conversación.

— ¿Y qué ha estado haciendo mi cariñito que pueda ser más importante que pasar el tiempo conmigo?— puso una mano en la

cadera de manera muy sexy y Sam no pudo dejar de admirarla. No se cortaba en decir lo que quería.

–Trabajar. — Allan la miró de reojo mientras Albert y Marc no se perdían detalle.

— ¿Y esta quién es?

La miró sonriendo— Soy Sam Wilcox ¿y tú?

—Lara McGarret.

— ¿Eres la novia de Allan?— preguntó sin aparentar sus celos.

—Somos amigos— dijo guiñándole un ojo para que entendiera que se acostaban juntos.

Los chicos cuchichearon y Sam sonrió ampliamente antes de mirar a Allan. —Así que sois amigos. ¿Tienes muchas amigas de este estilo, Rutherford?

Los mineros se echaron a reír mientras Lara se cruzaba de brazos elevando sus pechos— ¿Y a ti qué te importa?

Sam se levantó y Allan lo hizo rápidamente— Nena, no pasa nada.

— ¿Nena?— preguntaron las dos a la vez fulminándolo con la mirada.

Allan ignoró a Lara para coger del brazo a Sam. —Es una amiga.

—Claro— dijo furiosa apartando el brazo –Como lo era yo hace una hora.

Marc abrió los ojos como platos— ¿Te has acostado con Sam? Big te va a matar.

— ¡No nos hemos acostado!— gritó Allan furioso. — ¡Y métete en tus asuntos!

—Pero lo has intentado— dijo Lara que no era tonta mirándolo como si fuera un cerdo.

—Vaya con Rutherford— Albert sonrió de oreja a oreja— Oye Sam ¿quieres salir conmigo?

—Cierra la boca— dijo Allan sin dejar de mirar a Sam— Siéntate y termina de cenar, nena.

— ¡Y una mierda!— furiosa antes de mirar a Marc— ¿Puedes llevarme?

—Claro— se iba a levantar pero Allan lo cogió por el hombro sentándolo— Pues no va a poder ser.

— ¡No os metáis en esto!— dijo él antes de mirarla— ¡Siéntate y come!

— ¿Estás con esta?— preguntó Lara incrédula mirándola de arriba abajo con cara de pasmo. — ¡Si va hecha un asco!

—Uy, uy ,uy— dijo un chico tras ella apartándose.— Cuidado con las sillas.

—Mira, guapa –Sam dio un paso hacia ella— Es que yo no necesito ir enseñando el culo para que un hombre se interese en mí.

—Ah ¿pero aquí hay alguno interesado?— preguntó Lara haciéndose la graciosa cuando veinte brazos se levantaron en el local sonrojando a Sam de gusto. Levantó una ceja mirando a su rival y Lara entrecerró los ojos— Debes ser muy buena en la cama.

—Es buena dando palizas, así que si fuera tú cerraría la boca— susurró Albert advirtiéndola.

Lara chasqueó la lengua mirándola con chulería antes de decir— Allan cariño y si fuera tú me haría unos buenos análisis después de tocar a esta puerca que no se ha lavado en un mes.

—Joder...—dijo Allan mientras a toda prisa intentanba sujetar a Sam, llegando demasiado tarde porque se tiró sobre Lara como si fuera una garrapata.

La chica gritó cayendo al suelo con ella encima— ¡Dale, Sam!— gritó Gilli animándola mientras tiraba del pelo de la morena que se revolvía en el suelo enseñando las bragas. Le arreó un tortazo mientras chillaba que se la quitaran de encima. Unas manos cogieron a Sam de la cintura levantándola, pero como tenía el pelo de Lara en un puño la chica se levantó con ella. Lara intentó arañarla en la cara, pero Marc la cogió del brazo antes de que pudiera hacerlo — ¡Déjame, que se va enterar esta puta!— gritó Lara fuera de sí.

— ¡Ya basta!— gritó Allan tras ella tirando de Sam hacia atrás— Suéltala, nena.

—No hasta que me pida perdón— dijo intentando darle una patada.

— ¡Pídele perdón!

Lara la miró con los ojos entrecerrados— ¿A esta cerda? Antes prefiero cortarme la lengua.

—Lo haré encantada— dijo forcejeando con Allan para que la soltara. — ¡Suéltame!

Para sorpresa de todos las otras dos chicas se tiraron sobre ellos y Allan tuvo que soltarla para agarrarlas y evitar que le hicieran daño. Cuando Sam estuvo libre miró hacia atrás una décima de segundo para ver que se tiraban sobre él pero ella estaba centrada en Lara que seguía agarrada por Marc— Déjala libre. — dijo furiosa.

Marc asombrado miraba a Allan— Amigo ¿necesitas ayuda?

— ¡Joder, sí!

Soltó a Lara y Samantha le dijo— Pídeme, perdón.

— ¡Muérete, zorra!

Samantha tiró de su pelo sorprendiéndola y metiéndole un puñetazo en la cara. Sus ojos se pusieron en blanco antes de caer inconsciente en el suelo. Cuando sus amigas la vieron tirada en el suelo chillaron mirándola como si fuera el demonio. Allan respiraba agitadamente y vio que tenía un par de arañazos en la cara— ¿Quién le ha arañado?— preguntó fríamente dando un paso hacia ellas.

Asustadas se abrazaron yendo hacia atrás negando con la cabeza — ¿Quién le ha arañado?— gritó fuera de sí.

—Nena, ha sido un accidente, ¿verdad chicas?— Allan se tocó la cara e hizo una mueca al ver que tenía sangre.

Asintieron rápidamente. –Enseñarme las manos.

Uno de los mineros silbó antes de decir— Ahí va de nuevo.

Las chicas temblando alargaron las manos y sólo una de ellas tenía las uñas largas pintadas de rosa chillón. –Ven aquí.

—No me hagas daño— dijo agarrando a su amiga que la soltó a la fuerza.

Sam chasqueó la lengua –Ven aquí. —La chica se acercó lentamente con la mano extendida que temblaba visiblemente—

¿Por qué te metes en una pelea sino estás dispuesta a recibir golpes?— dijo antes de pegarle un tortazo que le volvió la cara.

— ¿Ya está?— la chica la miró aliviada.

— ¡Sí, ya está!

— ¿Sólo le haces eso después de que me marcara la cara?— preguntó Allan asombrado. —Vaya, pues gracias.

—No es culpa mía que no sepas defenderte— dijo haciendo reír a los chicos.

—Venga chicos, se acabó la fiesta— dijo Gilli guiñándole un ojo— Al menos por hoy porque con Sam ya se sabe.

Allan se acercó a Lara que seguía en el suelo y Sam entrecerró los ojos cruzándose de brazos. Marc carraspeó y él le miró para ver que le indicaba con la cabeza a Sam que lo miraba como si todo fuera culpa suya. –Oye Marc ¿te encargas tú? –preguntó enderezándose disimulando.

—Claro, amigo. Será un placer. —se arrodilló al lado de Lara para darle palmaditas en la cara.

—No lo dudo. –se acercó a ella y aparentando estar relajado dijo — ¿Nos vamos?

—Dame las llaves. Yo conduzco. — dijo extendiendo la mano.

—No estás demasiado calmada como para conducir.

—Estoy calmadísima. Dame las llaves.

Queriendo congraciarse con ella le dio las llaves y Sam sonrió— Voy al baño y nos vamos.

—Yo invito— dijo él metiendo la mano en el bolsillo trasero de los vaqueros. Ella le ignoró para ir al baño, pero siguió por el pasillo saliendo por la puerta de atrás.

Capítulo 6

Rodeó el bar y se subió a la camioneta largándose de allí a toda pastilla. Sería imbécil.

Primero quiere acostarse con ella, después no quiere acostarse con ella y ahora la llama nena delante de todos dejándola en ridículo. Estaba furiosa. Sobre todo porque esa Lara era preciosa. Sin poder evitarlo sus ojos se llenaron de lágrimas, le había hecho daño que le dijera que era una guarra que no se lavaba. Era lo malo que tenía su trabajo que no podía mostrarse sexy o guapa para que la tomaran en serio. No iba a ir a la mina en minifalda.

Frustrada se pasó una mano por la frente y aceleró. La carretera que llevaba a la mina estaba totalmente desierta. No es que hubiera mucho tráfico de día, pero de noche no pasaba un coche.

Cuando llegó al campamento, Melvin estaba allí— ¿Cuantas camionetas de Rutherford piensas quedarte?— preguntó divertido.

—Esta me la ha prestado. –miró la caravana nueva colocada al lado de la de su padre. Era enorme y estaba muy nueva. – ¿La has visto?

— ¡Niña, tienes una bañera con esos chorros y todo!

— ¿De verdad?— corrió hacia la puerta y la abrió para ver una gran cama al fondo y a la derecha una puerta. ¡Abrió la puerta y era cierto! No era como las bañeras de las casas. Era algo más pequeña pero para ella era el cielo. — ¡Mira, Melvin!

—Ya lo he visto, niña. — dijo desde la cocina riendo— Es preciosa y todo está nuevo. A tu padre le va a dar algo cuando la vea.

— ¿Y la camioneta?

—De primera. He mirado el motor y está totalmente nuevo.

—Gracias, Mel.

—Está todo conectado aquí— dijo mirando a su alrededor. –La luz y el agua. Puedes dormir aquí esta noche si quieres.

—Gracias.

—No me las des. Venía a hacerlo, pero ya lo habían hecho los chicos de Rutherford. — salió de la caravana.— Por cierto, George ha comprobado que no quedara nadie en la mina porque suponía que hoy no haríais turno de noche. Así que todo está apagado. Si al final vais esta noche tienes que coger la llave del generador.

—No, esta noche no iremos—dijo entre dientes. — He hablado con papá y lo mejor es que Allan y yo lo hagamos de noche pero empezaremos mañana.

—Duerme hasta tarde si quieres. George y yo nos ocuparemos del turno de día.

Se acercó para abrazarle –Gracias, eres un cielo.

—Y tú eres la mejor. Me has hecho rico— le guiñó un ojo haciéndola reír y salió de la caravana.

Fue hasta la de su padre para recoger sus cosas y las trasladó a su caravana nueva. Decidió probar la bañera y abrió el grifo. Mientras se llenaba abrió los armarios y fue colgando su poca ropa. Cuando volvió a la bañera frunció el ceño porque iba muy lenta, así que decidió ir a cambiar el agua de la ropa de su padre. Cuando volvió, sonrió porque ya estaba lista, así que se quitó su ropa tirándola al suelo y se metió suspirando, pues tenía los músculos doloridos. Aquello era la gloria. Echó en el agua gel de lavanda que era su favorito y su aroma la envolvió relajándola. No podía estirar las piernas del todo pero pudo recostarse mientras pasaba la esponja por su cuerpo quitando el polvillo que tenía pegado a la piel. ¿Allan la veía como había dicho esa chica? Daba igual, tampoco podía hacer nada al respecto. Esa era la vida que le gustaba y no la iba a cambiar por gustarle más a Allan Rutherford.

Se lavó la cabeza y cuando el agua empezó a enfriarse salió hasta que se dio cuenta que no había llevado una toalla. Salió del baño mojada y miró a su alrededor pensando en qué utilizar cuando se abrió la puerta de la caravana de golpe. Allan entró furioso pero

se quedó de piedra cuando la vio y Sam chilló yendo hacia la cama y cubriéndose con aquel edredón que no sabía ni de quién era— ¿Qué haces? ¿Estás chiflado?

Allan caminó lentamente hacia ella mientras lo miraba con los ojos como platos. – ¿Qué haces?— preguntó sin voz al ver que le quitaba el edredón de las manos tirándolo al suelo dejándola desnuda ante él.

—Algo que se me ha pasado por la cabeza mil veces desde ayer por la noche. –la miró de arriba abajo sin tocarla y sintió que el fuego la recorría por donde sus ojos pasaban. Cuando sus ojos se encontraron Allan susurró con voz ronca. — Eres preciosa, nena.

— ¿Si? –preguntó insegura.

—Dios— susurró mirándola mientras se quitaba la camiseta a toda prisa. Sam se quedó sin aire al ver sus pezones que eran pequeñitos y estaban duros. Cuando sus manos fueron hasta la cinturilla de su vaquero, se fijó en su ombligo rodeado de un fino vello negro que bajaba hasta dentro del pantalón. Hipnotizada vio como abría de un tirón los botones y como se bajaba el pantalón con calzoncillos y todo dejándolo totalmente desnudo. — Cielo, si me sigues mirando así voy a correrme aquí mismo. —la cogió por la cintura sorprendiéndola al sentir su piel y la tumbó en la cama a toda prisa. Gimió al sentir su duro sexo rozándola en el muslo. Tumbado sobre ella la miró a los ojos – ¿Quieres esto? Sino lo quieres dímelo ahora.

— ¿Y te irás?— susurró moviendo su cadera hacia él sin darse cuenta, maravillada por el tacto de su piel sobre ella.

—Me iré si es lo que quieres.

— ¿Sin compromiso?— preguntó porque era lo él quería.

Allan gimió al sentir como agarraba sus hombros antes de acariciar su nuca sin darse cuenta. — ¿Si o no?

—Sí— susurró antes de que la besara apasionadamente. La mano derecha de Allan subió hasta su pecho y ella jadeó dentro de su boca cuando se lo apretó con suavidad. Se despegó de su boca para bajar la cabeza hasta allí y cuando chupó con fuerza el pezón,

Samantha sintió que la traspasaba un rayo provocando que arqueara su espalda pidiendo más. Apretó su cabeza contra ella sin saber lo que hacía y Allan acarició su otro pecho mirándola, provocando que protestara queriendo más. Ella miró hacia abajo y vio como mirándola a los ojos elevaba su pecho izquierdo antes de metérselo en la boca. Era la cosa más excitante que había hecho en la vida y gimió de placer. — ¿Te gusta, nena?

El estómago le dio un vuelco antes de responder— Sí, quiero más.

—Esa es mi chica— dijo entre sus pechos antes de que su mano bajara por su vientre llegando entre sus piernas. La acarició suavemente haciéndola lloriquear de placer mientras sentía que el fuego la recorría. Allan sin dejar de besar sus pechos continuó acariciándola, hasta que se tensó arqueando la espalda, gritando estremecida de placer.

Allan sorprendiéndola le dio la vuelta poniéndola boca abajo y le abrió las piernas sin dejar de acariciarla. –Soy grande, cielo. Te va a doler –dijo antes de pegarse a su cuerpo besando su espalda mientras todavía intentaba recuperar la respiración. Abrió los ojos como platos al sentir como entraba en ella y se mordió el labio inferior levantando el brazo para cogerlo del cuello mientras él le susurraba al oído— ¿De golpe o poco a poco?

— ¡Termina ya!— dijo casi sin voz sintiendo una fuerte presión.

—Joder, cielo –gruñó como si sufriera. Entró en ella hasta el fondo y ambos gritaron. Allan la abrazó acariciando sus pechos mientras besaba su cuello. Sam sólo intentaba no sentir dolor pues se estaba muy incómoda. — Te acostumbrarás.

—Me duele. —muy tensa intentó moverse.

Él la besó en el cuello y apoyándose en una mano la levantó colocándola de rodillas. El movimiento hizo que se sintiera mejor y movió las caderas mientras él seguía acariciándola sin dejar de besar su cuello –Eso es nena, muévete si quieres.

Lo hizo y gimió cuando sintió placer. Allan la abrazó más fuerte por la cintura y bajó su mano para acariciarla entre las piernas,

mientras ella levantaba los brazos para acariciar su cabeza. Volvió la cabeza para atrapar sus labios y Allan se movió con firmeza haciéndola gritar de placer. –Dios cielo, te sientes tan bien— susurró él contra sus labios volviendo a moverse una y otra vez, hasta que con un último movimiento la dejó sin aliento por el placer que la traspasó de arriba abajo mientras seguía moviéndose prolongándole el éxtasis.

Ni se dio cuenta que se quedaba dormida, ni de que Allan se iba. Cuando se despertó sola al día siguiente, se sonrojó intensamente por lo que había pasado y después sonrió como una tonta. Para ser la primera vez no había estado nada mal. La verdad es que había sido la leche, aunque estaba un poco dolorida entre las piernas. Al levantarse se sorprendió de la cantidad de sangre seca que tenía entre las piernas. No se imaginaba que sangraría tanto. Se encogió de hombros y fue a lavarse. Iba a salir vestida de vaqueros y una camiseta vieja rosa cuando vio algo en la caravana que le llamo la atención – ¿Y tú qué eres?— dijo abriendo la tapa superior antes de gritar de alegría – ¡Una lavadora!

Metió la ropa del día anterior dentro encantada, cuando recordó la pepita y la sacó de los vaqueros colocándola encima de una de las estanterías. Fue por la ropa de su padre y metió la mitad antes de ponerla a funcionar. Cuando volviera por la tarde la pondría a secar.

Contenta fue hasta la caravana de su padre para desayunar y al mirar los víveres. Se dio cuenta que tendría que ir a comprar. Lo haría esa tarde cuando fuera a ver a su padre.

Se subió en su camioneta nueva que tenía las llaves puestas y vio que eran las nueve de la mañana. Esperaba que la mina estuviera a pleno rendimiento.

Cuando llegó observó la explotación desde lo alto y asintió al ver la cantidad de tierra que habían movido. Se acercó con la camioneta a las exclusas para mirar su contenido y vio que Allan ya estaba allí.

Se sonrojó ligeramente pensando en el día anterior, pero levantó la barbilla y bajó sonriendo mientras se ponía el casco que había en

el asiento del copiloto— ¿Cómo va?

—Sam ¿dónde está tu chaleco?— preguntó George sonriendo.

— ¡Si voy de rosa!— protestó haciéndolo reír.

Le guiñó un ojo antes de mirar a Allan que había detenido la planta para revisar las exclusas. –Compruébalo tú misma.

Subió por la pasarela a las exclusas y se arrodilló para levantar una de las rejas superiores y al ver el oro se quedó de piedra. –Esto no puede ser. —había tanto oro que ya debían limpiar las almohadillas y acababan de empezar. Eso significaría una limpieza diaria en lugar de una a la semana.

Allan sonrió. –Tardaremos dos horas en limpiar bien antes de empezar de nuevo.

— ¿Cuantas veces habéis rellenado el depósito de tierra?— preguntó todavía asombrada.

—Sesenta y tres.

Aquello era increible y miró a Allan que se echó a reír— Vamos a empezar antes de perder más tiempo.

Entre todos levantaron las rejillas y fueron metiendo las alfombrillas en unos cubos con agua. Al levantarlas limpiaron los restos que había sobre los enormes toboganes, que eran bastantes hasta dejarlos limpios. Los chicos de Allan estaban tan atónitos por el resultado que miraban los sedimentos con los ojos como platos. Cargaron los cubos en la camioneta de Samantha y supervisaron que se colocaran las alfombrillas nuevas. — En cuanto cerraron las rejillas, George dio al botón de la bomba del agua para volver a empezar.

—Vamos a lavar esto, nena. — dijo Allan subiéndose a la camioneta detrás del volante.— Vamos a mi campamento. Allí tengo un sistema más rápido.

No lo dudaba porque el de su padre era el sistema de toda la vida. Lavar las alfombrillas y después batear con el plato hasta quitar todo lo que no era oro.

Cuando se subió al asiento del copiloto se quedó mirando como cargaban de tierra por segunda vez la planta. —Esto va tan bien que

da miedo— susurró antes de mirar a Allan.

Él sonrió dando la vuelta a la camioneta.

—Teniendo en cuenta que ayer encontraste más de un millón de dólares hoy vamos mal— dijo divertido.

—No tiene gracia, Allan.

—No te preocupes. Los chicos cuidarán del oro.

— ¿Y lo que vayamos recaudando?

—Lo meteremos en el banco a diario. — le sonrió— Tranquila. Esta noche empezaremos al otro lado del diente y por la mañana lo llevaré al banco. Así de simple.

— ¿Y los porcentajes de los hombres? Querrán saber…

—Les iré informando. Se llevarán su parte como siempre y estarán contentos. Vienen aquí por ello y se llevarán las comisiones más grandes del Klodike. Le vamos a hacer ricos. No protestarán. Hablaré con ellos y se darán cuenta del problema. Me imagino que ya se habrán dado cuenta al ver la exclusa con la cantidad de oro que había en ella.

— ¿No desconfiarán?

—No vamos a timarles, así que no tienen por qué.

— ¿Y lo de la noche? ¿También les daremos esa comisión, verdad?

Allan sonrió— No voy a discutir por unos miles de dólares cuando hay millones.

Sam sonrió porque estaba de acuerdo. Estaban llegando a las tierras altas donde Allan tenía su mina y al llegar observó su zona de trabajo al pasar, que estaba del lado del camino de Allan. Frunció el ceño al ver su trabajo y se acercó mucho a Allan. —Nena, no veo la carretera.

—Para.

Allan se detuvo y ella bajó rápidamente de la camioneta cruzando la carretera para mirar el valle. —Allan ¿qué están haciendo?— preguntó señalando las excavadoras.

—Sacar tierra— dijo sin bajarse de la camioneta.

— ¿Y cuanto estás sacando ahí?

—Diez por metro.

Miró a su alrededor y vio una zona virgen mucho más probable— ¿Y por qué no excaváis allí?

—Porque allí…— dijo exasperado bajando de la camioneta— no hay oro. Ya lo he comprobado.

— ¡Te equivocas!— enfadada porque estaban perdiendo el tiempo señaló la zona. –Esa zona es caliente, lo ve un ciego.

—Te digo que ahí no hay oro. Vamos, nena. Tenemos mucho que hacer— se volvió para irse y ella le cogió del brazo deteniéndole.

— ¿Empiezas otra vez?

— ¿Quieres apostar?— preguntó divertido.

Ella sonrió mirándolo de arriba abajo pensando qué pedir— Vale, si ahí hay oro. Me darás la concesión de estas tierras. Serán mías para siempre.

Allan se echó a reír a carcajadas— ¿Estás loca? Eso son cinco millones.

—Vas a ganar mucho más gracias a mi trabajo.

Pareció pensárselo— Está bien. Si ahí hay oro digamos treinta pavos por metro te daré la concesión de estas tierras y serás su dueña pero si pierdes…. — sonrió maléfico—Trabajarás para mí.

— ¿Trabajar para ti? ¿A qué te refieres?

—A que serás mi empleada. Te dedicarás a buscar sitios productivos para mí. Tengo cientos de kilómetros cuadrados para que hagas ese trabajo.

— ¡Pero ya había ganado esta concesión para el año que viene! Quiero ser mi jefa. –enfadada fue hasta la furgoneta— Va, déjalo. De todas maneras el año que viene lo sacaré yo.

Con el ceño fruncido se subió a la camioneta detrás de ella como sino le hubiera gustado su respuesta— Nena, si trabajaras para mí…

— ¿Déjalo, quieres? Tengo planes y eso significa que con el dinero que saque este año compraré mi concesión dentro de dos años.

Allan apretó los labios— Y yo te digo que no puedes hacerlo.

Le miró asombrada— ¿Y por qué no, si puede saberse?

— ¡Porque así nunca llevarás una vida normal! ¿No quieres casarte? ¿No quieres tener hijos?

Eso no se le había ni pasado por la imaginación y dijo con horror — ¡No!

Su contestación le dejó mudo— ¡Todas las mujeres quieren casarse!

Ella se casaría con él encantada, pero como sabía que nunca se lo iba a pedir, ni se le pasaba por la cabeza casarse con otro. — ¡Yo no!

Su mirada de incredulidad la hizo echarse a reír— No puedes vivir en una caravana para siempre.

—No, claro que no. Sólo en verano. Muchos campistas lo hacen.

Gruñendo Allan cerró la boca y llegaron al campamento. Había un gran contenedor de obra y Allan dio la vuelta a la camioneta para acercarla marcha atrás hacía allí.

Se bajaron y él abrió el contenedor— Nena, dale hacia atrás.

Ella se puso en el asiento del conductor y dio marcha hacia atrás lentamente metiendo la parte de atrás de la camioneta dentro del contenedor.

Le hizo una seña para que se detuviera y bajó de la camioneta a toda prisa para empezar a bajar los cubos. Pesaban bastante con el agua y él le dijo –Espera nena, ya lo hago yo.

—No soy una muñequita ¿sabes?— preguntó molesta cogiendo un cubo.

Él apretó los dientes cogiendo dos cubos y llevándolos al gran envase de acero inoxidable donde lavarían las alfombrillas. Tiraron allí su contenido y empezaron a limpiarlas con un chorro de agua que tiraba su contenido a la cuba de acero. Esa cuba tenía un filtro que iba sacando el agua limpia por un tubo dejando el sedimento en un recipiente que después batearían. Era mucho más rápido que hacerlo todo a mano y una hora después ya habían limpiado las alfombrillas dejándolas otra vez en los cubos, ahora limpios de tierra.

–Vamos allá— dijo Allan sacando el recipiente de la parte inferior de la cuba. Era impresionante verlo así pues se veía el oro

claramente, mezclado todavía con algo de tierra— ¿De cuanto es ese recipiente?— preguntó ella al verlo casi lleno.

—De veinte kilos— Allan puso la misma cara del tío Gillito y ella se echó a reír.

La tarea de batear era más tediosa, porque tenían que esperar a que por un enorme plato giratorio ladeado, subiera el oro desde el extremo exterior hasta el círculo central por el que caía hasta otro recipiente, dejando la tierra que pesaba menos en el exterior del plato. A Sam le recordaba a una piruleta gigante dando vueltas y si miraba mucho tiempo hasta se mareaba. Ella se encargaba de ir echando a cucharadas el sedimento en el exterior mientras Allan iba secando el oro en una sartén encima de un hornillo para secarlo.— Dios mío, esto es eterno.—dijo mirando la mitad del recipiente todavía lleno.

—Pues será así todos los días.

—Luego dicen que el oro está caro.

—Eso lo dice quien no sabe cómo se obtiene.

Sam levantó la vista – ¿Cómo va eso?

—Casi listo para pesar. Yo calculo que hay siete aquí.

Ella le miró sorprendida— ¿Siete?

—En total tendremos quince.

—A mi padre le va a dar algo. –después se echó a reír— El diente del diablo es de oro.

—Nena… no juegues con esas cosas. Dan mala suerte. — la miró sonriendo antes de decir— ¿Cómo estás?—se sonrojó intensamente porque sabía a lo que se refería – ¿Te duele algo?

— ¡Allan!

Él se echó a reír a carcajadas –Es normal hablar de estas cosas.

— ¡Para mí no!

Se acercó a ella dejando la sartén sobre le fuego y la cogió por la cintura para que lo mirara a los ojos. – ¿Te lo pasaste bien anoche?

— ¡Allan!

Reprimiendo la risa la besó lentamente, pero ella quería más y sin darse cuenta se pegó a él acariciándole con la lengua,

provocando que gimiera y apretara sus caderas a él. Se apartaron respirando agitadamente y sin decir nada volvieron rápidamente a sus lugares de trabajo.

Mientras Allan secaba el último oro, ella se sentó en la parte de la carga en la camioneta mirándole. –Ya está— se acercó con la sartén al recipiente donde estaba el resto. —Sam saltó de la camioneta para acercarse y vio como echaba el oro suavemente para que no se derramara. –Haz los honores.

Ella sonrió antes de coger el recipiente y colocarlo sobre la pesa. –Dieciséis cuatrocientos treinta. – se miraron y se tiraron el uno sobre el otro besándose como posesos.

Allan la llevó hasta una mesa donde la sentó antes de quitarle la camiseta. – ¿Y si viene alguien?— preguntó antes de ayudarla a quitarse las botas para bajarle los pantalones.

—Aquí nunca viene nadie—dijo bajándose los pantalones antes de cogerla por el interior de las rodillas acercándola al borde— Además será rápido.

—Sí, que sea rápido— dijo desesperada abrazando su cuello antes de reclamar sus labios.

Las manos de Allan estaban en todas partes y la volvía loca hasta que entró en ella de un empellón provocando que gritara contra su cuello— ¡Más!— le exigió clavando las uñas en su cuello. Él no la defraudó y entró en ella con fuerza una y otra vez, haciéndola gritar de placer hasta que estalló en un orgasmo increíble que la dejó temblando.

Capítulo 7

Se apartó de ella lentamente y la miró a la cara cogiéndola de las mejillas. Sam sonrió encantada de la vida— Te ha gustado ¿eh?

—Ahora entiendo a los adictos sexuales.

—Pues todavía no has visto nada— la besó suavemente en los labios antes de alejarse para subirse los pantalones. Ella balanceó las piernas mirándole el trasero y cuando se volvió se echó a reír— ¿No piensas vestirte?

Suspiró bajándose de la mesa y empezando a vestirse con desgana. Allan empezó a dividir el oro y metió su parte en un bote de cristal. La parte de Sam, que eran once kilos y medio, no sabía donde meterla. –Nena, vamos a tener un problema con tu parte— dijo partiéndose de la risa. Al final de la semana necesitaremos un trailer.

—Muy gracioso— dijo mirando a su alrededor y cogiendo un cubo — Échalo aquí. Te lo devolveré.

—Puedes quedártelo. Regalo de la casa.

—Qué generoso.

Cuando volcaron el contenido, Sam lo cogió por el asa. —Apunta el peso para las comisiones.

Él lo hizo en una libreta— Listo. — la vio meter el cubo en la parte delantera de la camioneta y subirse a ella. –Cielo…

— ¿Si?— le vio acercarse por el espejo retrovisor hasta su ventanilla.

—Vete a descansar un rato. La noche será dura.

—Tengo que ir a ver a papá y a hacer unas compras.

— ¿Dónde lo vas a dejar? Ahora el banco está cerrado. —se mordió el labio inferior y Allan le dijo. –Déjalo aquí hasta mañana y cuando terminemos el trabajo de la noche lo llevamos al banco con lo demás. También podemos ir vendiéndolo a diario e ingresar el dinero.

Eso era una auténtica lata. Tener que ir todos los días a vender el oro. Pero era lo mejor porque cuando el volumen de oro fuera enorme, en el banco pondrían el grito en el cielo. —Vale, mañana lo venderemos e iremos a ingresar. — se agachó y cogió el cubo pasándoselo por la ventana. –Guárdalo bien.

Le guiñó un ojo. –Tranquila, mañana tendrás tu oro.

—Te veo luego— dijo arrancando la camioneta.

Fue hasta su campamento y sonrió cuando vio que la lavadora había terminado. Colgó la ropa en el tendal móvil que tenía su padre pero que nunca utilizaba y puso la siguiente. Estaba haciendo la lista de lo que tenía que comprar, cuando miró a su alrededor y vio que la estantería no tenía su pepita. Fue hasta allí y pasó la mano por la estantería mirando a su alrededor por si se le había caído. Debía pesar cuatro o cinco gramos y a casi cuarenta pavos el gramo no era una broma. Suspiró mordiéndose el labio inferior. ¿Se la habrían robado? No había cerrado con llave su caravana. Recordó lo que su padre le había dicho sobre ir armada y decidida fue hasta la caravana de su padre, sacando su pistola de debajo de la cama. Sacó el cargador comprobando que estuviera cargada y se la metió en la bota. Nunca le habían robado nada de la caravana y que faltara la pepita, era algo que la mosqueaba.

Cogió el móvil con llamada vía satélite colocándoselo en la cinturilla del pantalón y uno de los walkis para hablar con los chicos. Tenía un radio de veinte kilómetros y si era necesario llegarían a ella rápidamente. Lo metió todo en la camioneta y abrió la guantera. Puso los ojos en blanco al ver las multas que tenía Allan guardadas allí y metió un cuchillo de caza. Después fue a por su cartera que estaba en su mochila. Al mirar en su interior vio que le habían

robado todo el dinero y corrió hasta el coche después de cerrar con llave todas las caravanas, incluidas las de los chicos. En cuanto arrancó la camioneta cogió la radio— Mel, George….

—Estamos aquí, niña. No te vas a creer esto, tienes que traer las alfombrillas.

— ¿Otra vez?

—Sí.

—Me acerco por ahí enseguida. Ha pasado algo.

— ¿Estás bien?— preguntó George preocupado.

—Ahora os lo cuento.

Tres minutos después entró en la mina y se acercó donde estaba George hablando con Melvin. Se bajó a toda prisa y fue hasta la parte de atrás para sacar los cubos con las alfombrillas limpias. –Me han robado en la caravana.

George entrecerró los ojos— ¿El qué?

—El dinero de mi cartera y una pepita de oro que me quedé de recuerdo. La primera pepita que extraía— dijo con rabia porque era un recuerdo que no se podría recuperar.

—Buscaban oro— dijo Melvin preocupado. –Como allí no hay nadie en todo el día, fueron a ver que encontraban.

—Estupendo— George cogió los cubos. — ¿Y qué vamos a hacer?

Ella miró a su alrededor. –He cerrado las caravanas pero no creo que eso los detenga. Y no sé si a vosotros os han robado.

—Trasladaré las caravanas allí— dijo Melvin señalando un llano. —Así asunto arreglado.

—No podremos dormir con el ruido de las máquinas. Tanto de noche como de día— protestó George.

—Compraremos tapones para los oídos— dijo Melvin— ¡Esto es una emergencia!

George apretó los labios y asintió— Vale. — miró a Sam que estaba preocupada— ¿Cuanto a sido el peso?

—Dieciséis cuatrocientos.

— ¡Guau!—George y Melvin se echaron a reír chocándose las manos. — ¿Podemos decírselo a los chicos?

—Allan iba a hablar con ellos para que mantuvieran la boca cerrada fuera de aquí.

—Ya se lo imaginan. Están haciendo apuestas. Son buenos chicos.

—Vale, pero advertirles que fuera de la mina no deben hablar de ello por una cuestión de seguridad. — dijo muy seria. –Ah y Melvin…

— ¿Sí, niña?

—Ten la escopeta a mano.

Su amigo perdió la sonrisa y asintió— Muy bien.

Su subió a la camioneta y cuando George cogió la radio gritó –¡Chicos, dieciséis cuatrocientos!

Se pusieron a gritar como locos haciéndola reír y cogió la radio para hablar con ellos— Buen trabajo, chicos. ¡Seguir así y os llevareis un buen pellizco!

— ¡Jefa, contigo hasta el fin del mundo!— dijo uno de ellos.

—Vale, chavales. Vamos a cambiar esas almohadillas que hay que seguir—dijo George muy contento.

—George, le diré a Allan que se pase por el segundo viaje— le dijo a la radio.

—Bien, jefa.

Cogió el teléfono móvil y buscó el número de teléfono de Allan mientras conducía. Se lo puso al oído y respondió al cuarto tono— ¿Nena?

—Voy camino a la ciudad pero tienes que ir a la mina.

— ¿Qué ha pasado?

—Tardan sólo cuatro horas en llenar las exclusas, Allan.

— ¿Hablas en serio?— en su voz podía ver que no se lo creía. — Mierda, necesitaremos más alfombrillas. No puedo estar de un lado para otro a cada rato.

Ella se echó a reír— ¿Te estás quejando de ganar dinero?

—Muy graciosa. Tengo unas ganas terribles de verle al cara a Jack Cameron mañana— dijo hablando del comprador de oro. — Tendré que avisarle para que tenga bastante dinero.

—Se va a hacer rico con nosotros, así que no creo que se queje. Te veo luego.

Cuando llegó al hospital, fue hasta la habitación de su padre y desde el pasillo escuchó sus quejas— ¿A esto lo llaman merienda?

—No protestes tanto –dijo entrando en la habitación sonriendo— Yo estoy todavía sin comer.

La enfermera salió divertida y Sam se acercó a darle un beso— ¿Cómo vas?

—Déjate de rollos –dijo mirándole con los ojos brillantes como los de un adicto— ¿Habéis sacado algo?

—Hemos hecho la primera limpieza de exclusas. — su padre se quedó con la boca abierta— Dieciséis cuatrocientos.

Se quedó sin habla un rato y Sam fue perdiendo la sonrisa poco a poco— ¿Papá?

—Yo me largo de aquí— dijo de repente tirando del cable y Sam tuvo que retenerle. — ¡Déjame, Sam! ¡Siempre he querido ver esto y ahora que ha pasado no quiero quedarme aquí!

—No seas pesado, papá. ¡Saldrás cuando te den el alta!

— ¡Ni hablar! ¡O me sacas de aquí o me escapo por la noche arrastrándome!

Exasperada miró su pierna— No puedo encargarme de ti, papá— dijo para que lo entendiera— Ahora no tengo tiempo.

—Contrata a alguien.

— ¿Crees que alguien querrá dormir en tu caravana?— preguntó incrédula.

Gruñó cruzándose de brazos y después puso morritos como un niño –Por favor, hija.

— ¡Tenemos que trasladar las caravanas a la mina por un problema de seguridad y no quiero tenerte en la mina así!

— ¿Qué ha pasado?— preguntó alerta.

—Me han robado el dinero de la cartera y la primera pepita que he sacado de la mina.

— ¿Vas armada?

Sacó la pistola de la bota y su padre asintió— Muy bien. Supongo que ha creído que tenías dinero allí y por eso ha ido a la caravana, pero ahora que se correrá la voz de que sale mucho dinero, puede que haya problemas. Aunque hace muchos años que no se oye que haya robos en el Klondike, este es un volumen muy grande. Lo de trasladar las caravanas es buena idea.

Estuvieron hablando de todo lo que había pasado y de cómo debían hacer lo del banco. Al fin y al cabo la concesión era de su padre. Decidieron poner todo el dinero en la cuenta de su padre pues estaba a nombre de los dos. Cuando pagaran a los hombres y todos los gastos, repartirían al cincuenta por ciento el resultado.

— ¿Y qué tal con Rutherford? —Se sonrojó intensamente y su padre sonrió— ¿De verdad?

— ¡Papá!

—Vaya— hizo una mueca –Es rápido.

— ¡Papá!

—No te avergüences hija, es algo natural.

—Tengo que irme.

Su padre se echó a reír al verla como un tomate. —Pero dile que me lo has dicho y que cuando le vea le voy a cortar las pelotas.

Ella le miró sonriendo desde la puerta— Serás malo. ¿Quieres asustarlo?

—Sólo un poco— dijo malicioso. —Está bien que teman a los suegros.

—No me voy a casar con él, papá.

Big entrecerró los ojos – ¿Cómo dices?

—Acabamos de empezar a…— abrió bien los ojos para hacérselo entender.

— ¿Cómo dices?

Suspiro dándose por vencida— Me voy que tengo que dormir algo antes de esta noche.

— ¿Cómo dices?— gritó desde dentro de su habitación— ¡Samantha Betty Anne Wilcox como ese tío no se case contigo, le capo!

Intensamente sonrojada volvió a la puerta de su habitación y siseó— Cierra el pico, papá. ¡O te ahogaré con la almohada!

Su padre se echó a reír a carcajadas mientras se iba.

Después de hacer una compra enorme pues había comprado para los tres, volvió al campamento para ver que su caravana no estaba. Eso significaba que Melvin ya la había trasladado. Cuando llegó a la mina estaba conectándola a la luz y dio gracias a que había comprado los tapones de los oídos. –Gracias, Mel— dijo metiendo las bolsas dentro.

—Cielo ¿has traído cerveza?

— ¡Por supuesto!

Entró en la caravana y se quedó con la boca abierta al ver a Allan tumbado en la cama mirando el techo— ¿Qué haces aquí?— al ver en el suelo los cubos con las alfombrillas lo entendió. — ¿Se quedarán hasta mañana?

—En dos horas llegan tres juegos nuevos por avión. Mañana no tendremos que hacerlo así.

—Vale.

— ¿No tienes nada que decirme?

—He ido a ver a papá y dice que te cortará las pelotas— respondió radiante haciéndolo sentarse de golpe.

— ¿Se lo has dicho?

—Soy su niñita.

— ¿Estás loca, mujer? Me pegará un tiro en cuanto me vea.

La risa de Melvin en el exterior les indicó que lo había oído— Te lo mereces por bajarte los pantalones— dijo su amigo desde fuera. –¡Te lo advertí!

Allan la miró atónito y Sam se rió a carcajadas. — No pasa nada, Allan. Sólo te romperá los brazos y te echará la bronca. — dijo pasándoselo en grande.

— ¿No será una broma de las tuyas? —Negó con la cabeza— ¡Estupendo Sam, lo acabas de complicar todo!

— ¿Has comido?— preguntó haciéndose un sándwich.

—Sí— gruñó como respuesta.

—Tranquilo, no te va a obligar a que te cases conmigo o algo así.

— ¡El agua está conectada!— gritó Mel— ¡Y la luz!

— ¡Gracias, Mel!

— ¡Y sí le va a obligar!

Sam puso los ojos en blanco antes de mirar a Allan que la observaba con los ojos entrecerrados— ¿Lo has hecho a propósito?

— ¿El qué?

— ¡Decírselo a tu padre para que se monte el follón!

— ¡Qué va! –se sentó en la mesa para comerse el sándwich y puso la lata de refresco de naranja ante ella.—¿Por qué piensas eso?

Se puso a comer mirándolo muy seria. —No lo sé. Las mujeres sois muy retorcidas. Esta mañana decías que no querías casarte y por la tarde se lo dices a tu padre, que es el hombre con peor carácter del Klondike.

— ¡Retira eso!

— ¿Por qué, si es cierto?

— ¡Mi padre tiene un carácter estupendo!

— ¡Estás loca! ¡Le he visto empotrar su coche contra el de un hombre que le había quitado el sitio en el supermercado!

—Eso le pasó por tener mucha cara— dijo como si fuera una reina. —Estaba justificado.

— ¿Y cuando casi atropella al Willi el del bar de la carretera?

Ella masticaba sin inmutarse— Le puso el whisky aguado. Eso fue un timo.

— ¡El de la ferretería le prohibió la entrada después de tirar una llave inglesa a su escaparate!

— ¡La llave estaba defectuosa y no quiso devolverle el dinero!

— ¡A mí me va a matar!

Se echó a reír a carcajadas al ver su rostro. –No te va a hacer nada. —Allan se dejó caer en la cama mientras ella se reía— Le caes bien.

— ¿Cuando sale del hospital?

—Pues quería que me lo llevara conmigo, así que no tardará mucho.

—Estoy muerto.

Terminó el sándwich y se levantó para llevar el plato al fregadero. Bajó las persianas, cerró la puerta con llave y se quitó la ropa tumbándose boca arriba en la cama en ropa interior, cubriéndose con una sábana. Miró hacia Allan y sonrió porque se había quedado dormido. Esa noche tendrían mucho trabajo, así que más le valía dormirse también.

Una suave caricia entre las piernas la despertó y sonrió a Allan antes de que la besara en los labios. Se abrazó a él y le rodeó las caderas con sus piernas antes de que entrara lentamente en ella haciéndola gemir. Sin dejar de besarla, la torturó moviendo las caderas lentamente hasta que el placer la sorprendió catapultándola al éxtasis.

Suspirando se separó de ella y Sam sonrió acariciando su pecho. — ¿Qué hora es?

—Hora de levantarse— Allan se separó de ella prácticamente de un salto y empezó a vestirse dejándola fría. Vio que estaba desnuda y se cubrió con la sábana.

— ¿Tanta prisa hay?

—Tenemos mucho que hacer. Además todavía tengo que colocar la punta en la excavadora. — sin dirigirle una mirada fue hasta la puerta y la abrió después de girar la llave.

— ¿Esto es por lo de papá?— preguntó asombrada antes de que saliera. —Si crees que te va a pedir explicaciones, no va a ser así. Sabe que somos mayorcitos.

Allan la miró exasperado— No es por lo de tu padre. — salió de la caravana dando un portazo y ella se quedó allí sentada en la cama sin entender nada.

Se habría levantado con los cables cruzados. A veces a su padre le pasaba. Contenta con su explicación se levantó a toda prisa y se vistió. Después de beber algo de agua se recogió el cabello en una

coleta y fue a por su casco a la camioneta. Cerró con llave la caravana, aunque nadie podría entrar ahora porque estaba a la vista de la explotación. – ¿Estás lista, pequeña?— preguntó George que estaba sentado ante su caravana mirando hacia la mina.

—Claro. Lista y dispuesta.

—Si tienes algún problema tengo la radio al lado de la cama.

Asintió y se despidió con la mano caminando hacia los chicos que estaban colocando la punta en la excavadora. — ¿Se han ido todos?

—Hace media hora— respondió Mel atornillando la sujeción.

—Pues voy a por la otra excavadora para levantar al superficie.

Como nadie le dijo nada, ella fue hasta la excavadora, que estaba al otro lado del diente donde pensaban explotar y la trasladó a la zona de trabajo. Comenzó a levantar la tierra colocándola a un lado para que no estorbara y dejó al descubierto la veta. Siguió abriendo una zanja y antes de darse cuenta vio que Allan estaba al inicio de la zanja con el brazo percutor para empezar a picar el oro. El ruido cuando inició el trabajo era atronador y vio como se iba partiendo el oro. Se bajó de la excavadora porque necesitarían más luz. Las excavadoras la tenían, pero no le parecía suficiente.

En el almacén que estaba en la mina, que en realidad era un contenedor industrial que Mel había trasladado allí para tener todo a mano, tenía de todo. Buscó las lámparas de pie que sabía que tenían que estar por allí. Sam estaba en el fondo del contenedor cuando oyó un ruido tras ella y se volvió de golpe. – ¿Hay alguien ahí? ¿Mel?

Se agachó lentamente y cogió la pistola. La luz que había en la entrada era muy tenue y sólo se veían sombras por todos los bártulos que allí había. Caminó lentamente mirando a su alrededor y se dio cuenta que aquel era un sitio estupendo para esconderse y ver la mina. Podía ver desde la puerta a Allan trabajar.

Al no escuchar nada extraño, pensó que igual eran imaginaciones suyas. Que le robaran en la caravana seguramente la había influido. Guardó la pistola y fue hasta el fondo otra vez. Sonrió al ver los focos bien sujetos a la pared con sus trípodes. Primero llevo uno y lo

encendió, enchufándolo al generador. Miró a Allan que sonrió levantando el pulgar.

Fue a por el otro y lo colocó al final de la zanja. Cuando terminó, se subió a su excavadora y siguió trabajando.

Capítulo 8

Después de un rato Allan se bajó para bajar a la zanja y pasó un dedo por su cuello de un lado a otro, indicándole que lo dejara. Se bajó a toda prisa para ver lo que pasaba. — Nena, trae cubos o algo para ir metiéndolo.

Echó a correr hacia el almacén e iba a abrir la puerta que había cerrado antes cuando esta se abrió de repente, golpeándose con la puerta de hierro. Cayó hacia atrás atontada viendo unas piernas enfundadas en vaqueros y unas botas de trabajo con cordones rojos pasando a su lado corriendo.

Pasaron unos segundos hasta que se centró y se arrodilló en el suelo— ¿Sam?—miró hacia la mina y vio a Allan saliendo del agujero a toda prisa para correr hacia ella. –Nena ¿estás bien?

El casco, que había saltado de su cabeza con el golpe, la había salvado de romperse la nariz o algo peor. Allan se arrodilló a su lado — ¿Qué ha pasado?

—Alguien salió del almacén golpeándome con la puerta— se tocó otra vez la frente que la tenía dolorida.

— ¿Le has visto?— la cogió de la barbilla para ver si se había hecho daño pero casi no había luz.

—Sus botas. Tenía los cordones rojos.

—Espera que le pille— dijo enfadándose— Ven, nena. Acércate a la luz para ver si te has hecho algo.

Encendió la luz del almacén y la colocó debajo de la bombilla. –Es una zona muy dura de la cabeza pero parece que se va a amoratar.

—La visera del casco me libró.

Allan miró a su alrededor y vio su casco rojo en el suelo. Cuando vio la visera rota por la mitad masculló por lo bajo. –Vale, voy a contratar seguridad. — dijo furioso.

—Sí, me está empezando a parecer buena idea. Antes, cuando vine a por las lámparas sentí que había alguien.

—Mañana me encargo. —Ella cogió los cubos – ¿Estás segura de que puedes trabajar?

—Claro.

Salió del contenedor y vio a alguien corriendo detrás de la excavadora. — ¡Mira, Allan!— Le señaló y Allan echó a correr tras él. El tipo, que se veía claramente que era un hombre, corrió colina arriba y como llevaba bastante ventaja, dudaba que Allan le diera caza.

Ella nerviosa se acercó al agujero, esperando que Allan que había desaparecido tras él, volviera. Dejó lo cubos en el suelo y miró hacia donde les vio correr, pero después de varios minutos Allan no apareció y temió que le hubiera pasado algo. Se apretó las manos sin saber qué hacer y cuando vio la silueta de un hombre en lo alto de la loma de tierra preguntó insegura— ¿Allan?

—Soy yo, nena. –dijo él empezando a bajar –Está demasiado oscuro.

—Tiene que tener su coche por aquí. –Cuando llegó a su altura le abrazó de miedo— No vuelvas a hacer esto. No sabes si va armado o…

—Estoy bien—la abrazó a él interrumpiéndola— Vamos a recoger esto y cerramos. Mañana contrataré seguridad y estaremos más tranquilos.

—Sí, y trabajamos de día— susurró. —Esto no me gusta.

Él se apartó y le acarició la mejilla— Como tú quieras, jefa.

Sonrió y se apartó de él para coger uno de los cubos. Allan bajó a la zanja y cogió los pedazos de oro antes de tirarlos en el cubo. Cuando estuvo lleno, ella lo cogió con esfuerzo pasándole el siguiente. Miró a su alrededor y Allan le dijo— Se ha ido. Igual sólo quería cotillear y le pillaste.

—No estaré tranquila hasta que cerremos.

—Hoy no va a volver.

— ¿Y si ha oído lo de la seguridad? —Allan apretó los labios— ¿Estoy siendo paranoica?

—Cuando hay millones en juego no se es lo bastante paranoico— dijo colocando el cubo a su lado. Sam miró su contenido y se mordió el labio inferior. — Lo sé nena, hay más de dos millones por cubo.

Sintió que le faltaba el aire y se tuvo que sentar en el suelo. –¿Estás bien?— Allan salió del agujero y se arrodilló a su lado— Voy a llamar a George para que te acompañe a la caravana.

—No, no le molestes. Estará agotado después de todo el día. Estoy bien.

La miró preocupado y ella forzó una sonrisa— Es que al ver todo ese oro me he agobiado un poco, pero estoy bien.

— ¿Te agobia hacerte rica?— preguntó asombrado.

Ella no pudo evitar sonreír y sujetándose en su hombro se levantó— Vamos a seguir.

Allan volvió a bajar y continuó cogiendo los trozos de oro para meterlos en los cubos. Después de tener cinco ya no tenían más cubos, así que no podían seguir. Al ver la cantidad de oro que todavía quedaba por recoger ella gimió— No podemos cerrar así.

— ¿Tienes bolsas de escombros? Esas que son tan resistentes.

Lo miró sorprendida y sonrió. –Creo que las hay en el almacén. Voy a por ellas.

Corrió hasta el almacén y las buscó. Su padre siempre tenía para meter las piezas de la maquinaria que tenían que reparar, pues soportaban muy bien el peso. Cuando las encontró, salió corriendo con ellas en la mano para ver a Marc apuntándola con una escopeta. Palideció al ver a su amigo desde hacía años con el arma en la mano y asustada miró hacia Allan que era apuntado con un revolver por Lara. – ¡Tráela!— exclamó Lara enfadada vestida con vaqueros y una camiseta negra de manga larga. – ¡Que meta lo que queda en esas bolsas!

Sam miró a Marc a los ojos— ¿Qué estás haciendo?

— ¿Tú qué crees? ¡Toda la vida trabajando como un cabrón para conseguir una mierda y llegas tú, la señorita universitaria para encontrar mi sueño! Me he dado cuenta que este es el método más rápido y menos costoso. — movió el cañón de la escopeta hacia Allan— Acércate a tu amorcito.

Caminó hacia Allan que la miraba entre asustado y furioso— Estos piensan que se pueden ir con nuestro oro. ¡No saldréis con él del país!

—Lo venderemos mañana a primera hora— dijo Lara como si fuera idiota. –Y después un avión nos sacará de aquí antes de que sepan que os ha pasado.

Aterrorizada porque eso indicaba que los iban a matar, se acercó a Allan a toda prisa. –Ahora terminar el trabajo y hasta que no llenéis hasta la última bolsa no nos iremos de aquí— dijo Marc mirando los cubos con avaricia.

—Con lo que hay es suficiente— dijo Lara. Se notaba que quería acabar cuanto antes.

—Tranquila, los viejos están durmiendo y nadie vendrá por aquí hasta el amanecer. — Marc sonrió abiertamente— Y eso será dentro de seis horas.

Lara sonrió mirando a Allan— Cariñito, baja a llenar las bolsas.

—Y tú también, Sam. Baja y ayúdale.

Allan la miró y le dijo— No bajes. Si nos matan ahora no podrán ocultar el crimen. Pero si bajamos nos dejarán allí dentro.

—Eres listo. Pero yo lo soy más –dijo Marc antes de disparar a Sam en el muslo. Gritó cayendo de rodillas al suelo y apuntó a Allan que iba a ayudarla— ¡Ahora baja ahí y recoge mi oro, sino quieres que deje a tu novia llena de agujeros!

Sam se apretaba el muslo que sangraba bastante mientras lloraba de miedo. Ni siquiera sentía dolor porque el miedo la paralizaba. –Déjame hacerle un torniquete –dijo Allan fríamente.

— ¡Así te darás más prisa por acabar! ¡Abajo!

Allan saltó a la zanja y empezó a llenar los sacos a toda prisa. Ella lloraba y Marc se acercó a coger el primer saco que Allan le

pasaba antes de seguir con el siguiente. Debía haber diez sacos, así que no tenían mucho tiempo. Desesperada miró hacia las caravanas. –No oirán nada— dijo Marc divertido observándola. — Esta tarde me pasé por la ciudad y te vi comprando los tapones para los oídos. Seguramente se los han puesto cuando oyeron como perforabais el oro.

—Por favor, llevaros el oro pero dejarnos en paz— dijo llorando.

— ¿Y que nos siga toda la policía de Canadá y los Estados Unidos? No, querida. Quiero vivir tranquila— dijo Lara divertida.

Allan pasó el siguiente saco. –Dios mío, somos ricos, cielo— dijo Marc asombrado.

Sam llevó su mano ensangrentada hasta su bota y gimió apretándose el muslo para disimular intentando esconder la pistola. Allan que vio lo que estaba haciendo, dijo de repente— Entonces si me vas a matar ¿qué coño hago recogiendo tu oro maldito, cabrón?

Sam levantó el arma y disparó a Marc en sien girando de rodillas para apuntar a Lara que se había quedado atónita viendo como su socio caía de lado con el arma en la mano. —Tira la pistola antes de que envíe al otro barrio.

Lara empezó a temblar sin saber qué hacer— ¿Le has matado?— estaba totalmente asombrada mientras Allan salía del agujero cogiendo la escopeta de Marc y encañonándola.

— ¡Tira la pistola!

Lara negó con la cabeza con intención de apuntar a Sam— ¡Vas a morir! ¡Tira el arma!—gritó Samantha dándose cuenta que no lo entendía.

Para su sorpresa tiró el arma de repente y echó a correr. Allan en lugar de seguirla se acercó a toda prisa a Sam— Nena, ¿estás bien?

—Dios mío, le he matado. — susurró mirando a Marc.

—Era él o nosotros— miró a su alrededor y corrió hasta el almacén para sacar unas cuerdas. Las botas de Marc estaban ante ella con sus chillones cordones rojos.

Allan volvió con una cinta de cuero que le colocó a toda prisa en el muslo apretando con fuerza— Te vas a poner bien— susurró más para sí que para ella antes de mirarla a los ojos y la abrazarla con fuerza. –Lo siento, nena. Esto es culpa mía— la besó en la frente antes de levantarse y salir corriendo hacia las caravanas mientras gritaba llamando a Mel.

Sus amigos no le escucharon y Allan entró en las caravanas para despertarlos. George salió de allí abrochándose los pantalones y con las botas en la mano, mientras que Mel hacia otro tanto unos segundos después a la vez que Allan corría con el teléfono móvil en la mano pegando gritos.

Cuando llegó hasta ellas cayó de rodillas en la tierra a su lado— ¿Si podré llegar al hospital? No lo sé, ha perdido mucha sangre. ¡Está bien, nos encontraremos en el camino! ¡Joder, daros prisa!— la miró a los ojos— Vamos al hospital, cielo. Nos encontraremos con la ambulancia en la carretera. — La cogió en brazos cuando Melvin y George llegaban a su lado— Llamar a la policía. Yo la llevo al hospital. Decirle que Lara McGarret era su cómplice.

— ¿Cómo estás, niña?— preguntó Mel muy preocupado.

—Nada que un punto no pueda arreglar. —susurró apoyando su cabeza sobre su hombro.

Allan caminó a toda prisa hacia la camioneta de Sam y la metió con cuidado, antes de dar la vuelta para subirse y salir de allí a toda velocidad. — No corras. Tendremos un accidente.

La camioneta derrapó al dar la curva— ¡Allan reduce!

—Todo va bien, no te preocupes.

— ¡Te he dicho que reduzcas!—gritó histérica por todo lo que había pasado.

—Nena…— la cogió de la mano apretándosela— No pasa nada ¿vale? Todo va bien. Estás a salvo.

No la soltó de la mano hasta que vieron las luces de la ambulancia. Allan frenó pitándoles y se detuvieron a su lado.

Unos sanitarios abrieron su puerta y uno de ellos la cogió en brazos— Cielo, te veo allí ¿vale? Te sigo. Voy justo detrás. — dijo

Allan asustado detrás del sanitario.

—Vale. — susurró mientras la subían a la ambulancia tumbándola en la camilla. —No le digas nada a papá.

—Tranquila.

— ¡Ponte en camino, Lamar!—gritó el que estaba a su lado con lo que parecía una bolsa con un tubo largo en la mano.

— ¿Es usted el médico?

El hombre sonrió sentándose a su lado mientras el otro cogía unas tijeras sin punta. Miró hacia abajo y vio que le quitaban las botas tirándolas al suelo para empezar a cortar los pantalones— ¡Eh! ¡Oiga! ¡Que no le conozco!— dijo sentándose en la camilla sorprendiéndoles.

—Tenemos que quitarle los pantalones— el médico la cogió por los hombros para volver a tumbarla.

— ¿No hay alguna médico por aquí?

—Pues no— respondió divertido. — ¿Cómo te llamas? ¿Sam? ¿Es así como te llamas?

Le miró con desconfianza – ¿Por qué quiere saberlo? Usted cúreme y ya está. ¡Tengo que volver a mi mina!

—Sam, has perdido mucha sangre. Eso por no decir que te han pagado un tiro. —le dijo como si fuera lenta— Ahora vamos a ver esa herida y te estarás quietecita para que pueda ponerte el gotero.

—Mira, guapo— dijo enfadada— Soy la única ingeniera de minas del Klondike y dirijo la mina más productiva desde hace cien años. ¡No me hables en ese tono porque si algo me he ganado, ha sido el respeto! ¿Me oyes, medicucho del tres al cuarto?

Para su sorpresa el médico se echó a reír y tenía una bonita sonrisa. Ella parpadeó fijándose bien y no era nada feo. No como su Allan, que era para morirse, pero no estaba nada mal. El médico levantó las manos en son de paz, pero el pesado de abajo siguió cortando los pantalones. —Eh tú ¿estás sordo? ¡Quiero una doctora!

—Sam, ¿qué te parece si sólo cortamos hasta la herida?—dijo pinchándole en el brazo con una jeringuilla.

— ¿Qué me pones?

—Algo que te hará relajarte un poco. Te veo un poco nerviosa.

— ¡Le acabo de pegar un tiro a un tío en la sien para defender la vida! ¿Tú qué crees?

—Que has hecho muy bien. — el médico se lo pasaba en grande y le dijo – Por cierto ya que no lo preguntas, te lo diré yo. Me llamo Curtis.

—Felicidades— dijo irónica. Sabía que estaba siendo grosera pero no podía evitarlo— ¿Cuando llegaremos? ¡Eh, Lamar! ¿Me bajo y llevo yo esta maldita ambulancia?

El chofer se echó a reír. — ¿Y que me despidan?

—Deberían despedirte por lento.

— ¿Estás soltera, Sam?

Miró con sorpresa al médico que le había colocado la vía y la bolsa de suero— ¿Y a ti que te importa?

—Eso es que sí.

Se sonrojó –Repito ¿a ti qué te importa?— de pronto empezó a sentirse mucho mejor— ¿Qué me has puesto?

—Ya te lo he dicho, algo para relajarte.

Cerró los ojos y sintió que le levantaban el muslo— Ha salido la bala— dijo el otro chico.

—Eso es fantástico.

Miró al médico como si fuera idiota y se echó a reír a carcajadas — ¿Sabes, Sam? Eres la paciente más interesante que he tenido nunca.

Volvió a entrecerrar los ojos— ¿Desde cuando tienes la licencia?

La risa de los tres la dejó tan atónita, que les miró como si estuvieran locos. Se abrió la puerta y vio a Allan— Menos mal. ¿Hemos llegado? Allan, búscame una doctora. No me fío de este tío.

Allan la miró entre sorprendido y divertido— Nena, Curtis es uno de los mejores médicos de la zona.

—Tranquilo, Allan. Sam se tendrá que acostumbrar a mí.

— ¿Ah si? ¿Y por qué? –preguntó mientras la sacaban de la ambulancia.

—Porque estoy de guardia— le guiñó un ojo— Y no hay nadie más.

Gruñó en respuesta haciendo reír al médico.

Allan entrecerró los ojos— ¿Qué te parece si te acompaño?

—Eso Allan, no le quites ojo. Me quería quitar los pantalones en la ambulancia— dijo con los ojos como platos.

Allan levantó las cejas y después miró a Curtis. — ¿La has drogado?

—Te aseguro que antes de hacerlo, dijo lo mismo— estaba a punto de partirse de la risa mientras tiraban de su camilla.

Allan reprimió una sonrisa caminando a su lado. – ¿Cómo vas, nena?

Se sentía mejor y lo pensó antes de mirar hacia abajo— ¿Sangro como antes?

—Mucho menos.

—Eso es bueno ¿no?

—Muy bueno.

La llevaron a una sala colocando la camilla en medio. Allan se colocó a la cabecera para no estorbar y ella levantó la vista para mirarle— Vigílale Allan, creo que quiere ligarme.

— ¿De veras?

—Sí— susurró –Me ha preguntado si estaba soltera.

—Es que Curtis tiene buen gusto. — Allan le dio un beso en la frente— Pero tranquila porque ya ha pillado que estamos juntos.

— ¡No estamos juntos!— exclamó sorprendida mientras el médico no dejaba de reír.

— ¿Ah no?

—No, sólo es sexo sin compromiso.

— ¿Ah si?

—Eso dijiste. —sintió que le quitaban los pantalones.

— ¿Cuando dije yo eso?

—Ya sabes. —movió la cabeza para darle énfasis a la frase pero Allan la miró como sino la entendiera— ya sabes, cuando…

— ¿Cuando teníamos sexo?— preguntó reprimiendo la risa.

Ella jadeó sentándose de golpe sobresaltando al médico que revisaba la herida— ¡Lo has dicho en alto!— exclamó mirándolo como si fuera idiota— ¡Ahora se enterará todo el mundo!

—Nena, tú lo has dicho primero. — dijo tumbándola suavemente.

— ¿De verdad?

—Sí, cielo— le acarició sus rizos rubios que se habían soltado de la coleta— Estás algo confusa eso es todo.

—Sí. —sus ojos se llenaron de lágrimas— Quiero volver a la mina.

—Volverás a la mina cuando estés lista. –dijo suavemente.

— ¿Me pondrán con papá en la habitación?

—Eso va a ser de lo más interesante.

—La herida es limpia –dijo Curtis. — Voy a hacer una cecografía y a cerrar.

—Haz lo que tengas que hacer— dijo Allan sin dejar de mirarla a los ojos. — No llores, nena. Todo va bien.

—Es la minera más dura que conozco— dijo Curtis divertido.

—Y que lo digas.

De repente los gritos de su padre se oyeron desde allí— ¿Qué pasa?— preguntó el médico sorprendido.

—Mi padre…Vete a hablar con él, Allan.

La besó suavemente en los labios antes de salir de allí a toda prisa porque los gritos eran más altos. — ¿Cómo se habrá enterado?

—Alguien del hospital se lo habrá dicho— dijo Curtis divertido con un aparato en la mano—Así que eres hija de Big.

—La misma.

—He oído cosas muy buenas de ti. —Ella sonrió—Pensaba que eras un chico.

Eso la hizo reír y miró hacia la puerta asombrada porque vio llegar a su padre en una silla de ruedas empujado por Allan— ¿Te han soltado del techo?— preguntó asombrada.

—Se ha soltado él. Ha destrozado el aparato. Se arrastraría hasta aquí sino lo traían.

Su padre la miró con el ceño fruncido y cuando llegó a su lado apartó al médico empujándolo por la cadera para verle la herida— Hijo de puta— siseó al ver el agujero.—Le voy a matar.

—Ya le ha matado tu hija— dijo Allan mirándola orgulloso. — Ahora deja trabajar al médico.

Curtis divertido con el ecógrafo en la mano les miró a los tres. Allan y Big miraban orgullosos a Sam a la que se le estaban cerrando los ojos de cansancio. — Venga chicos, apartaos para que pueda terminar.

— ¿Has visto que hija tengo, doc?

—Estoy realmente impresionado.

Big la cogió de la mano y ella sonrió –Estoy bien.

—Lo sé, niña. Eres dura como tu padre. Además, no me dejarías.

—No, nunca te dejaría.

Hizo una mueca cuando apretaron la herida y Big gritó – ¡Doc, como le vuelvas a hacer daño te vas a enterar!

Allan reprimió la risa y Big le miró con los ojos entrecerrados— Y tú….

— ¿Sí, Big?— se cruzó de brazos entrecerrando los ojos.

—Tú y yo ya hablaremos.

—Papá, no le regañes. No ha podido evitarlo.

— ¿Ah no?— preguntó su padre divertido.

—Soy irresistible. Pregúntaselo al médico.

Big fulminó con la mirada a Curtis que se sonrojó ligeramente – ¡Sólo pregunté si estaba soltera!

— ¿Y a ti qué te importa?

—Eso mismo le pregunté yo.

Sintió que la cosían y miró hacia abajo levantando la cabeza. Se quedó pálida al ver como sacaba el hilo por la herida y su cabeza cayó hacia atrás desmayada.

—Pues tampoco es tan dura— dijo Big mirando a su hija.

—Sólo se ha desmayado ¿no?— preguntó Allan acercándose pálido de la preocupación.

Curtis asintió— Casi mejor antes de que me metiera en un lío.

Allan y Big se miraron antes de echarse a reír.

Capítulo 9

Minutos después se despertó mientras le vendaban con fuerza la herida. Allan y su padre hablaban sobre Marc y Lara. – ¿Puedo irme a casa? –preguntó al médico que la miró sorprendido.

—No— dijo Allan— Nada de volver a la mina.

—Eso lo decidiré yo.

—Te quedarás un par de días, Sam. Tu padre y tú os haréis compañía. — La cubrió con una sábana –La enfermera de planta te ayudará a ponerte la bata.

— ¿No pensarías ayudarme tú?— preguntó molesta.

—No, claro que no— dijo levantando las manos cubiertas por guantes de látex. —Quiero conservar todos mis dientes.

Allan se acercó a ella y dijo sonrojada de la vergüenza –Me he desmayado.

—Ha sido mucho estrés. La mina, el asalto y el tiro. A cualquiera le pasaría.

—Claro, hija. Ha sido demasiado para cualquiera— su padre desde la silla le cogió la mano mirándola preocupado— Te pondrás bien y volverás enseguida. Nos divertiremos juntos. Jugaremos a las cartas y veremos reality shows hasta la cuatro de la mañana mientras comemos palomitas.

—Menudo plan— dijo Curtis a punto de reírse.

— ¿Y de dónde sacaremos las palomitas?

—Nos las traerá Rutherford. —De la manera en que lo dijo, a Allan ni se le ocurriría negarse y Samantha soltó una risita.

—Así me gusta, nena. Que te rías. –se agachó para besarla pero su padre carraspeó.

— ¿Quieres que me ría yo?—preguntó su padre mirándolo como si quisiera matarlo— Pues ya sabes lo que tienes que hacer.

— ¿De qué habláis?

—Cosas de hombres— dijo su padre sorprendiéndola. Nunca le había dicho que algo era cosas de hombres.

— ¿Cómo que cosas de hombres?— se sentó de golpe mirando a su padre enfadada— No me vengas tú con ese rollo, papá. ¡No te lo consiento!

Su padre se sonrojó ligeramente— Hija, ha sido un lapsus.

— ¡Lapsus y una leche! ¡Soy tan hombre como podéis serlo vosotros! Más incluso.

Todos asintieron como si estuviera chiflada y ella se enfadó más — ¡No me vengas a mí con esas palabras machistas, porque creo que he demostrado todo lo que soy capaz de hacer!

Después de hablar durante varios minutos sobre la igualdad de los hombres y las mujeres les miró señalándolos con el dedo –Así ¿qué es eso de lo que hablabais, de lo que ya no me acuerdo pero da igual?

Allan se echó a reír y la cogió por la nuca antes de besarla con fuerza. Cuando se separó de ella, Sam se puso como un tomate— Mi padre está ahí— susurró mirándolo a los ojos.

—Me da permiso ¿verdad Big?

—Haré la vista gorda.

La trasladaron a la habitación de su padre y una enfermera corrió la cortina que había en medio para asearla un poco y ponerle un camisón. — Papá ¿a ti también te pasan la esponja?—preguntó maliciosa mirando la cara de la enfermera, que era un poco más joven que su padre.

—Sí, hija. Y vaya bien que lo hace. Tiene unas manos como la seda.

La mujer se puso como un tomate. —Es muy bonita, papá. ¿Le has pedido una cita?

—Se me resiste, pero al final caerá.

—Lo que me faltaba, dos Wilcox juntos— dijo abriendo la cortina haciéndolos reír.

—Preciosa, sé que estás loca por mis enormes huesos.

Allan puso los ojos en blanco mirándolos con los brazos cruzados. — ¿Estáis bien?

—Sí…. —contestaron los dos a la vez. —Vuelve a la mina.

Se acercó a la cama de Sam y le dijo— Vendré mañana con esas palomitas.

—Ten cuidado. Y diles a lo chicos que estamos bien y…

—Shuss— la besó en los labios suavemente— Tú descansa. Me ocuparé de todo.

—Diles a los chicos que tengan cuidado con la tierra superior de la mina. Podría desplomarse sobre ellos.

—Haré que la retiren toda y detendré la planta de lavado un par de días para dejarlo despejado. Así no habrá accidentes.

— ¿Detener la planta de lavado dos días?— dijo su padre asombrado. — ¿Estás loco? ¡Son días si ganar dinero!—Los dos lo miraron y se echaron a reír a carcajadas— ¿De que os reís?

—Te lo explico ahora, papá.

Allan fue hasta la puerta— Hasta mañana, chicos.

—Hasta mañana. —dijo ella viéndolo partir.

—Ya casi lo tienes en el bote, cielo— dijo su padre satisfecho.

— ¿Tú crees?— no lo creía. Allan era un mujeriego y ella estaba a mano. Dudaba que aquello fuera a más, aunque lo estaba deseando. Era el hombre de su vida, de eso no tenía ninguna duda y disimular lo que le quería le costaba cada vez más. Sabía que si se lo decía, saldría corriendo hacia la mina alta tan deprisa, que sólo vería la estela de polvo. Debía tener paciencia. Igual antes de que se fuera del Klodike terminaba sintiendo algo por ella.

Los dos días siguientes los pasó con su padre en aquella habitación. Lo peor era dormir, porque su padre roncaba como un camión, lo que la sobresaltaba cada poco. Además los sueños de Marc con la escopeta en la mano tampoco ayudaban. Recibieron la

visita de la policía e hizo su declaración. Como había sido en defensa propia, no habría ningún problema. También se enteraron de que habían detenido a Lara intentando huir del país.

Los chicos fueron a visitarlos al día siguiente a primera hora de la tarde, mientras Allan estaba en la mina. Como le había dicho, había detenido la planta para retirar todo el diente del diablo hasta ras de suelo que era donde estaba el oro.

—Llevará más de dos días— dijo Mel divertido. —Joder, hay que quitar toda una montaña.

—Cuanto antes mejor. Así se evitarán accidentes de desprendimientos. —dijo ella comiendo un bombón de chocolate. —¿Y el oro?

—En el banco hasta que salgas. Tenías que ver la cara del director del banco cuando llegamos con los cubos y los sacos. Los ha metido en la caja central.

— ¿Y las alfombrillas de la caravana?

—También allí. Allan dijo que lo metieran todo porque no quiere hacer la limpieza sin ti.

— ¿Por qué?— preguntó asombrada.

—Hija, es para que no desconfíes del peso.

Miró a su padre con la boca abierta— ¿Y por qué debería desconfiar de él?

—Son las costumbres, hija.

Eso la molestó y lo estuvo pensando hasta que Allan se presentó por la noche. Al ver que estaba tan callada preguntó sentándose sobre la cama – ¿Qué pasa, nena? ¿Te duele?

—No. — le miró a los ojos— ¿Crees que desconfío de ti?

Se quedó tan alucinado con la pregunta que miró a su padre. El pobre se encogió de hombros—Cosas de mujeres.

—Ya empezamos— dijo ella fulminándolo con la mirada— Papá, no te metas.

—Es que no puedo irme, sino saldría corriendo.

Sam gruñó antes de mirar otra vez a Allan— ¿Por qué no has limpiado las alfombrillas?

—Ah, es eso. —dijo aliviado.

— ¿Qué creías que era?— ahora sí que desconfiaba— ¿No te habrás acostado con otra?

—No me ha dado tiempo, nena.

— ¿Te estás haciendo el gracioso?

—Parece que lo hago fatal. —respondió divertido cogiéndole la mano.

—Sí, no lo hagas. No es lo tuyo.

— ¿Cual era la pregunta?

—Las alfombrillas.

—La costumbre es pesar…

—Ya sé cual es la costumbre, pero creo que hemos superado eso ¿no crees?

La miró a los ojos como si quisiera besarla— ¿Lo hemos superado?

Se sonrojó ligeramente— Bueno, creo que puedo confiar en ti. Al fin y al cabo te he dejado a cargo de mi mina.

—Es mi mina.

—Es mi setenta por ciento.

—Es mi setenta por ciento— dijo su padre divertido.

— ¡No tendrías ese setenta sino llega a ser por mí! ¡Y no me interrumpas más! — exasperada cogió la cortina y cerró haciendo reír a su padre.

—Tiene el mismo carácter que mi madre.

— ¿Tú confías en mí?— preguntó ella en voz baja.

—Claro, nena. Me has salvado la vida. — le acarició los rizos tirando de ellos hacia atrás.

Esa respuesta no le gusto demasiado— Así que confías en mí porque te he salvado la vida.

—Claro.

—Uy, uy ,uy.— dijo su padre al otro lado.

— ¿Qué pasa?

—Nada— ella forzó una sonrisa y se tumbó en la cama cubriéndose con la sábana. —Sólo quería dejarlo claro.

—Que te fías de mí— dijo él sonriendo de oreja a oreja— Y no te defraudaré, nena.

Su padre gruñó al otro lado. Hasta su padre lo había entendido. ¿Por qué él no lo entendía? — ¿Has traído las palomitas?

Cambiaron de tema y abrieron la cortina para que su padre participara. Cuando se fue la besó a toda prisa diciendo que tenía que irse. Que antes de volver iba a cenar algo al Peter´s.

—Dales recuerdos de mi parte. — dijo Big mirando de reojo a su hija.

Cuando se quedaron solos su padre le dijo— No seas impaciente, niña. Acabas de llegar.

—Sí, claro.

Al día siguiente no fue a verlos. Al parecer había llamado para preguntar por ellos y que les dieran el recado de que no podría ir por un problema en la mina alta.

El médico le dijo que si tenía cuidado y reposaba podría irse a casa la mañana del cuarto día. – ¡Genial!— miró a su padre que refunfuñó. — ¿Y papá?

—A él le quedan un par de semanas— Curtis sonrió y se sentó en su cama con la tablilla en la mano— ¿Es que ya quieres abandonarnos, Big?

—No sabes cuanto.

—Serás mentiroso. Sé que le tiras los tejos a la enfermera a todas horas.

—Sólo cuando está de turno. — dijo haciéndolos reír.

Curtis la miró y le dijo –Nada de trabajar como una loca.

—Vale.

—Se subirá a la primera excavadora que encuentre. —dijo exasperado levantándose.

—No lo dudes. — respondió ella divertida viéndolo salir.

—No te coseré de nuevo— dijo desde la puerta.

— ¿Y ese juramento?

—No sirve para inconscientes.

Salió de la habitación y su padre le dijo—Si no me gustara Rutherford, Curtis sería perfecto.

—No es Curtis, papá— dijo suavemente.

—Lo sé, hija. Lo sé desde hace años.

Al día siguiente fue a recogerla George en cuanto lo llamó y se sintió decepcionada de que no hubiera ido Allan. Hablaron de los trabajos de la mina y se quedó con la boca abierta al ver que el diente del diablo había desaparecido dejando la zona prácticamente despejada. —Habéis trabajado muchísimo.

—Allan ha hecho turnos de noche. Quería empezar a lavar en cuanto salieras del hospital.

—Acércame a la zanja.

—La hemos cubierto, cielo. Hasta que terminaran de limpiar.

Vio que había tres hombres armados cerca de la zona de trabajo vigilando todo. — ¿Esos son los de seguridad?

—Sí. — le guiñó un ojo llevándola hasta la caravana. —Ahora descansa.

—Sí, claro— se bajó lentamente porque tenía que caminar de puntillas con la pierna herida apoyándose en unas muletas.

—Malditos chismes— dijo entre dientes cuando llegó a los escalones. Escuchó unos pasos dentro de la caravana que le hicieron levantar la vista y ver allí a Allan sonriendo.

— ¿Estás aquí?

— ¿Y perderme tu pelea con las muletas?

—Muy gracioso— dijo tirándolas dentro y sentándose en la entrada de la caravana para subir apoyada en la pierna sana. Allan se apartó riendo. Cuando se puso a su altura sonrió— Ya está.

—No dudaba que lo conseguirías— le miró las piernas pues llevaba unos pantalones cortos— ¿Quién te ha llevado eso al hospital?

—George. –se le veía la mitad del vendaje por debajo del pantaloncito y él frunció el ceño.

—Se te ven las piernas.

—No me digas. Será porque las tengo. —se acercó cojeando y le abrazó por la cintura pegándose a él— ¿Me has echado de menos?

Él alzó una ceja – ¿No eras tú la que decía que sólo nos acostábamos?

—Eso no tiene nada que ver—se sonrojó ligeramente— ¿Me has echado de menos o no?

—No me ha dado tiempo. — respondió divertido.

Suspiró alejándose y Allan la abrazó a él— Tengo una sorpresa para ti.

— ¿Si?

Miró a su alrededor y vio un ramo de rosas blancas. —Son muy bonitas. –dijo emocionada porque nunca le había regalado rosas.

—No son mías— respondió molesto.

— ¿Ah no?— se acercó cojeando y cogió la tarjeta para leerla. –¡Del Peter´s!

—Los chicos recaudaron algo de dinero para darte la sorpresa.

Ella sonrió agradecida pensando en invitarles a unas rondas en cuanto pudiera acercarse. — ¿Y cual es tu sorpresa?

—He duplicado la plantilla.

—Ah— sonrió forzando las mejillas— Eso es estupendo. Cuanto antes terminemos mucho mejor.

Él se pasó la mano por el cabello antes de recoger las muletas del suelo— ¿Necesitas algo?

—Una radio— dijo mirando a su alrededor para verla sobre la encimera de la cocina— Ahí tengo una. Así que nada.

—Vale. — se acercó y le dio un beso rápido, pero volvió a abrazarla para besarla apasionadamente dejándola sin aliento. Cuando iba a abrazar su cuello se separó de ella y la sentó en el banco de la cocina antes de que cayera al suelo. — Ahora sí que me voy.

—Vale— susurró viéndole alejarse sin saber qué pensar.

Después de cuatro horas se subía por las paredes de su caravana. Se sentó en la puerta con la radio en la mano observando

el trabajo de la mina, pero como todo iba tan bien no tenía ninguna orden que dar. Eso la desesperaba. Después de otra hora cogió la radio y le dijo a George— Ven a buscarme.

— ¡Ni hablar!— dijo Allan –He dado órdenes de que nadie te haga caso a no ser para una emergencia.

— ¡No aguanto más! ¡Puedo estar sentada sobre la excavadora!

— ¡Tengo hombres de sobra que harán ese trabajo!

— ¡Yo soy la jefa aquí!

— ¡Estás de baja!

— ¿Dónde lo dice?

— ¡No seas pesada nena o voy y te quito la radio!

Se sonrojó al darse cuenta que todos estaban oyendo su conversación. Furiosa tiró la radio a un lado y esperó. Cuando llegó la hora de hacer la cena se dijo que era lo menos que podía hacer. Se puso a cocer unas verduras y a freír carne para un regimiento. También hizo puré de patatas pues a los chicos les gustaba. Puso la cena y comprobó que había bastante cerveza fría.

Cuando llegaron y vieron la mesa puesta la miraron como si fuera un ángel. — ¿No sería mejor que cenáramos fuera?— preguntó Allan al ver su ropa hecha un asco.

—Tranquilos. Sentaros a comer.

Puso las cervezas sobre la mesa y George abrió la suya rápidamente –Esto es vida. Como echaba de menos que estuvieras aquí, pequeña.

— ¿Sólo para que te hiciera las comidas?

— ¿Cocinabas tú?— preguntó Allan sirviéndose un filete.

—Nuestra chica nos ha alimentado desde los doce años. — dijo Melvin orgulloso.

—Era una lata tener que ponerse a cocinar después del trabajo.— añadió George con la boca llena.

—Si dejaba que cocinarais vosotros, hubiéramos comido espaguetis de lata el noventa por ciento de las veces. —se sentó a la mesa ante Allan.

—Así que eres la joyita del Yukón.

—Que bien te sienta el mote. –dijo George pensándoselo.

— ¿No es un poco largo?— preguntó Melvin.

— ¿Estáis de broma? ¡Todo el mundo se reiría de mí!

—La joya del Yukón. Me gusta— dijo George— No hay verdad más grande.

—Vale chicos, me estáis avergonzando.

Se echaron a reír y Allan se la comió con los ojos sonrojándola. Cuando los chicos se fueron después de beber un par de cervezas, Allan la ayudó a recoger y a lavar los platos. — Estás cansado. Deja que lo haga yo.

—Por secar cuatro platos no me voy a agotar.

— Cierra la puerta, ¿quieres? Empieza a hacer frío.

—Si tienes frío ahora ¿qué harías en invierno?

Distraída lavando los platos respondió— No voy a estar aquí en invierno.

— ¿Vas a volver a California para el invierno?

Ella lo miró al notar que había cambiado su tono de voz. — Siempre nos vamos para el invierno. En California también tenemos trabajo.

—Big estaba pensando en quedarse a vivir aquí.

— ¿Hablas en serio? ¿Con temperaturas bajo cero? Lo que no entiendo es porque os quedáis vosotros.

—Yo siempre he vivido aquí. Y en invierno no se está tan mal.

— ¿Y qué hacéis? ¿Miráis las paredes de la casa? Yo me volvería loca en dos días. —él dejó el último plato en la alacena y dobló el trapo. — ¿Allan?— se dio cuenta que había metido la pata al ver sus ojos. Parecía decepcionado y se sintió fatal— Entiendo que es tu ciudad y eso, pero…

—Has sido sincera. –forzó una sonrisa. –Me tengo que ir.

— ¿Te vas?— preguntó atónita. —Pensaba que te quedarías a dormir.

—No tengo ropa y tengo que repasar unos números del hotel. Además todavía tengo pendientes unas llamadas.

— ¿A esta hora? Si es por lo que he dicho, no entiendo porque te pones así. ¿Te he ofendido o algo?

—No. En serio, tengo trabajo.

Se le quedó mirando mientras iba hacia la puerta sin despedirse. Ella se apoyó en la encimera viéndole salir.

Fue hasta la cama y se acostó sin desvestirse mirando al techo pensando en qué había hecho mal. ¿Acaso tenía que decir que se quedaría allí? ¿Para qué, si él no le había pedido que lo hiciera? Se puso de costado abrazando la almohada. Estaba claro que se había molestado con el tema. Se había molestado mucho.

¿Se estaba comportando como una bruja con él intentando aparentar que todo le daba igual? Pero si le demostraba que le quería, saldría corriendo. Estaba segura. ¿O no?

Que le preguntara si se quedaría allí, podía significar que le importaba lo que hiciera. ¿O sólo se había ofendido por lo que había dicho de la ciudad? Por eso no te vas ¿o sí?

Estaba hecha un lío y seguro que hiciera lo que hiciera la fastidiaba, porque no tenía ni idea de cómo comportarse con los hombres en ese aspecto.

Capítulo 10

A la mañana siguiente después de una noche casi sin dormir, fue hasta la excavadora lentamente y se subió con esfuerzo. Decidió ir llenando los camiones que estaban vacíos allí y lo fue haciendo mientras llegaban los chicos para que ese trabajo estuviera adelantado. Estaba tan concentrada moviendo tierra porque ya había llenado los camiones que no vio que alguien se subía a su cabina sorprendiéndola— Apaga el motor— dijo Allan furioso.

— ¡No!

— ¡Apaga el motor sino quieres que te saque a rastras ante todo el personal!

— ¡Por favor!— rogó agarrándose al asiento. — ¡Me aburro!

— ¡Nena, por última vez! ¡Seguro que te has hecho daño al subir y como tengas sangre en la venda te envío a la ciudad!

— ¡No puedes hacer eso! Soy mayorcita para…

Allan pasó el brazo ante ella apagando la excavadora y quitándole las llaves. La cogió por la cintura y ella gritó agarrándose con fuerza a lo que podía. – ¡Sal ahora mismo!

— ¡No!

Los chicos se reían y Sam se puso como un tomate— ¡Esta me la vas a pagar!— dijo furiosa mientras tenía medio cuerpo fuera— ¡Me voy a hacer daño por tu culpa!

— ¡Entonces baja!

— ¡No!

—Jefe, es dura de pelar— dijo uno divertido.

—Es su excavadora, puede conducirla si quiere— dijo George apoyándola.

— ¡Eso!— Melvin se cruzó de brazos. — ¡Además, la jefa es ella!

—Ahí tienen razón, jefe –dijo uno rascándose la cabeza— No debería darle esa orden a la jefa.

— ¡Cerrar el pico!— la cogió por la cintura sacándola de la cabina y la dejó con las piernas colgando en el aire— ¡Cogerla antes de que se me caiga!

— ¡Serás idiota! ¡Es mi mina!

— ¡Hasta que Curtis no diga que puedes trabajar, te quedarás en la maldita caravana!

George y Melvin apartaron a dos mineros que solícitos iban a cogerla y la sujetaron por la cintura mientras Allan la bajaba sujetándola de las axilas. — ¿Sabes dónde podéis iros tú y el medicucho?—Los chicos se echaron a reír – ¡Te vas a enterar, Rutherford!

— ¡Nena, a la caravana!— le gritó furioso señalando su casa.

— ¡Que te den!

— ¡Me cago en la leche!— Allan bajó de un salto de la excavadora y ella chilló cuando la cogió en brazos mientras los chicos aplaudían.

— ¡Así se hace, jefe! ¡Enséñale quien manda!

— ¡Me estás humillando!— le siseó furiosa.

—Te estás humillando sola.

La sentó en las escaleras y le dijo –Dentro tienes unos planos que si quieres puedes revisar para entretenerte. ¡Eso si dejas de comportarte como una cría!

— ¡Serás imbécil!— le gritó— ¡Si piensas que voy a decirte donde está el oro después de lo que has hecho, eres más idiota de lo que pensaba!

Ignorándola fue hasta la zona de trabajo y le tiró las llaves a un operario que esperaba dentro de su excavadora. — ¡Estúpido creído!

Se levantó para entrar en la caravana cerrando de un portazo. Entonces vio los mapas sobre la mesa de la cocina y entrecerró los ojos. Con curiosidad abrió el primero y puso los ojos en blanco al ver que eran de las tierras altas. Se sentó en la mesa y estuvo

estudiando los planos toda la mañana, marcando las zonas calientes con una equis roja. Después de ver todas las explotaciones de Allan se quedó impresionada por el volumen de sus tierras.

Suspiró enrollando los planos y se puso hacer unos sándwiches para la comida. Oyó unos gritos fuera y en tensión fue hasta la puerta abriéndola a toda prisa. Los hombres corrían hacia la planta y vio que salía humo del generador. Asustada bajó de un salto sin hacer caso a la herida— ¡No! ¡No os acerquéis!

La explosión la dejó sin aliento viendo dos cuerpos volando por los aires y se quedó allí de pie horrorizada mientras los demás iban a auxiliarlos. Con el corazón saliéndosele por la boca, empezó a caminar cojeando antes de echar a correr— ¡Allan! ¡George!

No los veía por ningún sitio y se asustó. – ¡Allan!— pasó al lado de un camión y miró el interior pero estaba vacío. – ¡George! ¡Mel!

Siguió corriendo y vio a dos grupos. Aliviada vio a Melvin arrodillado en el suelo. – ¿Dónde está George?— gritó casi histérica — ¿Y Allan? ¿Dónde está Allan?

Apartó a uno de los hombres y vio un hombre lleno de quemaduras que no conocía pues tenía el pelo rubio y parecía joven. Nerviosa fue hasta el grupo de Melvin— ¿Es George?

Melvin levantó la cabeza apretando los labios. —Sí, cielo.

Apartó a los hombres y vio que su amigo no estaba tan mal. Tenía cortes y alguna quemadura pero estaba inconsciente. – ¡Que alguien llame a emergencias!—le tocó el pulso muy nerviosa.

—Está vivo, pequeña. —dijo Mel intentando calmarla.

— ¿Dónde está Allan?

—Fue a la mina alta a supervisar una obstrucción en la planta.

El alivio la invadió y miró a su amigo que abrió los ojos en ese momento— Decidido, este año me jubilo.

Ella sonrió antes de echarse a llorar del alivio. Se agachó a abrazarlo con fuerza –Debería matarte por darme este susto.

—Mi niña— la acarició por la espalda.

—No os podéis ir, sois mi familia.

Mel sonrió. —No te muevas, amigo. Harás compañía a Big. —él se echó a reír asintiendo.

— El jefe me va a echar la bronca por no ser más pesado con lo del generador.

— ¿A qué te refieres?—Le miró a los ojos y supo que pasaba algo — ¿Qué has querido decir?

—Le dije a Allan que deberíamos aprovechar los días sin lavar para cambiar las bombas de la gasolina que a mi entender estaban obstruidas.

Sam se quedó sin aliento— ¿Y qué te dijo él?

—Que habían sido revisadas al principio de la temporada como toda la maquinaria.

Se quedó de piedra y sin decir nada se volvió hacia el otro hombre que también estaba despierto, pero gemía de dolor. Se acercó hasta allí y le miró desde arriba por si tenía alguna herida sangrante para hacer algo. Le miró a los ojos— Enseguida llegará la ayuda.

—Intenté apagarla.

Ella sonrió con lágrimas en los ojos— Lo sé. Buen trabajo, chico. Eres muy valiente.

El chico intentó sonreír pero le debía doler la cara.

—Jefa, deberíamos trasladarlos— dijo uno de los operarios— Al parecer una de las ambulancias está en otra emergencia y la otra tardará en llegar.

—Coger mi camioneta. Tiene la caja más grande.

Uno de ellos echó a correr y se subió a su camioneta mientras volvía con George. Se arrodilló a su lado aunque le dolía la herida para cogerle la mano— Enseguida estaremos en la ciudad y te revisarán.

—Me duele la espalda.

Vio en sus ojos el miedo y Sam apretó los labios antes de gritar— ¡Traer unas tablas! ¡Hay que moverlos lo menos posible!

Varios salieron corriendo y en ese momento la camioneta de Allan llegó a toda prisa. Se bajó de la camioneta corriendo hasta

ellos y ella le gritó— ¿Dónde estabas?

— ¿Qué ha pasado?

— ¡El generador ha explotado!

La cara de asombro era evidente y miró a su obrero arrodillándose a su lado— Billy ¿estás bien?

—Sí, jefe. Me duele todo, pero estoy bien…

Era evidente que no era así pero el chico era un valiente. Allan se acercó a George y se arrodilló a su lado – ¿Cómo estás amigo?

—Como nuevo en cuanto me den una cerveza fría.

—Eso está hecho.

Sam hervía de furia y apartó a Allan para ponerse al lado de su amigo y cogerle la mano.

Unos chicos llegaron con dos planchas de acero que servían para las exclusas y las colocaron al lado de los heridos. Los trasladaron moviéndolos lo menos posible y los subieron a la camioneta de Sam. Se subió al asiento del copiloto y para su sorpresa Allan se puso detrás del volante— Esto es culpa tuya— le dijo furiosa.

— ¿A qué te refieres?

— ¿Te dijo George que había que cambiar las bombas de la gasolina?

Él apretó el volante— Me lo sugirió, sí.

— ¡Te lo sugirió!

— ¡Se comprobó toda la maquinaria al principio de la temporada! ¡Mis mecánicos dijeron que todo estaba en orden!

— ¡Evidentemente no era así porque George lo vio! ¿Sabes? ¡Yo nunca y digo nunca, pongo en riesgo a mis obreros e incluso si me cuesta dinero!

—Yo tampoco lo hago.

— ¡No te perdonaré que hayas puesto en peligro a mi familia!— gritó fuera de sí histerica.

Él la miró de reojo— Si lo he hecho, no ha sido a propósito.

— ¡Sólo faltaría!

Miró hacia atrás y un obrero cuidaba de sus chicos para que estuvieran lo más cómodos posible.

Cuando llegaron al hospital se encontraron con la ambulancia que salía en ese momento y los ayudaron a sacar a los heridos. Sam muy nerviosa se sentó en la sala de espera, porque hasta que no supiera lo que tenía George, no quería decírselo a su padre. Se pondría furioso.

Allan sentado con los codos sobre las rodillas se pasaba las manos por el pelo nervioso y ella susurró –Se pondrán bien.

—Eso no lo sabes.

Era cierto, no lo sabía. Pero empezaba a sentirse mal por haberle echado la bronca. Pero era un descuido imperdonable que podía haberle costado la vida a George. Eso por no hablar del otro chico que tendría cicatrices de por vida.

Se apretó las manos nerviosa y la enfermera de su padre se acercó— ¿Sam? Tienes una llamada.

Fue cojeando hasta el teléfono que ella le indicó – ¿Diga?

— ¿Se sabe algo?— preguntó Melvin muy inquieto. George era su amigo del alma y era lógico que estuviera así.

—No, todavía no— miró a su alrededor por si llegaba alguien, pero no era así— Estarán atendiendo a Billy que estaba mucho peor.

—He revisado el generador o lo que queda de él.

— ¿Si?— preguntó pasándose una mano por sus rizos rubios.

—Creemos que ha sido un cortocircuito lo que provocó la explosión.

— ¿Estás seguro de eso?

—No podemos estar seguros al cien por cien, pero una obstrucción en la bomba de la gasolina habría tenido otras consecuencias. Creo que si hubiera pasado eso, el motor habría gripado pero no explotado. El mecánico de Allan está aquí y cree que una chispa del cortocircuito provocó la explosión.

— ¿Y tú estás de acuerdo?— preguntó nerviosa.

—Sí, totalmente. Una cosa es que el motor se queme y otra que el combustible explote.

—Muy bien. Te llamaré cuando sepa algo.

—Bien, niña.

Volvió a la sala de espera y Allan la miró— ¿Se sabe algo?—Lo miró arrepentida mordiéndose el labio inferior— Joder ¿se ha muerto?

— ¡No! Es que el mecánico ha revisado el generador y al parecer hubo un cortocircuito.

Él suspiró de alivio y a Sam se le llenaron los ojos de lágrimas— Perdona.

— ¿Por qué?— se le notaba molesto— Metí la pata con lo de las válvulas.

Se sentó en la silla de plástico sin hablar y se dio cuenta que no quería ni mirarla. Se limpió las lágrimas muy nerviosa y durante las siguientes dos horas Allan no le dirigió una sola palabra.

Cuando llegó Curtis parecía preocupado— ¿Qué ocurre?

—El chico tiene algunas quemaduras importantes. Necesitará injertos.

—Lo que haga falta. Llévalo a otro hospital si es necesario.

— ¿Y George?—preguntó Sam impaciente.

—Oh, tiene algunos cortes y quemaduras, pero después de hacerle todas las pruebas parece que está bien. Se quedará esta noche con nosotros. Estará muy dolorido unos días.

—Le dolía mucho la espalda.

—Ha tenido suerte. A su edad una caída de ese tipo podía haberlo matado. Pero los de Yukón son muy duros.

—Es de Chicago. —dijo ella haciéndolo reír.

Allan apretó los labios antes de decir— Curtis, haz por Billy todo lo que necesite, yo tengo que irme a la mina.

—Bien, pero…

— ¿Vienes?— le preguntó a ella.

—Quiero ver a George— dijo asombrada.

—Entonces cuando llegue te enviaré a Mel. Así podrá verle él también. — se fue sin decir una palabra más y ella sintió que había fastidiado lo suyo si alguna vez había tenido una oportunidad.

Y de eso se puso a hablar con los hombres de su vida en cuanto entró en la habitación. Caminando de un lado a otro cojeando y

entre lágrimas soltó todo lo que tenía dentro sobre su relación con Allan, lloriqueando que la había fastidiado con el maldito generador.

Su padre y George movían la cabeza de un lado a otro mientras la oían despotricar sobre los complicados que eran los hombres y que no entendía a Allan. Se volvió hacia ellos con las manos en la cintura— ¿Bien?

— ¿Bien qué?— preguntó Big mirándola fijamente.

— ¿No tienes nada que aconsejarme?

—Si quieres pedirle perdón por haberte comportado como una mujer histérica sin cerebro, inmiscuyendo tus sentimientos en el trabajo, en lugar de una profesional que es lo que tenías que haber sido, sólo tienes que ir y decirle que lo sientes.

— ¡Ya le he dicho que lo siento! ¿Me estás escuchando? ¿O sólo lo aparentas?

—Niña, no le digas nada. Vendrá él solo si es el hombre de tu vida— dijo George sonriendo de oreja a oreja. —Ya lo verás.

— ¿Pero qué coño dices? Estás hablando de Rutherford. Le ha puesto verde y encima le dice que no vendría a vivir aquí ni loca. Si le gustaba algo en este momento no querrá ni verla. Seguro que tiene claro que nunca tendrá nada con ella.

Esas palabras la dejaron hecha polvo— No encontraría a nadie como nuestra niña en todo el maldito país. Es perfecta para él. Ingeniera de minas, con olfato para encontrar oro y adora esta vida. ¡Sería su esposa ideal!—dijo George dejándola todavía peor.

— ¿Así que sólo me querría porque tenemos el trabajo en común?

Su padre y George la miraron – Es importante.

—Ah. —el mundo se le cayó encima. Seguramente había pasado eso. Se había sentido atraído porque tenían aficiones comunes y ahora había descubierto que no estaba a la altura.

Una hora después llegó Melvin pero ella no estuvo atenta a la conversación porque no dejaba de darle vueltas a todo lo que había pasado. Cuando se despidieron, Melvin sugirió ir a cenar al Peter´s.

Lo entendía pues él hacía días que no iba. Aunque a ella no le apetecía nada hablar esa noche.

En cuanto entraron, todos se acercaron a ellos para preguntar como estaba George y enterarse mejor de lo que había pasado con Marc y Lara. Melvin dijo— Esperar a que me tome una cerveza que tengo el gaznate seco.

Los chicos les abrieron paso y Samantha se quedó de piedra cuando vio a Allan sentado en una mesa hablando con una chica pelirroja que sonreía como una hiena. Ni siquiera se dignó a saludarlos. Apretó los labios sentándose en la mesa dándoles la espalda, pero no podía evitar oír su conversación mientras Gilli les servía dos cervezas diciéndoles que les pondría la cena enseguida. Mientras Melvin empezaba su relato desde que Sam había llegado al Yukón, ella pudo escuchar decir a la hiena— Había pensado en ir a pescar con unos amigos este fin de semana. ¿Quieres venir?

—No sé si tendré tiempo. Ya sabes que en la temporada tenemos mucho que hacer.

—Es una pena. Alquilaremos una casita preciosa al lado de un lago. Podríamos montar en barca y hacer una buena fogata por la noche.

Sam apretó los dientes cogiendo su cerveza y bebiendo un trago. Vio que Albert la observaba y sonrió como si se estuviera enterando de todo lo que decía su amigo.

–También podríamos ir a ese concierto que anuncian en la radio. Se supone que habrá mucha gente y será divertido.

Doña planes perfectos empezaba a ponerla de los nervios y Gilli la miró desde detrás de la barra preocupada mientras secaba unos vasos.

—Lo del concierto es mañana ¿verdad? Sí, me apunto.

— ¡Genial! ¿Pasas a buscarme a las seis y media? Yo me ocupo de encontrar entradas.

—Seguro que las encuentras— dijo divertido— Se nota que tienes buenos recursos.

— ¿Sabes lo que se me ha pasado por la cabeza?— le preguntó con voz sensual. Ya la estaba viendo, seguro que lo estaba sobando, pensó furiosa. —Que podíamos irnos a dar una vuelta tú y yo solos para ver la luna.

La luna le enseñaba ella. Apretó la jarra con fuerza tensando la espalda y Albert entrecerró los ojos dando un paso hacia ella—Sam ¿cómo te va?— le preguntó –¿Te duele la pierna?— preguntó en alto interrumpiendo a Melvin que estaba dando una conferencia sobre la explosión de un motor.

Ella forzó una sonrisa— Me duele un poco, pero me pondré bien enseguida.

—Es la pierna derecha ¿verdad?

—Sí.

Se sentó a su lado sonriendo— Eres dura como una piedra. Si me hubieran pegado un tiro, de escopeta además, estaría en la cama lamiéndome las heridas y lloriqueando como un niño.

—Pues tenías que haberla visto esta tarde. Salió corriendo en cuanto explosionó el generador y se hizo cargo de trasladar a los heridos. Menudo susto se llevó, pero aún así estuvo ahí. Al pie del cañón como el mejor jefe de minas. Ni Big lo hubiera hecho tan bien.

—Cierto –dijo uno de los chicos— Y protegió a los chicos pidiendo tablas para que no les pasara nada si tenían una lesión en la espaldas.

—Vale chicos, tomaos la cerveza— dijo avergonzada— Yo no hice nada.

— ¿Y no te hiciste daño al correr? ¿Te ha revisado la herida el doctor?— preguntó Gilli preocupada dejando los platos en la mesa.

—Estoy bien.

Melvin frunció el ceño— Niña, ¿no te ha revisado la herida? La forzaste mucho al arrodillarte en el suelo.

— ¡He dicho que estoy bien!— dijo levantando la voz.

—Tranquilos chicos, es como superwoman— dijo Allan irónico— Sus ojos tienen rayos equis y tiene una superfuerza que la hace

invencible.

Sam apretó los labios apretando el tenedor. –Nadie es invencible — dijo Gilli sin hacerle gracia la broma— Y me parece admirable todo lo que ha hecho en tan poco tiempo. La verdad es que si yo tuviera que vivir ahí arriba en esas condiciones y hacer lo que hace ella, me pegaría ese tiro yo misma.

—No hago nada especial— dijo levantándose porque de repente ya no podía más –Albert ¿puedes llevar a Mel? Tengo que irme.

—Pero si no has cenado—respondió Melvin asombrado mientras salía del local a toda prisa.

Se subió a la camioneta reprimiendo las ganas de llorar y salió de allí acelerando a tope. Llegó a la mina en tiempo record y apretó los labios al ver los planos sobre la mesa. –Así que tengo superfuerza y rayos equis ¿verdad? – cogió los planos y los destrozó. – ¡Estúpido sabelotodo que no tiene ni idea! –chilló rompiendo el plano de la mina alta en cientos de pedazos. Abrió la puerta de la caravana y los tiró al exterior tirándoselos en la cara a Allan que estaba a punto de abrir la puerta. – ¿Qué haces tú aquí?— le gritó furiosa.

Allan bajó la vista lentamente y se quedó mirando los pedazos de los planos. Una gran equis roja estaba sobre su bota derecha. – Venía a por los planos.

— ¡Pues ahí los tienes!— gritó antes de cerrar la puerta en sus narices y de correr el pestillo. Se empezó a desvestir furiosa y se quitó la camiseta. Al quitarse los vaqueros apretó los labios al ver una mancha de sangre en la parte superior del muslo. Sin hacerle caso se metió en la cama escuchando el ruido del motor de la camioneta de Allan alejarse.

Tragó saliva intentando no llorar, aunque después de tres minutos ya no podía retener las lágrimas. Bueno, estaba claro que tenía que olvidarse de él. Ya estaba con otra dejando clara su posición. Debía ser profesional y continuar con su trabajo hasta que terminara la temporada. Ya vería lo que hacía al año siguiente porque ver a Allan todos los años…ver como estaba con otras…o como se casaba, era algo que no sabía si podría soportar. Igual

debería pensar en aceptar uno de los trabajos que le habían ofrecido. Estaban muy bien pagados y aunque ya no necesitaría el dinero porque ya no tendría que preocuparse por él nunca más, le ofrecían parte de lo que ella quería. Aunque no sería ella la jefa.

Pensar en no volver a ver a Allan nunca más la desgarraba y angustiada apretó la almohada entre sus brazos. Podría hacerlo, llevaría una vida con un hueco en su corazón que nunca se podría rellenar pero podría hacerlo. Ahora tenía que pensar en cómo superar el tiempo que le quedaba a su lado sin derrumbarse y suplicarle que la amara.

Capítulo 11

Al día siguiente se levantó muy temprano y se acercó al hospital porque la herida le dolía mucho. Cuando el médico de guardia le vio la herida dijo que se había infectado— ¿Tomas los antibióticos?

—Sí.

—Seguramente es porque se ha abierto y la has dejado así sin preocuparte. Estáis un poco locos los mineros.

—Sí— sonrió sin ganas— Estamos un poco locos. Fiebre del oro, ¿lo ha oído alguna vez?

El hombre que debía tener sesenta años sonrió— Algo ha llegado a mis oídos.

Le cosió otra vez la herida y le cambió el antibiótico. –Nada de esfuerzos ¿me oyes, Sam?

—Entendido doc. –No le apetecía discutir. Ya haría lo que le diera la gana.

—Tienes unas décimas de fiebre. Deberías descansar.

— ¿Puedo irme?

—Dentro de poco tu padre estará contigo y si los dos estáis lisiados, entonces sí que habrá un problema.

Entendió lo que quería decir y asintió. –No le diga nada a papá o se preocupará.

—Tranquila. Bastantes sobresaltos habéis tenido ya.

—Gracias, doc.

—Cuídate, Sam.

Pasó por la habitación de su familia y vio que George estaba de pie vestido con la ropa de trabajo del día anterior— ¿Qué rayos haces?

—Me darán el alta en unas horas, así que he pensado en irme contigo ahora.

— ¡No hasta que te den el alta!— miró a su padre que se encogió de hombros— ¿No piensas ayudarme?

—Con las ganas que tengo de salir de aquí, no se lo reprocho.

Les miró exasperada y le dijo a George— ¿Seguro que estás bien?

—Sí, ¿nos vamos? Hay mucho que hacer y este año me jubilo.

—Menudo mentiroso. — dijo divertida mirando a su padre.— ¿Cómo estás?

—Llévame contigo.

—Sí, claro. Otro inválido es lo que necesita la mina.

Su padre se echó a reír a carcajadas y Sam sonrió sinceramente. — ¿Necesitas algo? Hoy no podré venir pero sino te lo trae alguno de los chicos.

—La enfermera me tiene muy bien atendido— dijo con segundas.

—Más quisieras.

La risa de su padre les acompañó por el pasillo. — ¿Saben que te vas?

—Ya se enterarán cuando vean la cama vacía— respondió George sin darle importancia.

Al llegar a la mina vieron que la planta estaba funcionando. – ¡Al parecer ya tenemos generador!— dijo su amigo encantado.

—Claro que sí. Rutherford no puede permitirse ni un día— la ironía de su voz hizo que George la miraba.

— ¿Qué ocurre, pequeña?

—Nada. ¡Ya no ocurre, ni ocurrirá nada!

Se bajó de la camioneta y cojeó hasta la caravana cogiendo la radio— ¿Mel?

— ¿Si, niña?

— ¿Cómo va?

—Acabamos de empezar pero al medio día tendremos que cambiar las alfombrillas.

—Muy bien. Saca al chico de mi excavadora, voy a recuperar mi puesto. ¿Rutherford está por ahí?

—No. El generador lo trajeron los chicos. A él no le he visto.

Trabajó toda la mañana sin descanso y Allan no se pasó por allí. Recogió las alfombrillas y las miró metidas en los cubos mientras los chicos almorzaban. Recogería las de la tarde y llamaría a Allan para ver lo que hacían sino se pasaba por allí.

Al terminar por la tarde tenía diez cubos preparados para ser limpiados y llamó por el teléfono para ver que hacían.

–Rutherford— respondió él muy serio. Sabía que había reconocido el número y que le hablara así era muy significativo.

—Tengo diez cubos para limpiar y necesito las alfombrillas para mañana pues las otras están en el banco.

—Pues sube a la mina alta. –dijo en plan déspota antes de colgar.

Apretó los labios y les pidió a los chicos que subieran los cubos a la caja de la camioneta. — ¿Quieres que vaya contigo?— preguntó Mel preocupado.

El pobre estaba agotado y negó con la cabeza sonriendo— No, allí me ayudarán.

—Estoy impaciente por ver lo que tienes ahí.

—Y yo— respondió intentando aparentar el mismo entusiasmo.

El viaje a la mina alta fue rápido pues sólo había veinte kilómetros. Al pasar por la mina se dio cuenta que Allan no había cambiado la ubicación de la explotación, ignorándola totalmente— Estúpido engreído. —siseó apretando el volante.

En cuanto llegó al contenedor donde había limpiado la otra vez, frunció el ceño al ver otra camioneta azul brillante. La puerta estaba abierta, así que hizo el mismo sistema que la vez anterior. Entró en él marcha atrás.

Al bajar de la camioneta vio a un hombre que unos sesenta años que no conocía— ¿Señorita Wilcox?—se acercó sonriendo— Soy Johnson, el jefe de mina de Rutherford.

— ¿Él no está aquí?— preguntó sorprendida dándole la mano.

—Me ha encargado la limpieza y comprobar los recuentos.

Aquello era increíble. Por no decir que la acababa de insultar insinuando que no se fiaba de ella con el pesaje. Podía haberle dicho que subiera a utilizar el equipo y que le dejara allí el treinta por ciento, pero había enviado a alguien de confianza para supervisar.

Forzó una sonrisa— Pues empecemos.

Tres horas después al fin terminaba y estaba agotada. Se pasó una mano por la frente e hizo una mueca al ver que estaba algo caliente. Seguramente porque habían olvidado tomar las pastillas y ahora que lo pensaba ni siquiera había comido. — Aquí tiene, señorita Wilcox.

—Llámame Sam— Cogió sus treinta y un kilos metidos en dos cubos y los colocó con cuidado en el asiento del copiloto— Dile a Rutherford que mañana quiero contar lo del banco y que recuerde que tiene mi parte anterior.

—Sí, Sam— dijo mirando sus tarros de cristal llenos de polvo de oro con los ojos como platos. —Esta recogida es increíble.

—Pues si estás aquí mañana vas a alucinar. Además traeré lo de mañana también. — le guiñó un ojo antes de subirse al coche.

Los chicos la esperaban para saber noticias y cuando vieron el resultado se rieron como niños. — ¿Qué os parece, chicos?

—Increíble.

—Mañana contaremos lo anterior.

Estuvieron hablando un rato y puso los cubos al lado de su cama. Mel le dio una pistola y después de cenar algo y tomar la medicación se acostó porque estaba agotada.

A la mañana siguiente se encontraba mucho mejor. Incluso la pierna le dolía menos. Recordó tomar la medicación después de desayunar abundantemente y le dijo a Mel por radio— Voy a lo que hablamos ayer.

—Vale, niña.

Subió los cubos a la camioneta y los llevó a vender el oro. El hombre ya estaba advertido y tenía bastante dinero en efectivo.

Dinero que ella después llevo al banco. Estaba a punto de salir del banco cuando vio a Allan que estaba aparcando. No quería hablar con él, así que hizo que no le veía y fue hasta su camioneta.

— ¿Samantha?

Apretó los labios con la puerta de la camioneta abierta y se volvió sobre su hombro. Allan se acercaba a ella mirándola enfadado— He venido a por lo que hay en la cámara.

—Estupendo.

—Para ser alguien que confiaba en mí, parece que eso se te ha pasado. ¿Ahora tienes prisa por recaudar?

—Estás buscando fantasmas donde no los hay. Creía que después de enviar a tu capataz me estabas diciendo que no te fiabas de mí, así que cuando antes las cuentas estén claras, mejor para todos. –se subió a la camioneta y le miró por la ventanilla.

— ¿Estás bien? Estás algo pálida— dijo Allan dando un paso hacia la puerta.

—Soy superwoman ¿recuerdas?— sonrió con ironía— Puedo con todo. — dio marcha atrás y se alejó de el calle abajo.

Por la tarde no tenía buen aspecto y Mel se dio cuenta— ¿Quieres que vaya yo?— le preguntó metiendo los cubos en la camioneta.

— ¿No te importa? La verdad es que estoy algo cansada.

—Claro, niña. Descansa.

—Te dejaré los cubos cerca de la cama cuando termine.

—Van a ser unos cuantos— dijo divertida.

—Estoy deseando verlo.

Se puso una camiseta de su padre y se fue a dormir después de tomar las pastillas. Una noche de descanso era lo que necesitaba.

Escuchó como alguien se movía por la habitación pero no abrió los ojos pues sería Mel dejando los cubos. — ¿Niña? ¿Estás bien?

Abrió lentamente los ojos— Claro, ¿ya has vuelto?

—Niña, son las once de la mañana.

Sorprendida se sentó lentamente en la cama— ¿De veras?

Mel la miró preocupado. — ¿Seguro que estás bien?

—Debe ser el cansancio acumulado. –sacó las piernas de la cama. Estaba cansada pero parecía que ya no tenía fiebre.

—Entonces come algo y vuelve a la cama. Nosotros nos encargamos de todo.

— ¿De verdad?— preguntó con lágrimas en los ojos.

—Claro que sí— dijo tiernamente acariciándole la mejilla— Estamos aquí y no te dejaremos.

—Gracia, Mel. —se abrazó a él y le acarició los rizos rubios— Te quiero.

—Y yo a ti, mi niña. Ahora descansa.

Cuando Mel se fue, comió una tostada con las pastillas y volvió a la cama. Durmió durante todo el día y cuando dejaron los cubos sin hacer ruido, apretó los ojos con unas ganas terribles de llorar porque Allan no había ido a ver como se encontraba. Eso significaba que le daba absolutamente igual.

Al día siguiente se levantó pensando que debía empezar a ser la de siempre. Fue al banco con el cheque que le había dado el vendedor de oro y la recibió el director del banco encantado. Los días siguientes fueron todos iguales. Se levantaba y trabajaba todo el día hasta que llegaba la hora de pesar el oro. Allí la esperaba Johnson y cuando terminaba, volvía a la caravana a dejar el oro antes de ir a ver a su padre que estaba a punto de volver a casa. No se pasó por el Peter´s otra vez, porque no se atrevía a ver a Allan. No confiaba en sí misma porque igual se tiraba a sus brazos, como podía darle un puñetazo por imbécil.

Cuando su padre volvió a casa, comenzó otra rutina porque también tenía que encargarse de él y aunque se encontraba mucho mejor de la pierna pues ya no tenía los puntos, tenía el muslo muy dolorido por los daños a los músculos. El médico le dijo que tardarían en curar y más sino descansaba.

Los días dieron pasos a las semanas y ya empezaba a hacer frío. El trabajo estaba tan avanzado que ya habían llegado a la veta. Los chicos estaban pletóricos sacando las rocas de oro con las manos y

su padre que nunca había visto nada igual, era el hombre más feliz del mundo, mientras que ella intentaba disimular la pena que la recorría.

Quedaban dos semanas para cerrar la mina pues casi habían terminado, cuando salió de la tienda con dos bolsas de víveres en los brazos. Al llegar al aparcamiento la llamaron y ella se volvió con una sonrisa. Gilli corría hacia ella con una cazadora azul eléctrico— Hola.

—Hola, ¿cómo te va?— respondió metiendo las bolsas en la camioneta.

— ¿Seguro que estás bien? Hace semanas que no pasas por el bar.

—He tenido mucho trabajo— dijo perdiendo parte de la sonrisa.

—No estás enfadada con nosotros ¿verdad?

La miró sorprendida— ¡No, claro que no!

—Sí, ya sé que has tenido mucho trabajo. Tu éxito recorre el territorio de Yukón. – la chica sonrió ampliamente— Pero también hay que divertirse.

— ¿De veras?

—Vamos a hacer una fiesta de despedida este sábado, porque algunos ya se van la semana que viene. ¿Vendrás? Lo pasaremos bien, habrá baile…— le rogaba con la mirada y ella no sabía qué decir— Venga Sam, seguro que te lo pasas bien.

—Está bien— sonrió intentando parecer animada y Gilli chilló de alegría. —A dos barriles invitamos los Wilcox.

— ¡Genial! –Gilli se alejó— ¡Te veo el sábado!

Asintió subiéndose a la camioneta y perdió la sonrisa al encender el coche.

El sábado Mel empujaba la silla de ruedas de Big hacia la puerta del bar y ella observó a sus amigos. Todos se habían puesto sus mejores ropas para la fiesta –Estás preciosa, cielo—dijo su padre orgulloso.

Ella miró su vestido rosa de gasa. Lo había comprado porque ocupaba poco espacio y no se arrugaba demasiado. Aunque también

le quedaba estupendamente con sus finos tirantes y la falda cayendo desde sus caderas hasta encima de las rodillas. Los tacones eran algo más complicados de llevar porque después de un par de horas le dolerían los pies. Sus rizos rubios brillaban alrededor de su cara y sabía que tenía buen aspecto.

—Los moscones nos darán la noche— dijo George abriendo la puerta para que pasara Big.

—Tranquilo, he traído la pistola.

La respuesta de su padre la dejó con la boca abierta— Estás de broma ¿no?—su familia se echó a reír y ella suspiró de alivio. —Muy graciosos, chicos. Ja, ja.

La música estaba más alta que de costumbre y se habían quitado parte de las mesas para dejar espacio a la pista de baile. También había más mujeres que de costumbre y supuso que algunos habían llevado a sus novias. Al verlos llegar unos chicos les cedieron la mesa y ella se sentó después de saludar con la mano a Gilli que estaba detrás de la barra sirviendo jarras y jarras de cerveza— Vaya, está muy animado.

Se apartó un grupo y vio a Allan en la barra hablando con la pelirroja. Llevaba unos pantalones negros de vestir y una camisa blanca. A Sam se le cortó el aliento porque nunca lo había visto tan guapo. Hizo una mueca porque la pelirroja llevaba un vestido rojo muy bonito y se notaba que era caro, al contrario que el suyo que era de un gran almacén. — ¿Quién es esa que habla con Rutherford? —preguntó su padre molesto.

—Una chica de Glenboyle. — respondió Mel entre dientes. — Lleva saliendo con ella semanas.

Su padre la miró a los ojos y ella desvió la vista avergonzada. – Hola, chicos— dijo Gilli dejando cuatro jarras de cerveza sobre la mesa. –De parte de los demás gracias por los dos barriles. —dijo radiante.

—Estás muy guapa, Gilli— comentó mirando su vestido negro ajustado.

—Albert me ha pedido un baile— canturreó mientras se alejaba haciéndolos reír.

Uno de los chicos de su mina la sacó a bailar y aunque iba a negarse, vio a Allan en la barra riendo, así que se decidió por puro orgullo. Al pasar a su lado él la miró, pero Sam sonrió a su pareja antes de sujetarse en sus hombros. El chico le preguntó si volvería el año que viene, porque si lo hacía le encantaría trabajar para ella.

—Pero trabajas para Rutherford.

—Estamos aquí para ganar dinero y contigo sé que lo haré. No quiero ser minero toda la vida. Quiero volver a casa y poner uno de los mejores talleres de la ciudad.

—Eso es estupendo.

—Así que si me aceptas, seré el tío más feliz del mundo.

— ¿Me permites?— preguntó Allan interrumpiendo el baile.

El chico no se podía negar y sonrojado asintió. —Claro, jefe.

Allan con los labios apretados la cogió por la cintura – ¿Qué te estaba diciendo?

—Cosas nuestras. — respondió mirando a su alrededor. Sintió que apretaba su cintura.

—Cosas vuestras ¿eh? No sabían que tenías tanta confianza con mis chicos.

—Tú no sabes muchas cosas. — miró a su padre que los observaba con los ojos entrecerrados.

Se quedaron en silencio durante unos segundos y afortunadamente la canción terminó. Le miró sin querer a los ojos y forzó una sonrisa— Gracias por el baile.

—Sam…

—Me toca— dijo Albert tras ellos.

Sam sonrió aliviada y sujetó a su amigo por los hombros— ¿Cómo te va, Albert?—preguntó dándole la espalda a Allan que se quedó allí de pie.

Albert se le quedó mirando sujetándola por la cintura y perdió la sonrisa— Mejor dejamos el baile para otro momento.

—Sí, será lo mejor— la voz de Allan decía que tenía ganas de arrancarle la cabeza a Albert y ella se volvió sorprendida.

— ¿Qué pasa?

Allan la cogió de la muñeca y tiró de ella hasta la puerta del bar. La sacó hasta el aparcamiento – ¿Qué haces?

—Tengo que hablar contigo.

—Si es sobre la mina…

— ¡No es por la maldita mina!

— ¡No me grites!— se cruzó de brazos –Bien, ¿qué tienes que decirme?

—Te vas en dos semanas y no hemos hablado de lo que ha pasado. —se metió las manos en los bolsillos del pantalón.

— ¿Y de qué tenemos que hablar?

La sorpresa de sus ojos fue evidente –Pues de la concesión del año que viene. De…

—No voy a volver.

Allan apretó las mandíbulas y desvió la mirada caminando de un lado a otro. –Vale, ¿primero me retas delante de todos por la maldita mina alta y ahora me dices que no vuelves?

—No tendrás problema para encontrar a alguien. Ahora sino te importa…— se volvió para entrar en el local.

— ¡Joder, escúchame!

Se volvió lentamente— ¡Es que no quiero escucharte!— le gritó furiosa. – ¡Me iré y ya está! ¿Para qué quieres darle más vueltas?

—Pensaba que entre tú y yo había algo.

—Sí, lo había. Pero tú decidiste alejarte.

— ¡Tú me alejaste! Fuiste tú la que me dijiste que no me perdonarías nunca lo del generador y…

Incrédula dio un paso atrás— ¿Me estás echando en cara unas palabras dichas en un momento de pánico de las que luego te pedí disculpas? ¡Al menos ten la decencia de decir la verdad! –dio un paso hacia él furiosa— Cuando te dije que no viviría aquí cambiaste radicalmente de actitud, te fuiste y al día siguiente pasó lo del

generador. ¡Fuiste tú el decidió alejarse! ¡No querías ni verme ni para el pesaje! ¡Y eres tú el que esta con esa! –dijo señalando el local.

— ¡No quería…no sé lo que quería!— le gritó.

Ella apretó los labios— ¿Pues sabes qué? ¡Me importa una mierda!— abrió la puerta del bar furiosa viendo su cara de sorpresa. —He decidido aceptar el trabajo en el Estrecho de Bering la próxima temporada. Allí seré jefa de ingenieros y como sabes no necesito el dinero. De hecho me voy mañana para ir a firmar el contrato.

—No estás hablando en serio. —preguntó asombrado intentando cogerla.

—Claro que sí— entró en el local dejándolo atrás. Y así sería para siempre. Estaba harta de llorar por las noches y estaba harta de tener miedo a no volver a verlo. Era hora de erradicar para siempre a Allan de su vida.

Capítulo 12

—Sí, esa parte tiene buena pinta— dijo a su ayudante señalando el plano de la mina. –Que mañana hagan una extracción de prueba y veremos lo que encontramos.

—Muy bien, Sam.

—Y Brody…— su ayudante de cincuenta años se volvió sonriendo — Como vuelva a pillar a los chicos bebiendo en el trabajo los despediré en el acto.

—Se lo dejaste claro con esa mirada.

A Sam le sonó el móvil y respondió sonriendo mirando por la ventana de su despacho— Wilcox.

—Hola, hija.

— ¡Papá! ¿Qué sorpresa? –se sentó en su asiento de cuero acercándose a la mesa.—¿Cómo va todo?

—Pues…—entrecerró los ojos –Estoy en el Yukón. Al final nos hemos decidido a volver. Mel y George están encantados con la nueva concesión.

Sam perdió la sonrisa lentamente intentando no pensar en Allan — ¿Ah si?

—Tienes que venir, hija. —dijo de repente.

—Papá, te dije que no volvería otro verano. Ahora tengo otro trabajo y…

—Allan ha tenido un accidente y te necesita aquí.

— ¿Un accidente? ¿Qué tipo de accidente?— se llevó una mano al pecho porque sintió que se le retorcía el corazón.

—Volcó con la excavadora.

—Oh Dios, ¿está bien?

—Tan bien como se puede estar después de tener un accidente grave.

— ¿Qué?— pálida sintió que se desmayaba.

—Sobrevivirá hija, pero necesita ayuda porque no tiene a nadie que supervise el trabajo y me ha pedido que te llame.

— ¿A mí?

—Dice que sólo tú puedes hacerlo.

Sintió que los ojos se llenaban de lágrimas – ¿Pero está bien?

—Cielo, no te preocupes. Es fuerte como un toro. Se recuperará. —la voz de su padre le indicaba que estaba muy preocupado y si la había llamado es que era algo serio. Miró la oficina mordiéndose el labio inferior.

—Si me voy ahora, no podré volver ¿y qué haré después?

—Te entiendo de verdad. Pero siempre puedes trabajar conmigo.

—No quería volver al territorio del Yukón— una lágrima cayó por su mejilla.

—Eso tienes que decidirlo tú, cielo. Pero te necesita.

Suspiró pasándose la mano por la frente y se dio cuenta de que su mano temblaba. –Te llamo mañana con la respuesta.

—Claro, piénsalo esta noche.

En realidad no lo pensó porque en cuanto colgó, levantó el teléfono interior de la oficina y llamó a su jefe para renunciar. Al decirle que un familiar suyo había tenido un accidente, entendió perfectamente que tuviera que ir a encargarse de su explotación y le ofreció volver cuando quisiera, cosa que la sorprendió un poco pues creía que echaría pestes por la boca.

Esa noche hizo su mochila y a las cinco de la mañana salía hacia Dawson en un avión privado que había contratado.

Al aterrizar en el aeropuerto recordó el año anterior mordiéndose el labio y bajó por la escalerilla tomando aire. Aquello iba a ser duro si tenía que ver a Allan todos los días, pero no podía dejarlo en la estacada. Había intentado olvidarlo, pero no haber aceptado una cita en meses significaba que no era así. Y si la necesitaba, ella estaría ahí aunque le doliera.

Al salir del aeropuerto se quedó de piedra al ver a su padre sentado en su camioneta roja mirándola con una gran sonrisa— ¿Cómo sabías que venía y que estaría aquí a esta hora?

—Un pajarito de la torre de control me lo ha dicho.

Se echó a reír entrando en la camioneta y abrazando a su padre — ¿Qué tal papá?

—No voy a cambiarme de caravana. Me la diste cuando te fuiste, así que tendrás que buscar otro sitio.

—Menudo recibimiento— dijo divertida. — ¿Y dónde voy a dormir ahora?

—No tengo ni idea— le guiñó un ojo como si guardara un secreto.

—Papá ¿qué ocurre?

— ¿Quieres ir primero al hospital?

—Sí, claro. —respondió confusa —¿Dónde estáis ahora?

—En la mina del oeste.

—Tiene buenas tierras –dijo distraída mirando la ciudad.

— ¿Alguna idea?

Se echó a reír y negó con la cabeza— Venga hija, una pista…

—Volveré a mirar los planos ¿vale?— frunció el ceño al ver que se desviaban a las afueras del pueblo. —Papá ¿dónde vamos?

—A ver a Allan.

— ¿Pero no estaba en el hospital?

— ¿He dicho hospital? Quería decir su casa.

Lo miró confundida— Pero si la casa de Allan está en el pueblo. Papá ¿estas bien?

—Se ha mudado.

— ¿Se ha mudado del pueblo? Dios mío entonces en invierno está aislado del todo— dijo sintiendo un escalofrío.

Su padre apretó los labios— En realidad le he comprado la casa del pueblo.

Le miró atónita. — ¿Hablas en serio?

—Sí. No quiero tener que volver a California. Aquí es donde soy más feliz y donde están mis amigos.

—Pero papá, estarás solo y…—se quedó con la boca abierta al ver una enorme casa de madera con grandes ventanales que daban al valle. Era tan bonita que quitaba el aliento— ¿Esa es la casa de Allan?

—Todavía la está terminando. No tiene cocina— dijo divertido— Pero es preciosa ¿verdad?

Vio que en el techo tenía muchas salidas de chimenea— Por Dios pero cuantas chimeneas necesita una casa.

—Esta tiene una es cada habitación. Y tiene cinco.

— ¿Y para que quiere Allan una casa de cinco habitaciones?— se quedó sin aliento— Se va a casar con la pelirroja.

— ¡No! Claro que no.

Suspiró de alivio porque para eso sí que no estaba preparada. Su padre aparcó ante la casa y sonrió— Bien, vamos allá.

Ella se bajó del coche algo nerviosa y su padre hizo lo mismo. – Será mejor que entres sola para hablar con él. No quiero interrumpir. Te esperaré aquí.

—No, ven conmigo— dijo insegura.

—Hija, lo que tengas que hablar con Allan no es problema mío. Tú has decidido venir y tú debes hablar con él.

Apretó los labios y caminó hasta los tres escalones de madera. La verdad es que la casa era preciosa. Miró por los ventanales y no vio actividad por ningún sitio. Frunció el ceño volviéndose a su padre que la animó con la cabeza—Entra.

Cogiendo aire, agarró el pomo de la puerta y giró. Entró en el enorme recibidor que prácticamente estaba vacío— ¿Hola? –cerró la puerta y bajó los tres escalones que daban al salón. La chimenea de piedra era enorme y no pudo evitar sonreír. Vio unos ventanales de pared a pared y se dio cuenta de que era una terraza. La vista era increíble. Se volvió y se preguntó si Allan estaría descansando en la habitación. – ¿Allan?

Fue hasta la gran escalera y subió lentamente mirando a su alrededor. Cuando llegó al piso de arriba, buscó en las habitaciones que estaban vacías hasta llegar a la del final del pasillo. Se detuvo

en seco al ver a Allan mirando por la ventana de espaldas a ella y para su sorpresa parecía estar bien. Se volvió lentamente y ella le miró de arriba abajo atónita— ¿Qué coño está pasando aquí?— furiosa entró en la habitación mirándolo asombrada— ¿Me habéis engañado?

—Quería que vinieras. —Sam sintió que le daba un vuelco el estómago y le miró a los ojos— Necesitaba que vinieras.

— ¿Por qué?

—Porque te quiero y te necesito a mi lado.

— ¿Qué?—sintió que se mareaba de la impresión.

Allan se acercó a ella lentamente como si no quisiera asustarla y la cogió de las manos— Nena, me enamoré de ti esa noche en el Peter´s cuando hiciste la apuesta…

—Pero te alejaste…— susurró sin poder creérselo.

—Sentí que no querías lo mismo que yo. Decías que no querías casarte ni loca, que no querías vivir aquí…

—No quería que pensaras que quería cazarte. Bueno, aunque lo de vivir aquí, pues qué quieres que te diga…

Allan sonrió— Por eso me alejé y después del accidente pensaba que ya no querías ni verme. Me di cuenta de mi error la noche del baile y que había metido la pata hasta el fondo, pero ya no sabía como arreglarlo.

—Podías haberme dicho que me querías— dijo con lágrimas en los ojos.

—Decidí que lo mejor era dejar que pasara el tiempo y si venías esta temporada te reconquistaría.

—Pero no volví.

Él apretó los labios— Te quiero, nena. Ya no puedo estar más tiempo sin ti. Dime que me quieres. —una lágrima cayó por su mejilla— Dime que serás mi esposa y que no me dejarás nunca más. — parecía casi desesperado y ella se abrazó a su cuello. Allan la apretó a él con fuerza— No puedes dejarme. Te he hecho una casa para que no pases frío. –ella se echó a reír contra su cuello— Dios

mi amor, como echaba de menos tu olor— susurró antes de besarla en el lóbulo de la oreja.

—Te quiero. Te quiero tanto que no puedo vivir sin ti.

Allan la apartó para mirarla a los ojos— Mi vida, no te voy a defraudar, lo juro. –la besó suavemente en los labios y sonrió al darse cuenta de que quería más.—Tenemos que hablar.

—Después –dijo acercando sus labios y besándole. Allan gimió cuando le saboreo y la pegó a él con ansia.

Un carraspeo hizo que se separaran como si estuvieran hecho algo malo y su padre estaba en la puerta. –Como veo que tenéis mucho de lo que hablar, lo mejor es que vaya a trabajar— dijo divertido. —Alguien tiene que hacerlo en esta familia.

—Gracias, papá.

— ¡Big, vas a ser mi suegro!— dijo Allan exultante abrazándola por los hombros, pegándola a su pecho.

—Ya era hora— dijo su padre volviéndose— Y compra muebles para mi niña. No puede dormir en el suelo.

Allan se echó a reír y Sam miró a su alrededor asombrada— ¿Dónde está la cama?

—Me quedaba en mi caravana. No quería elegir nada sin ti. Yo no tengo buen gusto.

—Alguien que hace una casa así no puede decir eso— dijo abrazándolo por la cintura mirándolo a los ojos— Te quiero.

—No me cansaré nunca de oírlo— le acarició sus rizos rubios y susurró. —Estás preciosa— Se agachó arrodillando una pierna y cogiéndole la mano— Samantha Wilcox ¿quieres ser mi esposa?— sacó algo del bolsillo y se lo puso en el dedo anular mientras ella asentía inmensamente feliz.

—Sí, quiero.

Cuando apartó la mano se echó a reír al ver una pepita de oro cortada como si fuera un diamante y engarzada en un maravilloso anillo de platino que tenía diamantes en el aro. Era tan precioso que le saltaron las lágrimas. –Perfecto para mí.

—Hecho especialmente para la joya del Yukón. — dijo antes de besarla.

Epílogo.

La fiesta de Nochevieja que habían organizado en la casa nueva era todo un acontecimiento. A pesar de las bajas temperaturas, no faltó nadie llegando hasta ella con sus motos de nieve y sus coches adaptados. Todavía la asombraba que procuraran tener una vida lo más normal posible y tener que salir vestida con un mono especial para no pasar frío, pero a todo se acostumbraba una y más si estás al lado de la persona que amas. Sonrió sentada en el sofá hablando con Gilli que se había convertido en su mejor amiga— ¿Y cómo te encuentras?— preguntó viendo su enorme vientre.

—Muy bien. La verdad es que no he tenido ninguna molestia y sólo tengo que esperar dos semanas para verle la cara. Allan está como loco— miró a su marido que hablaba con su padre.

—La verdad es que estás preciosa.

Dejó el vaso de zumo sobre la mesilla y frunció el ceño al sentir otra patada. Se frotó el vientre y suspiró. –Con los paseos que me hace dar Allan para que esté fuerte para el parto, no me extraña. Además vigila todo lo que como. Es un dictador. Tenías que verle si me como un bollo de más en el desayuno.

—Eso es para que estés en forma. –dijo Gilli riéndose— Le he visto leer en el Peter´s un libro sobre el embarazo y la vida sana.

—Lo tiene en la mesilla de noche y lo consulta cada poco –dijo exasperada. —me pone los nervios y eso que se lo he escondido varias veces. Pero siempre lo encuentra.

Gilli se partía de la risa y Allan se acercó sonriendo— ¿De qué os reís?

—De tu manía de vida sana— dijo cogiendo el vaso de zumo para beber cuando sintió que se mojaba las piernas. Miró hacia abajo sorprendida viendo su vestido de lana azul mojado entre las piernas. –Mierda. — miró el vaso por abajo pero no se había roto y después se volvió a mirar entre las piernas.

Allan la miraba pálido— ¿Nena?

Levantó la vista— No se me ha caído el zumo ¿verdad?

— ¡Nena, has roto aguas!— gritó medio histérico mirando a su alrededor. — ¡Curtis!

—Shuss— dijo ella levantándose del sofá de cuero marrón estilo inglés. — ¡Trae un trapo para limpiar esto!

— ¡Deja el maldito sofá, mujer! ¡Estás de parto!

Ese grito hizo que todos en la fiesta se volvieran hacia ellos y Sam se sonrojó por ser el centro de atención— No pasa nada.

Curtis se acercó con un vaso de whisky en la mano y Allan levantó los brazos al cielo al ver que estaba algo chispa. — ¡Felicidades, chicos y Feliz Año Nuevo!

— ¡Estupendo! Esto es estupendo. El médico está cogorza.

— ¿Quieres calmarte?— preguntó acercándose a su marido sonriendo— ¡No me duele nada!

—Nena, has roto aguas. Vamos al hospital— dijo cogiéndola del brazo.

— ¿Sam?

Miró a su padre que estaba muy preocupado. — No pasa nada, papá. Es un exagerado.

Mel y George negaron con la cabeza— No podéis salir ahora. Está cayendo una buena nevada.

—Ay, madre— dijo Allan deteniéndola— ¿Por qué te tienes que poner de parto en este momento?

Lo miró asombrada— ¡Perdona porque tu hija quiera salir! Debe ser por culpa de la dieta a la que la sometes. ¡Ha olido la tarta de chocolate de Gilli y como sabía que no la dejarías probar bocado dice… ahí voy!

Allan chasqueó la lengua mirando a su alrededor— Voy a llamar para ver que hay que hacer.

—Tenerlo en casa si no se puede salir— dijo la señora Peter que había tenido a sus seis hijos en casa.

Eso sí que la puso nerviosa. — ¡Sácame de aquí, Allan!

Su marido salió corriendo de la casa cogiendo una cazadora y Curtis se acercó sonriendo como un idiota— ¿Quieres que te examine?

— ¿Cuantos dedos hay aquí?— le puso tres dedos ante la cara.

—Tres.

Hizo una mueca porque había acertado y miró a Gilli que dijo resignada. —Sólo le tienes a él.

—Esperaré a que llegue Allan.

Su marido entró cinco minutos después calado por la nieve. — No puedo arriesgarme a llevarte así. –dijo asustado. —Si dejara de nevar. Pero es que no se ve nada.

—Tranquilo, Curtis se está tomando un café bajo la atenta mirada de papá que ha amenazado con partirle las piernas sino se espabilaba. — le guiñó un ojo y vio como su marido se relajaba.

—Has hecho la gimnasia prenatal. Las respiraciones y todo lo que decía el libro. Puedes con esto.

—Claro que sí. Y tendremos a nuestra joyita con nosotros en nada de tiempo— sonrió radiante y Allan se acercó a ella para sujetar su nuca antes de besarla con pasión. Se apartó lentamente y sus ojos reflejaban que estaba muerto de miedo. –Te quiero y prometí no dejarte. Todo va bien.

Tres horas después

— ¡Me cago en la puta, lo que duele esto!—gritó Sam desde el piso de arriba.

Mel, George y Big sentados en el sofá miraron hacia arriba— Menudo repertorio que tiene la niña.

Su padre hizo una mueca mientras Gilli soltaba una risita— ¿Qué queréis, criada entre mineros?

El cura al fondo de la habitación se santiguaba cada vez que oía un taco y en la última hora lo hacía mucho. Le iba a dar un tirón en el brazo en cualquier momento.

— ¡Te juro Rutherford, que lo único que vas a volver a perforar en la vida será la tierra de una de tus asquerosas minas!— volvieron a mirar hacia arriba sonriendo.

—Pobre Allan. Da miedo— dijo Mel antes de beber de su whisky.

—Se le pasará, ¿no?— preguntó Big dudoso.

—No lo sé. Las mujeres pueden ser muy rencorosas— dijo George preocupado.

El grito de dolor de Sam los puso alerta y cuando escucharon el llanto del bebé rieron y se felicitaron como si hubieran ganado una guerra.

–Gracias a Dios que se ha callado. Voy a tener pesadillas una buena temporada –dijo uno de los mineros que vivía en Dawson.

Minutos después vieron a Allan bajar por las escaleras con un bultito en los brazos y todos se volvieron sonriendo— Amigos, os presento a la joyita del Yukón— dijo volviéndola para que vieran a la niña, que tenía los ojos abiertos enseñando unos preciosos ojos azules— Jewell Samantha Rutherford.

FIN

Sophie Saint Rose es una prolífica escritora que tiene entre sus éxitos "Haz que te ame" o "Juramento de amor". Próximamente publicará "Confía en mí" y "Todo por la familia"

Si quieres conocer todas sus obras publicadas en formato kindle sólo tienes que escribir su nombre en el buscador de Amazon. Tienes más de cuarenta y cinco para elegir.

Sophiesaintrose@yahoo.es
También puedes seguirla en Facebook y conocer todas las novedades sobre próximas publicaciones.